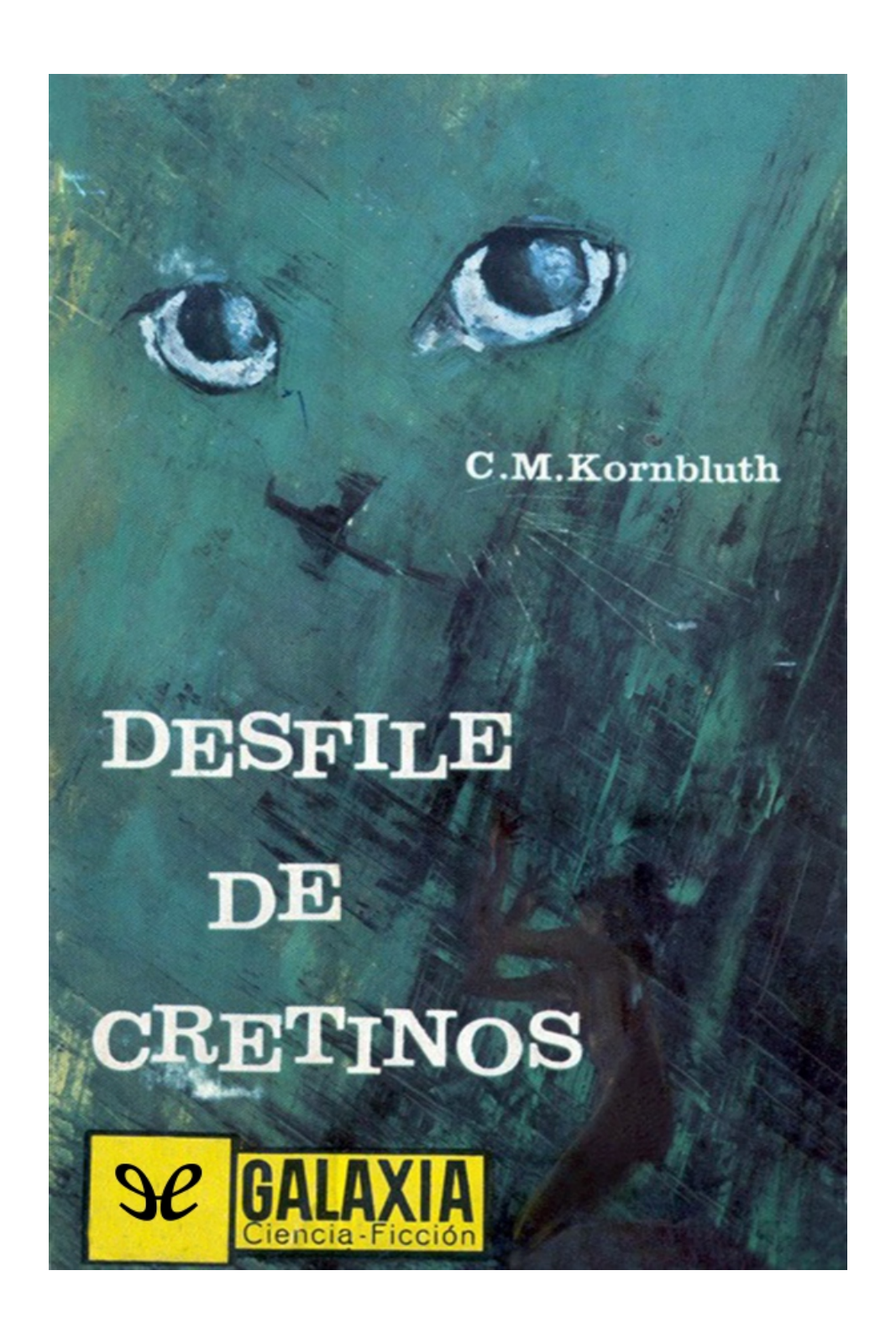


The background is a dark, textured teal or green. At the top, there are two large, stylized eyes with white and blue irises. Below the eyes, there is a dark, indistinct shape that could be a figure or a shadow. The overall texture is rough and painterly.

C.M.Kornbluth

DESFILE DE CRETINOS



GALAXIA
Ciencia-Ficción

Excelente antología que cuenta con la mejor historia de Kornbluth, la descarnada y cínica La marcha de los atrasados mentales



Cyril M. Kornbluth

Desfile de cretinos

Galaxia - 26

ePub r1.0

Titivillus 29.05.16

Título original: *The marching morons*

Cyril M. Kornbluth, 1959

Traducción: Fernando M. Sesén

Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



LA MARCHA DE LOS ATRASADOS MENTALES

Algunas cosas no habían cambiado. Una rueda de alfarero seguía siendo una rueda de alfarero y la arcilla era aún arcilla. Efim Hawkins había construido su establecimiento cerca de Goose Lake, donde existía una estrecha faja de arena blanca. Mantenía allí encendidos tres hornos con carbón de sauce procedente de la porción de bosque. El bosque era también útil para darse buenos paseos mientras los hornos se iban enfriando, ya que, si se permitía el gusto de quedarse junto a ellos, tal vez se sentiría tentado a abrirlos prematuramente, incitado por su impaciencia por ver cómo había resultado tal o cual cosa sometida a su acción, y entonces... ¡pum! todo quedaría estropeado.

En su modesta factoría, una pobre construcción de ladrillo con techado de tejas, se desarrollaba una conferencia mercantil, mientras el «rocket». Chicago-Los Angeles rugía en los cielos... liso como una picuda, arrojando por detrás fieras llamaradas, estrepitoso...

El comprador de Marshall Fields se hallaba estudiando una botella de litro de negro vidrio, mostrando su aprobación con los movimientos de su masiva y agradable cabeza.

—Esto es realmente bonito —dijo Hawkins, a su secretario Gómez-Laplace—. Esto tiene mucho de los que usted llama verdaderos principios estéticos. Sí, es realmente bonito.

—¿Cuánto? —preguntó el secretario al alfarero.

—Siete cincuenta en lotes de docena —repuso Hawkins—. El mes pasado fabriqué quince docenas.

—Son realmente estéticas —repitió el comprador de Fields—.

Me las llevaré todas.

—No creo que podamos hacerlo, doctor —dijo el secretario—. Nos costarían 1.350 dólares. En tal caso nos quedarían solamente 532 dólares de nuestro presupuesto trimestral. Y aún tenemos que ir a Liverpool para recoger algunos juegos de cena baratos.

—¿Juegos de cena? —inquirió el comprador, con su grueso rostro delataba extrañeza.

—Juegos de cena. Hace ahora dos meses que el Departamento carece de ellos. El señor Garvy-Seabright se puso ayer muy pesado con esto, ¿recuerda?

—Garvy-Seabright, ese narigudo estúpido —dijo el comprador desdeñosamente—. Ese no sabe nada de estética. ¿Por qué diablos no me dejará llevar mi propio departamento? —Sus ojos se fijaron en un ejemplar olvidado del *Whambo-zambo Comix* y se sentó para leerlo. Mientras leía sus páginas se le escapaba alguna que otra risita o algún gruñido de sorpresa.

El alfarero y el secretario, libres de él, cerraron rápidamente un trato para dos docenas de las botellas de litro.

—Desearía poder llevarme más —dijo el secretario— pero ya oyó usted lo que le dije a mi jefe. Tendríamos que renunciar a adquirir lo que nos ofrecen los clientes de artículos de cena ordinarios porque él se gastó el presupuesto del último trimestre con algunas manadas de cerditos mejicanos que algún entusiasta importador le vendió. El quinto piso está atestado de ellos.

—Apuesto a que se ven muy antiestéticos.

—Están pintados de púrpura.

El alfarero se estremeció y acarició el vidrio de la botella de muestra.

El comprador levantó la cabeza y murmuró:

—¿Todavía no han terminado de charlar? ¿Para qué me sirve un secretario si no es capaz de arreglarme las cosas, eh?

—Ya hemos terminado, doctor. ¿Dispuesto para la marcha?

El comprador gruñó malhumorado, arrojó al suelo el *Whambozambo Comix* y salió de la casa; a través del estriberón llegó a la carretera. Su coche esperaba sobre el cemento. Como todos los coches contemporáneos, era demasiado bajo de carrocería para poder pasar sobre el maderamen. Se introdujo en su interior y puso en marcha el motor con un tremendo ruido y relampagueo.

—Gómez-Laplace —gritó el alfarero al abrigo del ruido—. ¿Dio resultado el programa de radiación en el que estaban trabajando la última vez que yo me encontraba de servicio en el Polo?

—Nada. Inútil como siempre —repuso el secretario con sombrío tono—. Nos detuvo en mutación, en segregación, en selección y por último en hipnosis.

—Bien, debo volver al trabajo dentro de nueve días. Ahora voy a encender el fuego. Tengo un nuevo barniz que probar...

—Le echaré de menos. Estaré «de vacaciones» encargado de la sala de esquemas del New Century Engineering Corporation en Denver. Tienen que erigir un edificio de oficinas de doscientos pisos y, naturalmente, tienen que tener a alguien a mano.

—Naturalmente —dijo Hawkins con amarga sonrisa.

Prodújose un penetrante sonido cuando el comprador pulsó un botón. Al propio tiempo brotó una bocanada de algo parecido a una llama, como de un metro de altura, de la tapa del radiador del coche; la instalación de fuerza del vehículo consistía en una turbina a gas y no tenía radiador.

—Ya estoy aquí, doctor —dijo el secretario introduciéndose en el coche, el cual emprendió la marcha entre rugidos y llamaradas intensísimas.

El alfarero, alicaído, retrocedió sobre sus pasos, recorriendo de vuelta el estriberón y contempló sus hornos, ya en proceso de enfriamiento. El susurrante viento hacía crujir las ramas y arrancaba murmullos a los ladrillos refractarios. ¿Podría echarle una ojeada al interior de los hornos...?

El sentido común le arrancó de allí y lo llevó hasta la choza de herramientas. Cogió un pico y, resueltamente, se encaminó hacia unos montículos en los que podría haber óxidos. Estaba interesado especialmente en los de cobre.

El largo paseo lo dejó extenuado, con el deseo en el corazón de echarle un vistazo al interior de los hornos. Casi al azar hundió su pico en uno de los montículos; golpeó sobre una piedra, la cual excavó. Apareció a la vista una inscripción muy borrosa que rezaba:

ERSIDAD DE CHIC
LABO OGICO
MEMORIA DE

MUERTO EN ACTO

El alfarero exhaló un apagado suspiro. Esperaba que aquel terreno fuera un cementerio, con preferencia un cementerio antiguo que pudiera ofrecerle muchos ataúdes de bronce enmohecidos por el óxido de cobre y de estaño.

Bueno, mala suerte, tal vez por allí cerca hubiera algo.

Se encaminó hacia el vecino montículo, el segundo de ellos por su tamaño, y clavó en él su pico. Se encontró con una piedra que le costó trabajo sacar de allí, y luego el alfarero se vio muy contento de haber dado con ella. Su olfato estaba lleno de amargo olor y la inmundicia teñíase del excitante azul de las sales de cobre. El pico produjo un sonido metálico... ¡cling!

Hawkins, resoplando, contempló fijamente una placa de acero inoxidable que sin embargo estaba muy oxidada y en la que también habían letras inscritas. Parecía haberse desprendido del bronce descompuesto; ribetes de pátina de verdusco color correteaban por su reverso. El alfarero limpió la superficie de la placa con una manga, la volvió de modo que el sol la bañara oblicuamente y leyó:

JOHN BARLOW

«Honesto John», famoso en los anales universitarios, representa un reto que la ciencia no ha sido todavía capaz de explicar, resurrección de un ser humano que accidentalmente ha sido puesto en un estado de vida en suspenso.

En 1988 el señor Barlow, un destacado comerciante de Evanston, visitó a su dentista para que le tratara una muela del juicio. El dentista solicitó y obtuvo permiso para emplear el anestésico experimental Cycloparadimethanol-B-7, desarrollado en la Universidad.

Después de la aplicación del anestésico, el dentista recurrió al cepillo. Por fatal desgracia, se produjo un corto circuito en el aparato, que suministró corriente de 220 voltios de 60 ciclos al cuerpo del paciente. (En el pleito entablado por la señora Barlow contra el dentista, la Universidad y el fabricante del cepillo, el Jurado falló en favor de los demandados). El señor Barlow no llegó jamás a levantarse del sillón del dentista y se supuso que había fallecido a causa de envenenamiento, electrocutado o

ambas cosas a la vez.

Sin embargo, los empleados de la funeraria que lo estaban preparando para su embalsamamiento descubrieron que aquel hombre —aunque no estaba ciertamente vivo— evidentemente no había muerto. Se comunicó la noticia a la Universidad y comenzó una serie de pruebas exhaustivas, incluyendo los intentos de repetir el estado de trance en voluntarios. Después de siete desgraciados casos que acabaron fatalmente, todos los intentos fueron abandonados.

Honesto John se exhibió durante largo tiempo en el museo de la Universidad y animó muchos partidos de fútbol como mascota de los «Blue Crushers» de la universidad.

El 22 de mayo de 2003, la Junta de Regentes de la Universidad publicó las siguienteS notas: «Por votación unánime, se ordena que los restos de Honesto John Barlow que se hallan en el museo de la Universidad sean trasladados a los Laboratorios Biológicos de la Universidad Conmemorativa del Teniente James Scott III y que allí sean guardados en una tumba especialmente dispuesta y bien cerrada. Se ordena además que por parte de la administración se tomen las necesarias medidas para la conservación de los restos y que se niegue el acceso a los mismos a toda persona, excepto a estudiantes calificados provistos delpertinente certificado por la Junta. La Junta se ve obligada a proceder de este modo en vista de las últimas noticias y fotografías aparecidas en la prensa de la nación, que, diciéndolo con mucha suavidad, reflejan muy poco crédito para la Universidad».

Era algo que estaba muy lejos de sus conocimientos, pero Hawkins comprendió lo que había sucedido: un fallo accidental que afectó todos los huesos durante el *shock* anestésico de Levantman, el cual, desde entonces, fue reemplazado por otros métodos. Para sustraer a los pacientes del *shock* de Levantman se aplica un inyectable al nervio trigémino, un poco de líquido salino. Interesante. Y ahora, en cuanto a ese bronce...

Levantó el pico y lo dejó caer con fuerza contra las corrompidas sales verdosas y por poco se rompió la muñeca. Algo allí abajo era sólido. Comenzó a quitar los óxidos.

Tras media hora de trabajo llegó al bronce fosforoso, una enorme masa del casi incorruptible metal. Su estructura se había debilitado a través de los siglos; notó la punta del pico hundida en un cuerpo corroído y percibió el crujir de desgarradas estrías...

Deseó haberse traído con él a un arqueólogo, para llamarlo a fin de que se hiciese cargo del descubrimiento. Era un hombre polifacético: por capricho y en sus horas libres, un artista de la arcilla y el vidrio; por necesidad, ingeniero en automación, en electrónica y en problemas atómicos, capaz también de ofrecer un proyecto sobre control del tráfico, sobre sicología individual o general, arquitectura o planeamiento de nuevas herramientas.

Cavó una trinchera alrededor de su descubrimiento y vio que se trataba de una gran masa de bronce en forma de ladrillo que producía un excitante ruido profundo. De una de sus caras verticales saltó una ligera tira de enmohecido metal, exponiendo a la vista rojizo polvo que desapareció absorbido en el interior de la masa...

Arrojó el pico fuera de la trinchera, salió de la misma y corrió alocadamente hacia su casa. Buscó algo, un momento, halló una aguja hipodérmica y luego encontró en la cocina un envase de plástico y sal.

Ya de vuelta en la trinchera, trabajó durante otra media hora para reseguir y forzar la juntura de la tapa. Como los goznes no funcionaban, los destrozó.

Hawkins extendió el mango del pico para hacer palanca, ajustó su punta en lo más hondo y procedió a levantar la tapa. Accionó aquella cuña cinco veces y al fin pudo vislumbrar en el interior de la tumba lo que parecía ser una polvorienta estatua de mármol. Luego, sus asombrados ojos descubrieron el desnudo cuerpo del Honesto John Barlow, incorrupto y lozano.

El alfarero le pinchó el extremo del trigémino con la punta de la aguja y le inyectó 60 cc. de la solución salina, y al cabo de una hora el pecho de Barlow empezó a moverse.

Y una hora después dijo con ronca voz:

—¿Ha dado resultado?

—¡Ya lo creo! —musitó Hawkins.

Barlow abrió los ojos y se movió, miró hacia abajo, levantó las manos hasta sus ojos...

—¡Le demandaré! —gritó—. ¡Mis ropas! ¡Mis uñas! —Una horrible sospecha se reflejó en su rostro y sus manos subieron hasta el pelado pericráneo—. ¡Mi cabello! —gimió—. ¡Le demandaré hasta que acabe con su último ochavo! ¡El tribunal no le tendrá en cuenta para nada mi liberación! ¡Yo no cedí mi pelo, ni mis ropas ni tampoco mis uñas!

—Volverán a crecer —dijo Hawkins tranquilamente—. Y también su epidermis. Todo esto no estaba vivo y no quedó protegido con el resto de su cuerpo. Temo, sin embargo, que sus ropas se hayan perdido para siempre...

—¿Dónde me encuentro..., en el hospital de la Universidad? —demandó Barlow—. Quiero un teléfono. No, telefonee usted. Dígale a mi esposa que estoy bien y a Sam Immerman, mi abogado, que venga aquí inmediatamente. Greenleaf, 7-4922.

¡Oh! —Había intentado levantarse y una porción de su rosada piel rozó con la superficie interior del ataúd—. ¿Qué han hecho ustedes conmigo? ¿Acaso me han hervido vivo? ¡Oh, esto me lo van a pagar...!

—No le pasa nada, amigo —dijo Hawkins, deseando ahora tener algún libro que le aclarara ciertos oscuros términos—. Su epidermis empezará a crecer inmediatamente. No está usted en el hospital. Eche un vistazo a esto.

Le dio a Barlow la placa de acero que había estado sobre el ataúd. Tras una mirada suspicaz, el hombre empezó a leer. Al terminar, dejó cuidadosamente la placa en el borde de la tumba y durante un momento permaneció silencioso.

—Pobre Verna —dijo al fin—. Aquí no dice si le cargaron los gastos del juicio. ¿Acaso sabe usted...?

—No —repuso el alfarero—. Todo cuanto sé es lo que dice la placa y cómo volverle a usted a la vida. El dentista le dio accidentalmente una dosis de lo que llamamos *shock* anestésico Levantman. Hace ya siglos que no lo usamos; era eficaz, pero demasiado peligroso.

—Siglos... —repitió pensativo el hombre—. Siglos... Apostaría que Sam la estafó hasta el último céntimo. Pobre Verna. ¿Cuánto ha de eso? ¿En qué año estamos?

Hawkins se encogió de hombros.

—Lo llamamos el
7-B-936.

Esto no le aclara a usted nada. Se requiere mucho tiempo para que se oxiden estos metales.

—Como aquella película —musitó Barlow—. ¿Quién lo hubiese pensado? ¡Pobre Verna!

Empezó a gimotear, recordándole amargamente a Hawkins que le había encontrado bajo una losa.

Casi con rabia, el alfarero preguntóle:

—¿Cuántos hijos tenía?

—Ninguno todavía —sollozó Barlow—. Mi primera esposa no los quería. Pero Verna quiere uno..., quería uno..., pero vamos a esperar hasta... *íbamos* a esperar hasta...

—Naturalmente —dijo el alfarero, sintiendo un salvaje deseo de decirle que se fuera al diablo, para volver a su trabajo. Pero se contuvo. Había El Problema en medio; siempre había que pensar en El Problema y este pobre desgraciado tal vez pudiera proporcionarles inesperadamente una pista. Hawkins debía hacer entrega de él.

—Vamos —dijo Hawkins—. Me apremia el tiempo.

Barlow levantó la cabeza, ofendido.

—¿Cómo puede ser usted tan poco humanitario? Soy un ser humano como...

El «rocket». Los Angeles-Chicago rugió en los cielos y Barlow se detuvo en su lastimera protesta.

—¡Hermoso! —suspiró, siguiéndolo con la vista—. ¡Hermoso!

Salió de la fosa con mucho cuidado, procurando no dañarse su infantil piel.

—Al fin y al cabo —dijo con animado tono de voz—, esto debe tener su lado de color de rosa. Nunca me dediqué demasiado a la lectura, pero es muy parecido a una de aquellas novelas. Y creo que podré ganar dinero con esto, ¿verdad?

Dirigió a Hawkins una mirada astuta.

—¿Necesita dinero? —preguntóle el alfarero—. Tome. —Le dio un puñado de billetes y monedas—. Será mejor que se ponga mis zapatos. Tendremos que caminar un cuarto de milla. ¡Oh...! Está usted... avergonzado..., sí, era la palabra. Tome.

Hawkins le dio sus pantalones, pero Barlow estaba contando,

muy excitado, el dinero.

—Ochenta y cinco, ochenta y seis... ¡y son dólares de verdad! Creí que todo sería a base de crédito o como le llamen. «*E Pluribus Unum*» y «*Liberty*»... sólo difieren en lo acuñado en ambos lados. Diga, ¿no hay aquí algún engaño? ¿Son dólares de verdad, como los teníamos antes?

—Le aseguro que son buenos... contestó el alfarero — Tengo prisa. Deseo que nos marchemos cuanto antes de aquí.

El hombre murmuraba mientras se encaminaban a la alfarería:

—¿Dónde vamos... al Consejo de los Científicos o al Coordinador Mundial tal vez?

—¿Quién? Oh, no. Le llamamos «Presidente» y «Congreso». No, eso no nos haría ningún bien. Le llevo a ver a ciertas personas.

De esto podría sacar mucho beneficio. ¡Mucho! Podría escribir libros. Se lo confiaría a algún joven inteligente para que me lo escribiera y apuesto a que resultaría un «*bestseller*». ¿Cómo andan ahora estas cosas?

Ya no hay «*bestsellers*». Actualmente la gente no lee mucho. Pero le encontraremos algo igualmente provechoso para usted.

Ya en la alfarería, Hawkins le dio a Barlow un traje completo, lo depositó en la sala de espera y llamó a la Central de Chicago.

Llévenselo —suplicó—. No para de hablar. No le he dicho nada. Quizá debiéramos dejarlo libre para que por sí mismo encuentre su propio nivel, pero queda una oportunidad...

El *Problema* —convino Central—. Sí, queda una posibilidad.

Barlow sintió regocijo cuando el alfarero le preparó una taza de café con una pastilla que no solamente se disolvía en agua fría sino que la hacía hervir. Mientras esperaban, Hawkins habló sobre el «rocket» que tanto admiraba Barlow, pero tuvo que callarse apenas comenzar; estuvo a punto de decirle al otro cuál era realmente su velocidad máxima... y casi le reveló que no era un «rocket».

Lamentó también haberle entregado a Barlow tan despreocupadamente un par de cientos de dólares. El hombre parecía estar obsesionado por el temor de que careciesen de valor, pues Hawkins había rehusado aceptarle un pagaré e incluso una promesa de devolución. Pero Hawkins no podía entrar en detalles, y se sintió muy satisfecho cuando llegó un desconocido procedente de Central.

—Tinny Peete, de Algeciras —le dijo el recién llegado con prisa cuando ambos se encontraron en la puerta—. Físico del *Probpo*. Enviado especial para hacerse cargo de Barlow.

—Gracias al Cielo —dijo Hawkins—. Barlow —dijo, mirando al hombre del pasado—. Le presento a Tinny-Peete. Se va a hacer cargo de usted y le ayudará a ganar mucho dinero.

El físico permaneció allí el tiempo suficiente para que le sirviera una taza de café, cuya preparación tanto había gustado a Barlow, y luego condujo al hombre que habían puesto a su cargo hasta su coche, pasando por el estriberón, dejando al alfarero con la preocupación de si al fin podría abrir sus hornos.

Hawkins, libre ya de Barlow y del *Problema*, fijó su atención en el horno número dos y lo abrió un poco. Una oleada de calor y de olor del humo que salía de dentro le hizo estremecer de alegría. Escudriñó el interior del horno y vio un rincón de un estante relumbrando en rojo cereza *que se oscurecía* entre fluctuantes zonas negras al perder calor a través de la puerta abierta. Introdujo una socarrada pala de madera que metió bajo un pichel del estante y lo sacó afuera como muestra y el vello del dorso de sus manos se retorció chamuscado por el calor. La vasija crujía y restallaba y Hawkins respiró felizmente.

El lustre de resinato de bismuto había salido de negro plateado y azulinas luces que brillaban a la perfección, con su delgada película de metal extrañamente mientras él mantenía la muestra ante sus ojos y entonces el *Problema de la Población* le pareció a Hawkins que era una cosa muy lejana.

Barlow y Tinny-Peete llegaron a la carretera de cemento, donde estaba aparcado el coche del físico en un lugar seguro.

—¡Vaya... *canoa*! —exclamó asombrado el hombre del pasado.

Tinny-Peete aclaró:

—¿Canoa? No, es mi coche.

Barlow lo contempló con pánico. Sus líneas eran parecidas a una canoa y en él había muchos kilos de cromo. Barlow lo tocó con los dedos, buscando la puerta... ¿era acaso una puerta?... en un inútil intento para hallar la manilla, y luego preguntó respetuosamente:

—¿A qué velocidad va?

El físico le dirigió una aguda mirada y dijo lentamente:

—Doscientos cincuenta. Lo verá en el cuentakilómetros.

—¡Oh! Mi viejo «Chevrolet» alcanzaba los cien en línea recta, ¡pero usted va mucho más rápido, señor!

Tinny-Peete hizo algo y automáticamente se abrió una gran puerta y Barlow descendió tres escalones, sumergiéndose entre inmensos cojines y se acomodó en la parte derecha. Se sentía demasiado fascinado para prestar atención a su delicada piel. El salpicadero era una maravilla de diales, indicadores, clavijas, lucecitas e interruptores.

El físico descendió hasta el asiento del conductor e hizo algo con los pies. El motor se puso en marcha como si se hubiera encendido una lámpara de soldar, inmensa. Moviéndose entre los cojines, Barlow vio a través de un espejo retrovisor un tremendo escape lleno de brillantes y blancas chispas.

—¿Le gusta? —gritó el físico.

—¡Es terrorífico! —respondió gritando Barlow—. ¡Es...!

En aquel instante se vio impelido hacia arriba al ponerse el coche en marcha con un fuerte *¡boo-ooo-oom!* Una tormenta pasóle por la cabeza, aunque al parecer las ventanas estaban cerradas; la impresión de velocidad era espantosa.

Descubrió el cuentakilómetros en el salpicadero y lo vio subir a 90, 100, 150 y a más de 200.

—Para mí es suficiente —gritó el físico, notando que el rostro de Barlow expresaba miedo—. ¿Quiere la radio?

Le pasó un objeto sorprendentemente ligero parecido a un casco de «football», sin hilo alguno, y señaló una hilera de botones. Barlow se colocó el casco, contento de librarse del ruido del aire, y pulsó un botón. Se encendió satisfactoriamente y Barlow se recostó aún más para paladear el gusto en cuestiones de entretenimiento e ingenio en el nuevo mundo supermoderno.

—¡TÓMELO Y QUÉDESELO! —aulló una voz en sus oídos.

Se arrancó el casco inmediatamente y dirigió una dolorida mirada al físico. Tinny-Peete sonrió y accionó un dial asociado con la hilera de botones. El hombre del pasado volvió a colocarse el casco y comprobó que la voz tenía ahora un tono normal.

—¡El espectáculo de los espectáculos! ¡El superespectáculo! ¡El superengañabobos de las atracciones! ¡La burla de todas las burlas! ¡Tómelo y quédeselo!

Se oían estallidos de risa desde el fondo.

—Aquí tenemos a los competidores dispuestos a empezar. Ya saben cómo lo hacemos. Le doy a un competidor un recorte en forma de triángulo y quiero que lo ponga en la línea. Ahora tenemos aquí estos tableros, que disponen de sitios recortados en la misma forma de triángulos, pero todos tienen proporciones diferentes y el primer competidor que meta los recortes en el tablero será el vencedor.

—Ahora viene una competidora, la primera. Venga aquí, nena. ¿Su nombre, por favor?

—¿Nombre? Oh...

—¿Les gusta esto, muchachos? ¡No sabe su nombre! ¡Ja, ja! ¿Vendería eso por un cuarto de dólar?

La pregunta fue formulada con mucho retintín y el público comenzó a chillar, a aullar y silbar, demostrando su entusiasmo.

Era aburrido escuchar aquello cuando uno no podía verlo. Barlow pulsó otro botón, con la mano libre en el control del volumen.

—... de accidentes de tránsito. Una tripe colisión de coches en la Ruta 66 con dirección a Chicago costó doce vidas. El «rocket». Chicago-Los Angeles de la mañana estalló en el Mohave. Sus 94 pasajeros y tripulantes perecieron. Un autorizado investigador de la Aeronáutica civil que se hallaba cerca del lugar del siniestro declaró que el piloto volaba muy bajo sobre unos rebaños de corderos y no frenó a tiempo.

—¡Ah! ¡Una buena de Nueva York! Un remolcador Diesel entró inopinadamente en el puerto mientras su tripulación estaba abajo y chocó contra la proa del trasatlántico S. S. *Placentia*. Se dice que se abrió una vía de agua en el trasatlántico y que se hundió de inmediato, calculándose las víctimas en 180 pasajeros y 50 miembros de la tripulación. Se enviaron 6 buzos al fondo para estudiar la situación del barco, pero también perecieron a causa de que sus trajes estaban llenos de pequeños agujeros.

—Y aquí un boletín que acabo de recibir de Denver. Al parecer...

Barlow se quitó el casco desconcertado.

—Esto me ha parecido muy extraño, duro —gritó al conductor —. Estaba escuchando la emisión de noticias...

Tinny-Peete movió negativamente la cabeza y señaló sus oídos.

No le oía porque el ruido del aire era ensordecedor. Barlow frunció contrariado el ceño y miró por la ventanilla.

Su vista se clavó en un deslumbrante letrero que decía:

MOOGS

¿LO QUIERE COMPRAR POR UN CUARTO?

No sabía qué era lo que significaba o había *significado* la palabra Moogs; la ilustración mostraba una muchacha increíblemente proporcionada que a todo color se cimbreaba con un 99,9 por ciento de desnudez.

El ruido del aire de la carretera seguía acompañándole, pero de una forma diferente. El coche había entrado en una zona de radar u otra cosa parecida, haciendo cambiar la intensidad del mismo. Pudo ver otro letrero que decía:

SI QUIERE TENER MUJER

DEFLOCULICESE EL

OLOR DESAGRADABLE CON

ARMPITTO

El resplandor de otro letrero acaparó su atención. Lo que en él se decía y ante todo su ilustración, le obligaron a bajar la vista y el rubor coloreó sus mejillas.

—¡Ya entramos en Chicago! —chilló Tinny-Peete.

Otros coches seguían su misma dirección, todos ellos parecidos a canoas.

Contemplándolos, Barlow empezó a preguntarse si realmente sabría lo que era un kilómetro. Aquellos coches parecían deslizarse con mucha lentitud, si uno hacía caso omiso del aire que rugía en sus oídos y del cuentakilómetros. Hubiese jurado que la verdad era que corrían a veinticinco, con alguna que otra aceleración de hasta treinta. ¿Cuánto tendría un kilómetro, de todos modos?

La ciudad se elevaba enfrente, y era como debía ser: rascacielos gigantescos, rampas aéreas, plataformas de aterrizaje para los helicópteros...

Se sujetó fuertemente a los cojines. Aquellos dos helicópteros. Iban a... Iban a...

No vio nada porque la ruta de ambos, que aparentemente les conduciría al choque, se ocultó detrás de un rascacielos altísimo.

Al detenerse ante la luz roja de un semáforo el ruido de apagadas explosiones los rodeó inmediatamente.

—¿Qué sucede aquí? —inquirió Barlow con voz chillona, asustada, porque el frenazo fue instantáneo y no se vio impelido contra el salpicadero—. ¿Quién engaña a quién?

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —demandó el conductor.

Se encendió la luz verde y el coche se puso en marcha. Barlow notó, atemorizado, que el ruido del aire en sus oídos había comenzado una fracción de segundo antes de que el coche empezara a moverse. Su mano se aferró al asidero de la puerta de su lado.

Se adentraban en la ciudad: edificios diseminados, más densos, más altos y una luz roja enfrente. El coche se detuvo en seco y el ruido de aire desapareció un instante después de pararse, y Barlow salió como una exhalación de su interior y corrió alocadamente por la acera, apenas un segundo después.

Me seguirán —pensó jadeante—. Es cosa de la policía secreta. Te cogerán... con sus máquinas lectoras del pensamiento, con sus ojos televisivos por todas partes, temerosos de que les hables a sus esclavos de libertad y cosas así. No permiten que nadie les estorbe, lo mismo que en aquella novela que leí.

Falto de aire cesó en su huida y continuó caminando a paso normal, felicitándose de que tenía valor suficiente para no volver la cabeza. Esto era lo que siempre vigilaban. Andando era uno como otro cualquiera, por detrás, con su traje de trabajo. Se pondría a salvo, se salvaría...

Una mano le agarró por el hombro y un rostro grueso y rústico se le acercó y le dijo:

*¡Deleyegust empujarata gent comsi vía
fues-detú!*

No era ni el loco del alfarero ni el loco del conductor.

—Perdone —dijo Barlow—. ¿Qué dijo?

—¿Ah, sí? —aulló el desconocido peligrosamente, y esperó la respuesta.

Barlow, bajo la sensación de estar sumido en un intrincado laberinto, se oyó decir a sí mismo, belicoso:

—Sí.

El desconocido le soltó el hombro y gruñó:

—¿Ah, sí?

—¡Sí! —repitió Barlow, ajustándose la chaqueta de un tirón.

—¡Ahhh! —Ladró el otro, con más desprecio y disgusto que ferocidad. Añadió a esto una obscenidad corriente en los tiempos de Barlow y se marchó, apretando los puños, con los hombros encogidos.

Barlow continuó su marcha, tembloroso. Evidentemente lo había hecho bien. Se detuvo ante una luz roja mientras los largos coches rugían delante de él y los peatones que seguían su dirección continuaban atravesando la calzada entre el torrente de coches. Rechinar de los frenazos, guardabarros abollados entre ruidos metálicos, roncós alaridos de los conductores y peatones... Dio un salto hacia atrás cuándo un coche subió a la *acera para evitar el encontronazo con otro.*

Se encendió la luz verde y los coches continuaron como antes casi otros treinta segundos y luego disminuyeron su velocidad. Barlow cruzó la calzada temerariamente y se apoyó contra una máquina tragaperras, respirando fuertemente.

Muéstrate natural, se dijo. Haz algo normal. Compra algo a esta máquina.

Buscó algunas monedas sueltas en sus bolsillos y obtuvo un periódico por diez centavos, un pañuelo por un cuarto de dólar y una golosina por otro cuarto.

El suave olor a chocolate le despertó súbitamente el apetito. Durante unos segundos manipuló la cristalina envoltura, inútilmente, y luego ella misma se abrió limpiamente. El bar le proporcionó tres buenos bocadillos y compró dos más, que engulló complacido.

Era su primera comida después de años...

Sintió luego sed y por otros diez centavos sacó de la misma máquina una bebida carbónica anaranjada, envuelta también en un envoltorio cristalino. Desgraciadamente, sus manipulaciones sólo sirvieron para que, al partirse el envoltorio, el líquido le cayera encima de las rodillas. Decidió entonces que ya había permanecido bastante tiempo allí y se marchó.

Los escaparates de las tiendas eran lo mismo que antes. La gente

seguía comprando trajes, todavía fumaba y compraba tabaco y también comía y compraba alimentos. Y también iba al cine, según vio satisfecho al pasar por delante de un reluciente local cuyo título decía: *The Bijou*.

El salón estaba en aquel momento en funcionamiento. Se estaba proyectando, al parecer, un programa triple: *Los niños son terribles*, *No tengan hijos* y *El hijo de Canali*.

No pudo resistirse; pagó un dólar y se introdujo en él.

Se estaba terminando *El hijo de Canali*, una película tridimensional, en color y con olores. Al parecer, se trataba de una leyenda interplanetaria que concluía con una escena de persecución y la reconciliación entre el héroe descarriado y la heroína. *Los niños son terribles* y *No tengan hijos* consistían en fantásticos argumentos contra la procreación... los peligros grotescamente exagerados de la natalidad, de viejos padres y madres golpeados y maltratados por sus malignos hijos, sádicos, que dejaban morir de hambre a sus progenitores. El público, ante el asombro de Barlow no demostraba afectarse y consumía plácidamente sus dulces, sin que en sus rostros se expresara ningún signo de aversión.

Las «Próximas Atracciones» que seguían le arrancaron de su butaca y le empujaron al vestíbulo. La charanga era horrisona; los chillones colores cegaban; los aromas que invadían el local trastornaban el estómago...

Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la moderada luz del vestíbulo se sentó en un banco y desplegó el periódico que había comprado. Era el *The Racing Sheet*, el cual le afectó en el alma profundamente. El familiar índice del recuadro de la parte inferior izquierda de la primera página demostraba casi intolerablemente que el Churchill Down y el Empire City seguían funcionando...

Conteniéndose las lágrimas, centró su atención en las Pasadas Sesiones, en el Churchill. Ya empleaban abreviaturas y a causa de esto las páginas eran de una columna en vez de dos. Pero todo era lo mismo...

Estudió la primera carrera: tres cuartos de milla a cuyo ganador se ofrecían 1.300 dólares. Increíblemente, el récord a batir era de dos minutos, diez segundos y tres quintos de segundo. Cualquier *jockey* de su tiempo hubiera podido alcanzar los tres cuartos en un minuto y quince segundos. Lo mismo ocurría en otras distancias y

mucho peor para carreras largas.

¿Qué diablos le había ocurrido a todo?

Alguien se sentó a su lado y le dijo:

—Esta es la verdad.

Barlow se puso en pie de un salto y vio que era Tinny-Peete, su conductor.

—Tenía mis dudas sobre contárselo —dijo el físico—, pero me doy cuenta de que usted sospecha cada vez más la verdad. No se excite, por favor. No pasa nada, yo se lo contaré todo.

—De modo que me han atrapado —dijo Barlow.

—¿Que le han *atrapado*?

—No finja. Sé que dos y dos son cuatro. Ustedes, los de la policía secreta, usted y los demás aristócratas viven lujosamente a costa del sudor de esos esclavos oprimidos por su yugo. Usted me teme porque tienen que mantenerlos en la ignorancia.

El físico estalló entonces en una sonora carcajada que atrajo las furiosas miradas de otros presentes en el vestíbulo. Aquella risa no parecía en modo alguno siniestra.

—Salgamos de aquí —aconsejó el físico, todavía sonriendo—. No podría usted estar más equivocado. —Cogió a Barlow del brazo y lo condujo a la calle—. La pura verdad es que quince millones de trabajadores viven en la opulencia a costa del sudor de un puñado de aristócratas. Probablemente que moriré ante tanto trabajo, a menos que... —Miró a Barlow especulativamente—. Usted puede ayudarnos.

—Conozco esa trampa —burlóse Barlow—. En mis tiempos hice dinero y para hacer dinero se tiene que tener gente al lado. Siga con sus planes y pegúeme un tiro si le place, pero a mí nadie me toma el pelo.

—¡Estúpido ingrato! —rugió el físico con el semblante iracundo—. ¡Este condenado desorden se debe todo a su culpa y a la gente como usted! Ahora, vamonos, y déjese de tonterías.

Empujó a Barlow hacia el interior del vestíbulo de un edificio de oficinas y le obligó a entrar en un ascensor que, desconcertándolo, hacía un fuerte ruido, al elevarse. Las rodillas del hombre del pasado temblaban cuando el físico lo sacó de un empujón del ascensor y a través de un corredor lo metió en una oficina.

Al cerrarse la puerta a sus espaldas, un hombre de aguileño

rostro se levantó de una modesta silla. Tras una irritada mirada a Barlow, preguntó al físico:

—¿Me hicieron venir desde el Polo para ver a este... este...?

—*Nonequiv Yoprobád encontraproba Prop-pobla arreglar.*

—Dudo —gruñó el aguileno.

—Pruebe —sugirió Tinny-Peete.

—Muy bien; señor Barlow, creo que usted no tuvo hijos.

Dijo:

—¿Y qué?

—Esto: Eran ustedes un pueblo ciego, un pueblo de estúpidos egoístas que toleraban condiciones económicas y sociales que hacían que los prudentes y perspicaces evitaran tener hijos. Ustedes nos hicieron ser lo que ahora somos, y quiero que sepa que estamos muy lejos de sentirnos satisfechos. ¡Estúpidos «rockets»! ¡Malditos automóviles! ¡Malditas ciudades con rampas aéreas!

—Por lo que he visto —dijo Barlow—, están ustedes echando por los suelos lo mejor que tienen de su tiempo. ¿Están locos?

—Los «rockets» no son «rockets». Son turbo-reactores... buenos turborreactores, pero la fantástica cascara que los envuelve les hace perder velocidad. Los automóviles tienen una velocidad máxima de cien kilómetros por hora... y un kilómetro es, si mal no recuerdo mi paleolingüística, tres quintos de milla... y los cuentakilómetros están todos amañados expresamente para que los conductores crean que marchan a doscientos cincuenta. Las ciudades son ridículas, costosas, insanas, inútiles aglomeraciones de gentes que estarían mejor fuera de ellas y sería más productiva si estuviera diseminada por el campo.

—Precisamos los «rockets» y cuentakilómetros amañados y ciudades porque, mientras usted y los de su clase eran prudentes y perspicaces para no tener hijos, los trabajadores inmigrantes, los moradores de barracas insalubres y labriegos del campo continuaban teniendo hijos... criando, criando. ¡Dios mío, cuánto procrear!

—Espere un momento —objetó Barlow—. Había mucha gente en mis tiempos que tenían dos o tres hijos.

—De eso se cuidó la plaga de los accidentes, las enfermedades, la guerra. Su inteligencia disminuyó. Ha desaparecido. Niños que tenían que venir a este mundo, jamás nacieron. El promedio del

Cociente de Inteligencia actual no pasa del 45.

—Pero esto ocurrió en Un pasado muy lejano.

—Tan lejano como el suyo —gruñó el hombre aguileño.

—¿Pero quiénes son *ustedes*?

—Gente... gente verdadera. Hace algunas generaciones los entendidos en genética se dieron cuenta, al fin, de que nadie iba a prestar atención alguna a lo que decían, así que se decidieron a abandonar las palabras por los hechos. Formaron una cerrada comunidad que tenía la finalidad de mantener y mejorar la raza, y nosotros somos sus descendientes, unos tres millones. De los otros hay unos cinco mil millones, de modo que nosotros somos sus esclavos.

—En los pasados dos años diseñé un rascacielos, mantuve funcionando aquí, en Chicago, el Billings Memorial Hospital, evité la guerra contra Méjico y dirigí el tráfico en el Campo de La Guardia, en Nueva York.

—¡No lo entiendo! ¿Por qué no dejan que se destruyan por sí mismos?

El hombre sonrió.

—Lo intentamos una vez durante tres meses. Nos fuimos al Polo Sur y esperamos. No se dieron cuenta. Empezó a faltar gente indispensable, algunas enfermeras no se presentaban, no se podía localizar a ciertas personas que desempeñaban cargos gubernamentales...

—En una semana se declaró la falta de alimentos. A la siguiente empezó el hambre y las plagas, y la tercera, la guerra y la anarquía. Dejamos el experimento y nos costó casi toda una generación conseguir que las cosas volvieran a su cauce normal.

—Pero ¿por qué no dejaron que se mataran unos a otros?

—Cinco mil millones de cadáveres significan algo así como quinientos millones de toneladas de carne en putrefacción.

A Barlow se le ocurrió otra idea.

—¿Por qué no los esterilizaban?

—Dos mil quinientos millones de operaciones son muchas operaciones. Como que procrean constantemente, jamás terminaríamos.

—Comprendo. ¡Igual que la marcha de los chinos!

—¿Quién diantre son esos?

—Era... era una paradoja de mis tiempos. Alguien se figuró que si todos los chinos del mundo formaran en fila de a cuatro y empezaran a marchar pasando por un punto determinado, jamás se detendrían, debido a los hijos que nacerían y crecerían antes de que pasaran del punto.

—Ciertamente. Pero en vez de «un punto determinado» digamos «un inconcebible número de salas de operaciones», y nunca habría suficientes.

—¡Oiga! —dijo Barlow—. Esas películas que tratan de niños... ¿es parte de su propaganda?

—En efecto. Pero, al parecer, no les afecta en absoluto. Hemos abandonado la idea de intentar la propaganda contra un anhelo biológico.

—¿Y si trabajan *con* un anhelo biológico...?

—No sé de ninguno que sea compatible con la inhibición de la fertilidad.

El rostro de Barlow palideció, resultado de años de cuidadosa disciplina.

—¿No, eh? ¿Ustedes son los grandes cerebros y no pueden pensar en ninguno?

—Pues no —dijo inocentemente el físico—. ¿Usted sí?

—Eso depende. Vendí diez mil acres de tundra siberiana, valiéndome de una firma imaginaria, naturalmente, después del reparto de Rusia. Los compradores pensaban que adquirirían buenas parcelas de terreno para edificar en los alrededores de Kiev. Yo diría que era bastante más difícil que este asunto.

—¿Y por qué? —preguntó el aguileno.

—Aquellos eran clientes normales, suspicaces, y éstos son atrasados mentales, peleles. Ustedes no tienen más que inventarse cualquier patraña que les atraiga; no serán lo suficientemente inteligentes para averiguar si les conviene aceptarla o no.

También el físico y el del rostro aguileno habían tenido su buena disciplina; evitaron mirarse mutuamente con la súbita alegría que les invadía.

—Al parecer tiene usted algo bueno —dijo el físico.

El rostro de Barlow se puso aún más pálido.

—Tal vez sea así. Todavía no se me ha hecho ninguna oferta.

—Si realmente tiene usted algún método, creo que no hay precio

que se pueda considerar demasiado elevado —ofreció el físico.

—Dinero —dijo Barlow—. Todo el que quiera.

—Más del que quiera —corrigió el aguileño.

—Prestigio —añadió Barlow—. Mucha publicidad. Mi retrato y mi nombre en los periódicos y diariamente en la Televisión; estatuas por doquier; parques y ciudades y calles con mi nombre. Un capítulo entero dedicado a mí en todos los libros de historia.

El físico hizo un gesto facial mirando al aguileño, que quería decir: «¡Oh, hermano!».

El aguileño hizo otro que decía: «¡Calma, muchacho!».

Ellos solos se entendían.

—No es mucho pedir —convino el físico.

Barlow, viendo su ocasión, continuó:

—¡Poder!

—¿Poder? —repitió admirado el aguileño.

—¡Quiero una dictadura mundial y yo ser el dictador!

—Bueno, pero... —empezó a decir el físico, pero el aguileño le interrumpió:

—Será preciso una reunión especial, de emergencia, del Congreso, pero la situación lo requiere. Creo que eso se puede garantizar.

—¿Puede ofrecernos alguna indicación sobre su plan? —preguntó el físico.

—¿Ha oído hablar de los *lemings*? —No.

—Son... eran, supongo, puesto que ahora no se sabe nada sobre ellos... unos pequeños roedores propios de las regiones árticas que acostumbraban a concentrarse cada tres o cuatro años en la costa y luego se metían en el mar hasta que se ahogaban. Abrigo la intención de hacer que la población sienta ese mismo deseo.

—¿Cómo?

—Eso me lo reservo hasta que tenga debidamente firmado el pertinente pacto.

El aguileño dijo:

—Me gustaría trabajar a su lado en eso, Barlow. Me llamo Ryan-Ngana.

Ofreció su diestra.

Barlow miró fijamente la mano; luego la cara del hombre.

—¿Ryan, qué?

—Ngana.

—Suen a nombre africano.

—Lo es. Mi abuela paterna era watusi.

Barlow no aceptó la mano.

—Pensé que parecía usted bastante moreno. No quiero herir su susceptibilidad, pero creo que no me sentiría muy contento a su lado. Estoy seguro de que habrá alguien más tan capacitado como usted.

El físico hizo un gesto con la cara mirando a Ryan-Ngana, que decía: «¡Paciencia, muchacho!».

—Muy bien —dijo Ryan-Ngana a Barlow—. Veremos qué arreglo se puede hacer.

—No es que yo tenga prejuicios raciales, entiéndame. Algunos de mis mejores amigos...

—Señor Barlow, no se preocupe. Cualquier persona que sea capaz de ayudarnos en lo de los *lemings*, con usted, nos es necesaria.

Tinny-Peete acompañó seguidamente a Barlow a la azotea, donde tenían la estación de helicópteros. Allí Barlow comenzó a contarle al otro que no tenía nada contra los negros, y Tinny-Peete pensaba que no le vendría mal tener laimperturbabilidad y humor de Ryan-Ngana para aguantar ciertas cosas.

El helicóptero los condujo al Aeropuerto Internacional, desde donde, explicó Tinny-Peete, Barlow sería trasladado al Polo.

Al hombre del pasado no le hacía demasiada gracia la idea de verse metido entre hielo y frío.

—No se está del todo mal —aclaróle el físico—. Hay montada una civilización. Clima agradable, templado. Allí podrá trabajar con mayor eficacia. Todo cuanto necesite estará a su alcance, una buena secretaria...

—Necesitaré una buena plantilla de personal a mis órdenes —dijo Barlow, que había aprendido a costa de miles de tratos comerciales que nunca había que aceptar la primera oferta.

—Quiero decir una secretaria particular, confidencial... —dijo en seguida Tinny-Peete—. Pero puede tener tantas como desee. Si de veras tiene usted un plan realizable, todo cuanto necesite estará a su absoluta disposición. Será tratado con las máximas consideraciones.

—No olvidemos lo de la dictadura —recordó Barlow.

Ignoraba que el físico le habría prometido la divinización si lo hubiera deseado; todo, todo, con tal de meterlo voluntariamente en el «rocket» que había de trasladarlo al Polo. Tinyy-Peete no tenía ningún deseo de que lo destrozaran; sabía de sobra que terminaría así si la población se enteraba de que existía una pequeña élite que seconsideraba cabeza rectora de los demás. No sería tenido en cuenta el hecho de esta superioridad y que la élite, por su capacidad de trabajo, se hubiese visto obligada a cargar con las más penosas labores del mundo.

El físico colocó finalmente a Barlow a bordo del «rocket», en el que viajaban unas treinta personas —personas de verdad—, que luego partió camino del Polo.

Barlow se sintió mareado durante todo el viaje como consecuencia de una sugestión hipnótica que Tinny-Peete plantó en él. Una idea era hacerle sentir la máxima aversión posible hacia un viaje de regreso y la otra ahorrar a sus compañeros de viaje su agresiva locuacidad.

Durante su primer día de estancia en el Polo, Barlow se sintió como cuando su primer día en el Ejército. Era la misma sensación de no saber dónde ir, qué hacer, de acostumbrarse al ambiente.

Cuando moría el día, se reclinaba cómodamente en un agradable alojamiento subterráneo, con los salvajes vientos polares soplando furiosamente yardas arriba, y empezaba a meditar sobre su situación.

Era igual que en los viejos tiempos, pensó. Ahora vendería a los *lemings* parcelas para edificar, a aquellos *lemings* ávidos de suicidarse, y eso sería todo cuanto había que hacer para resolver el *Problema* que traía de cabeza a aquellos estúpidos.

Naturalmente, ellos tendrían que cuidarse de casi todos los detalles, pero... ¡qué diablos!, para eso estaban sus subordinados. Necesitaría especialistas en publicidad, propaganda, ingenieros, técnicos en comunicaciones... ¿Sabían cosas sobre hipnotismo? Mejor que mejor.

Sólo venderles parcelas de terreno a los *lemings*...

Mientras le invadía el sueño su mente pensaba en la pobre Verna... ¡jella tendría que estar ahora a su lado para ayudarle! Era el negocio más grande, más estupendo jamás por él realizado... Verna... Aquel tipo sin escrúpulos llamado Sam Immerman sin duda

que la habría estafado...

El siguiente día empezó con la visita de personas que tenían ganas de conocerle. Sabía bien la situación. Sólo deseaban poder serle útil. Deseaban conocer de boca de su ilustre visitante cosas del pasado, que por desgracia era algo oscuro en la historia y qué creía pudiera hacerse para resolver el *Problema*. Él les contestó que era demasiado viejo para dejar que le engañaran y que no obtendrían información alguna hasta que recibiera una carta solicitándolo al menos de parte del Presidente Polar, y que se convocara una sesión en el Congreso con suficientes poderes para nombrarlo dictador.

Consiguió la carta y la sesión. Presentó su programa y le preguntaron si no sentía remordimientos de conciencia por su dureza, y él les contestó que un trato era un trato y que quienquiera que no fuese capaz de defenderse a sí mismo no tenía derecho a la protección. No le importaba un ápice la suerte de los incapaces ni la de sus inteligentes esclavos; les había dicho su precio y sólo eso le interesaba.

¿Lo aceptaban o no?

El Presidente Polar ofreció resignar el cargo a su favor, con ciertos poderes temporales de emergencia que el Congreso votaría si él los consideraba necesarios. Barlow exigió el título de Dictador Mundial, absoluto control sobre las finanzas, salario a decidir por él, una inmediata campaña publicitaria y que en los libros de historia se escribiese sobre él, sin pérdida de tiempo.

—En cuanto a los poderes de emergencia —añadió— no deben ser ni temporales ni limitados.

Alguien pidió la palabra, expresando la esperanza de que tal vez Barlow modificaría sus demandas.

—Tienen ustedes mi propuesta —contestó Barlow—. No estoy dispuesto a ceder.

—Pero ¿y si el Congreso no la acepta, señor? —preguntó el Presidente.

—Entonces pueden quedarse en el Polo y tratar de arreglárselas como puedan. Obtendré de los atrasados mentales cuanto me plazca. Un hombre tan astuto como yo no tiene por qué comprometerse. No tengo ningún competidor en esta era de estúpidos.

El Congreso debatió la propuesta y votó por aclamación. Barlow

ganó por unanimidad.

—No saben ustedes qué cerca han estado de perderme —dijo en su primer discurso oficial ante las Cámaras—. No soy de los que ceden; o consigo lo que quiero o me marchó. Lo primero que quiero ver son los planos para un palacio nuevo para mí —un palacio lujoso, naturalmente— y que sus mejores escultores y dibujantes empiecen a trabajar en mis retratos y estatuas. Entretanto yo me ocuparé de seleccionar las personas que han de colaborar conmigo.

Despidió al Presidente Polar y al Congreso Polar, diciéndoles que ya les comunicaría cuándo debería celebrarse la próxima sesión.

Una semana después comenzó el programa, teniendo como primer blanco a Norteamérica.

La señora Garvy se hallaba descansando después de la cena. La televisión, naturalmente, estaba funcionando y en la pantalla aparecía el espacio comercial *Perfume Asalto Criminal*.

—Muchachas —decía una voz ronca—, ¿queréis a vuestro novio? Es tan fácil tenerlo a vuestro lado... tan fácil como un viaje a Venus.

—¿Eh? —dijo la señora Garvy.

—¿Qué pasa? —dijo el esposo, despertándose.

—¿Oíste eso?

—¿Qué?

—Dijo «tan fácil como un viaje a Venus». Creía que sólo había aquel rocket que se estrelló en la Luna.

—Bah, las mujeres no están al tanto de las noticias —contestó el señor Garvy con aplomo, sumiéndose de nuevo en el sueño.

—Oh —dijo la esposa desorientada.

Y al día siguiente, en el espacio *Las Otras Mujeres de Henry*, apareció un rostro nuevo: Buzz Rentshaw, «el más grande de los pilotos de rockkets con destino a Venus». La señora Garvy escuchaba asombrada con la taza de café enfriándose entre sus manos mientras Buzz echaba a rodar por los suelos sus nebulosas convicciones.

MONA: Querido. ¡Es tan maravilloso volverte a ver!

BUZZ: No sabes cuánto te he echado de menos en este monótono viaje a Venus.

SONIDO: *Caen las cortinas y se cierra la puerta con llave.*

MONA: ¿Fue muy monótono, amado mío?

BUZZ: Olvidemos mi pasado trabajo, querida. Hablemos de nuestras cosas.

SONIDO: Cruje una cama.

Bien, al menos ahora el programa se había vuelto normal. Aquella noche la señora Garvy intentó preguntarle a su esposo si estaba seguro de lo de los rockets, pero él estaba dormitando mientras en la pantalla presentaban Tómelo y quédesele, de modo que se quedó contemplándolo y olvidó su quebradero de cabeza.

Se estaba todavía riendo de lo que había visto en el programa cómico *¿Lo quiere comprar por un cuarto?* cuando apareció un espacio comercial anunciando el polvo detergente que ella usaba fielmente para lavar sus platos.

El anunciante desplegó montañas de espuma de una pequeña porción de artículo y luego dijo tímidamente: «Naturalmente, Cleano no se encuentra en cualquier sitio, al alcance de la mano, como ocurre con el jabón de raíz de Venus, pero es bastante barato y casi tan bueno como el otro. Para nosotros, las personas sencillas que no tenemos la suerte de poder vivir en Venus, Cleano es lo mejor que existe».

Luego el coro empezó a repetir su *slogan* de costumbre: «¡Cleano es lo mejor! ¡Cleano es lo mejor!», pero la señora Garvy no quiso escucharlo. Era una mujer tenaz, pero le ocurría que estaba verdaderamente muy enferma. No quería preocupar a su marido. Al siguiente día se fue a visitar al psicoanalista de la familia.

Ya en la sala de visitas cogió un ejemplar del día del *Readers Pabulum* y lo dejó en seguida con el corazón palpitante. Los titulares decían: «El venusiano más memorable que he encontrado».

—El doctor la espera —anunció la enfermera, y la señora se introdujo en la oficina.

Las tradicionales gafas y patillas fortalecían el ánimo. Ella dijo la frase ritual:

—Doctor, perdóneme, pues estoy neurótica.

Él contestó el consabido:

—Cállate, pequeña. ¿Qué te pasa?

—Tengo como un agujero en la cabeza —balbuceó ella—. Parece que se me olvidan todas las cosas. Creo que todo el mundo sabe,

menos yo.

—Bueno, eso le ocurre a todo el mundo de vez en cuando, querida. Te sugiero unas vacaciones en Venus.

El doctor miró boquiabierto a la vacía silla. Su enfermera entró en seguida y exclamó:

—¡Caramba, cómo escapó! ¿Qué le ha pasado?

Él se quitó las gafas y patillas, meditativamente.

—No lo sé. Le dije que debería pasarse unas vacaciones en Venus.

Una sombra de duda pasó rápidamente por su rostro y buscó en los cajones de su mesa hasta que encontró un número de la publicación profusamente ilustrada a cuatro colores dedicada a su profesión. Había llegado aquella mañana y la había leído completamente, aunque dedicando especial interés a las ilustraciones. Se detuvo en la página encabezada por el artículo *Ventajas del Planeta Venus en las Curas de Reposo*.

—Aquí está —dijo.

La enfermera leyó los titulares.

—Claro que sí —convino—. ¿Y por qué no?

—Lo que les ocurre a estos neuróticos —decidió el doctor— es que se pasan la vida luchando contra la realidad. Que pase el siguiente.

Se volvió a colocar las gafas y las patillas y se olvidó de la señora Garvy y de su extraña conducta.

—Doctor, perdóneme, pero estoy neurótica.

—Cállate, pequeña. ¿Qué te pasa?

Como ocurre en muchas curaciones de desórdenes mentales, la señora Garvy consiguió su recuperación gracias en su mayor parte a un tratamiento personal. Se autodisciplinó arrancándose por sí misma la disparatada idea de que había habido sólo *una* nave espacial y que ésta había resultado un fracaso. Podía permanecer imperturbable en cualquiera reunión aunque el tema a tratar fuese la conveniencia de Venus como un lugar de reposo, con la fabulosa profusión de su flora. Finalmente se fue a Venus.

Todos sus amigos trataban de obtener pasaje en la Evening Star Travel y en la Real State Corporation, pero, naturalmente, la demanda era abrumadora. Se consideró muy dichosa por haber conseguido un pasaje para el crucero de verano de dos semanas. La

nave espacial despegó de un lugar llamado Los Alamos, Nuevo Méjico. Era similar a todas las naves espaciales de la televisión y de las revistas ilustradas, pero másconfortable de lo que cabía esperar.

La señora Garvy se sintió complacida al ver antes del despegue a los cincuenta y tantos pasajeros. Procedían de diversas partes del mundo y ella tenía la clara impresión de que eran personas talentudas. El capitán, un individuo alto, impresionante, de aguileño rostro y un nombre raro, Ryan y algo más, les dio la bienvenida a bordo y les deseó que tuvieran un viaje memorable. Lamentó no pudiera verse nada, ya que «debido a la estación meteorítica» tendrían que mantenerse cerrados los ojos de buey. Era lamentable, pero al mismo tiempo reconfortante, pues la Compañía no quería correr ningún riesgo.

Se notó alguna molestia lógica al despegar y luego dos monótonos días de viaje a través de los espacios, durante los cuales los pasajeros se entregaron al juego de cartas o de dados en el *lounge*. El aterrizaje fue algo rutinario y a los pasajeros les dieron unas pastillas para que quedaran inmunizados contra pequeñas dolencias.

Cuando las pastillas surtieron su efecto, abrióse la puerta y Venus estaba a su disposición.

Se asemejaba mucho a una isla tropical de la Tierra, excepto por la nubosidad del cielo. Pero contenía una cualidad extraterrestre que era intoxicante y maravillosa.

Los diez días de vacaciones estuvieron envueltos en una mágica bruma. El jabón de raíz, como se anunció, era espumoso y al alcance de la mano. Los frutos, la mayor parte de ellos especies tropicales transplantadas de la Tierra, deliciosos. Los sencillos refugios proporcionados por la Compañía turística eran más que adecuados para los suaves días y noches.

Y cuando los viajeros volvieron a embarcar en la nave sentían verdadera pena, y tomaron más pastillas para contrarrestar y esterilizar cualquier enfermedad de Venus que pudieran comunicar involuntariamente a la Tierra.

Las vacaciones son una cosa. La política, otra.

En el Polo, en una habitación a prueba de ruidos, se hallaba un hombre de baja estatura, sentado en una sencilla silla, el rostro mortalmente pálido.

En la Cámara del Senado Americano el senador Hull-Mendoza decía:

—Señor Presidente, caballeros: No estaría a la altura de mis deberes si no pusiera en conocimiento del augusto Cuerpo que veo una situación preñada de peligro. Como es bien sabido por los miembros de este augusto Cuerpo, la perfección de los vuelos espaciales ha traído consigo una situación que sólo puedo describir como altamente peligrosa. Señor Presidente, caballeros. Ahora que los rápidos rockets americanos atraviesan el vacío sideral entre este planeta y nuestro más próximo vecino planetario en el espacio, y caballeros, me refiero a Venus, la joya más brillante de la diadema de Vulcano, la estrella del atardecer..., ahora digo, quiero saber qué pasos se han dado para colonizar a Venus con una vanguardia de ciudadanos patriotas, con hombres como aquellos primeros luchadores de la revolución americana.

—¡Señor Presidente, caballeros! Hay en este mundo naciones, envidiosas naciones cuyos bajos niveles de vida e innata depravación les confiere una innoble ventaja sobre los ciudadanos de nuestra noble república.

—Este es mi programa: Sugiero sea elegida mediante sorteo una ciudad de 100.000 habitantes. A estos afortunados ciudadanos se les deben ceder las mejores tierras de Venus, libres de todo impuesto, para que las mantengan y las puedan dejar como herencia a sus descendientes. Y que el gobierno nacional les proporcione gratuitamente los medios necesarios para su traslado allí. Y que este programa continúe, ciudad tras ciudad, hasta que exista en Venus la suficiente vanguardia de ciudadanos para proteger en aquel planeta nuestros irrefragables derechos.

—Se levantarán voces contrarias, pero las críticas capciosas nos son familiares. Dirán que no hay suficiente acero. Lo tildarán de mal negocio. Yo contesto que hay suficiente acero para que la población de una ciudad sea trasladada a Venus, y esto es cuanto se necesita. ¡Y cuando llegue la hora del traslado de la segunda población, la primera ciudad deshabitada podrá ser destruida para aprovechar de ella el acero necesario! ¿Es un mal negocio? ¡Sí, lo es! ¡Es el más glorioso mal negocio de la historia de la Humanidad! Señor Presidente, caballeros, no hay tiempo que perder... ¡Venus debe ser americano!

Black-Kupperman, en el Polo, abrió los ojos y dijo con voz débil:

—El estilo fue un poco escabroso. ¿Cree usted que alguien lo notará?

—Lo hizo usted bien, muchacho, bastante bien —le aseguró Barlow.

El proyecto de Hull-Mendoza se hizo ley.

En el Polo Sur las máquinas tractoras estaban trabajando continuamente y las acererías de Pittsburgh mandaban millones de planchas de acero al espaciopuerto de Los Álamos, del Evening Star Travel y de la Real State Corporation. Iba a ser Los Angeles, por razones logísticas, y los tres mejores psiconéticos fueron a Washington y se mezclaron con la gente durante el sorteo para asegurar que la cápsula de Los Angeles se metiera entre los dedos del superchero senador.

En Los Ángeles gustó la idea y en el desierto floreció una selva de espacionaves. No eran muy buenas naves espaciales, pero no tenían por qué serlo. Pero lo que tenían que servir eran más que suficientes.

En el Polo, bajo la dirección de Barlow, trabajaba un equipo de correos. Era necesario que hubiera un intercambio de correspondencia entre Venus y la Tierra para evitar la menor sospecha. Por fortuna Barlow recordó que el problema había sido ya resuelto anteriormente por Hitler. Familiares de personas incineradas en Lublín, o Majdanek, continuaron recibiendo optimistas tarjetas postales.

En la fecha fijada de antemano, entre tremendos reportajes de televisión, noticiarios cinematográficos y prensa, se llevó a efecto el despegue de Los Ángeles. El mundo aplaudió a los valientes *angelanos* que partían en su patriótico viaje a la tierra de la leche y miel. La selva de espacionaves se elevó rugiente, hacia arriba, hacia arriba, hasta que se perdió de vista. Miles de millones de personas envidiaron a los *angelanos*, aunque el viaje lo hiciesen apiñados y sin muchos alimentos.

Buscadores de acero procedentes de San Francisco, cuya cápsula quedó en segundo lugar en el sorteo, acudieron a la ciudad de Los Angeles, inmediatamente, para llevarse el acero que en ella había para emplearlo en su propio viaje.

El presidente de Méjico, alarmado hipnóticamente por la

extensión del *imperialismo americano* más allá de la estratosfera, lanzó su propio programa de colonización de Venus.

Al otro lado del océano, Inglaterra competía con Irlanda, Francia con Alemania, China con Rusia, India con Indonesia, en sus programas de colonización de Venus. Y diariamente, cientos de naves espaciales se elevaban al cielo alimentadas por el fuego de antiguos odios.

Querido Ed: ¿Cómo te encuentras? Sam y yo estamos perfectamente y deseamos que tú también estés bien. ¿Se está tan bien ahí con comida y cosas que crecen en los árboles? Ayer estuve en Springfield y de verdad que da pena ver los edificios destruidos, pero, naturalmente, es conveniente si tenemos que mantener a raya a nuestros vecinos fronterizos. ¿Tenéis algún problema con ellos en Venus? Escríbeme de vez en cuando. Tu hermana que no te olvida, Alma.

Querida Alma: Me encuentro perfectamente y espero que tú también lo puedas decir. Aquí es un lugar magnífico, con buen clima y vida fácil. El médico me dijo hoy que parece que tenga diez años menos. Cree que hay algo en este aire que mantiene más joven a la gente. En South Bay sé de una pequeña isla que reservo para ti y Sam, con muchos árboles frutales y arbustos de jamaica. Esperando verte pronto, a ti y a Sam, tu hermano que te quiere, Ed.

Sam y Alma emprendieron pronto el viaje.

(Y como ellos, muchos miles más).

Black-Kupperman realizó un trabajo final con el Presidente Hull-Mendoza, el último servicio que el genio del hipnotismo haría con un incapacitado mental, importante o no.

Hull-Mendoza, presa del pánico en su presidencia sobre una nación que se estaba deshabitando, se unió a sus ministros. El Independence, a bordo del cual viajaba el gobierno de América, era el más perfecto de los navios espaciales, más grande, más confortable, con un *lounge* hermoso, aunque demasiado lleno de gente, y con roperos para los senadores y representantes. Fue, sin embargo, al mismo lugar donde los otros y Black-Kupperman se suicidaron, dejando una nota que decía «que no podía vivir con su conciencia».

Al día siguiente de la partida del Presidente americano, Barlow estalló iracundo. Se suponía que por su mesa habían de pasar todos

los documentos importantes concernientes al Probpopact y esto... ¡esta ultrajante cosa... llamada Probpopact, había pasado al ejecutivo sin que él pudiera echarle una sola ojeada!

Llamó furioso a su estadístico, Rogge-Smith. Rogge-Smith parecía ser el causante de todo.

Mientras Rogge-Smith estaba en la puerta, Barlow espetó:

—¿Qué significa esto? ¿Por qué no se me ha consultado? ¿Hasta dónde han llegado ustedes y por qué han hecho esto que yo no he autorizado?

—No quisimos molestarle, Jefe —afirmó Rogge-Smith—. No se trataba realmente de un asunto técnico, sino de dar un toque final. ¿Quiere verlo terminado?

Apaciguado, Barlow siguió a su estadístico abajo, al corredor.

—Sin embargo, no tenían que haber hecho nada sin mi consentimiento —gruñó—. ¿Dónde demonios habrían ido a parar ustedes sin mi ayuda?

—Tiene usted razón, Jefe. Nosotros solos no podríamos haber resuelto nada; nuestros cerebros no trabajan como el suyo. Y todo eso que sabe usted de Hitler... no se nos hubiera ocurrido a nosotros. Pobre Black-Kupperman.

Al final de una ligera rampa había una sala de máquinas bastante espaciosa. Hacía frío en ella. Rogge-Smith pulsó un botón y un motor se puso en marcha, y la luz polar penetró con sus rayos en la sala al paso que el techo se abría lentamente. Apareció a la vista una pequeña astronave con la puerta abierta.

Barlow abrió la boca asombrado cuando Rogge-Smith le cogió de un brazo y vio a sus otros muchachos: Swenson-Swenson, el ingeniero; Tsutsugimushi-Duncan, el encargado de las propulsoras; Kalb-French, el publicista.

—Métase dentro, Jefe —ordenó Tsutsugimushi-Duncan—. Esto es el Probpopact.

—¡Pero yo soy el dictador mundial!

—Así es, Jefe. Figurará usted en la Historia, desde luego... pero esto es necesario. Lo siento.

Cerróse la puerta. La aceleración empujó a Barlow cruelmente contra el metálico suelo. Algo roto, cálido, húmedo y de salino gusto bajó desde su boca hasta la barbilla. La luz polar que se filtraba por el ojo de buey convirtiéndose súbitamente en una fiera

lanza que apuñalaba sus ojos; se hallaba fuera de la atmósfera.

Retorciéndose en el suelo, destrozado por la aceleración, Barlow se dio cuenta de que algunas cosas no habían cambiado, de que el crimen se paga finalmente...

Lo último que aprendió fue que la muerte es el final del sufrimiento.

DÓMINOS

—¡Dinero! —gritó su esposa—. Te estás matando, Will. Deja de una vez el mercado y vayámonos a otro sitio donde podamos vivir como seres humanos...

Él salió del apartamento dando un portazo, herido por los reproches de que había sido objeto, y se quedó parado en el bien alfombrado corredor, sintiendo el dolor de los agujeros de su úlcera. Abrióse la puerta del ascensor y el ascensorista sonrióle:

—Buenos días, señor Born. Hoy hace un día magnífico.

—Estoy contento, Sam —dijo amargamente W.

J. Born

—. Acabo de disfrutar de un desayuno magnífico, magnífico.

Sam no sabía cómo tomárselo, así que sonrió débilmente.

—¿Cómo anda el mercado, señor Born? —insinuó, cuando el ascensor se detuvo en la planta.

El señor Born gruñó:

—Si lo supiera no se lo diría. No tiene usted negocios en el mercado. No crea que es algo parecido a una mesa de juego.

Durante todo su trayecto en taxi a la oficina estuvo encolerizado. Sam o un millón de Sams no tenían asuntos en el mercado. Pero ellos estaban dentro de él, y produjeron el gran auge de 1975, gracias al cual la W.

J. Born

Associates vivía estupendamente. ¿Hasta cuándo? Al pensarlo su úlcera se lo recordó con un agujero.

Llegó a las 9.15. La oficina estaba ya en pleno movimiento. Las máquinas indicadoras de cotizaciones y noticias, los parpadeantes cartelones y rápidos mensajeros anunciaban constantemente las últimas y más interesantes noticias de los mercados de Londres,

París, Milán, Viena, etc. Pronto se harían eco de ellas, primero Nueva York, luego Chicago, más tarde San Francisco.

Tal vez fuera éste el día. Quizá Nueva York abriría con una significativa declinación en Minería y Fundición Lunar. Puede que Chicago respondiera nerviosamente con un derrumbamiento en los precios de los artículos... Tal vez pánico en la Bolsa de Tokio a la vista de las alarmantes noticias de los Estados Unidos... pánico retransmitido por Asia con el sol naciente, a Viena, Milán, París, Londres, que irrumpiera como una ola embravecida de nuevo en el mercado de Nueva York.

Dóminos, pensó W. J. Born. Una hilera de dóminos. Dese un golpecito a una ficha y todas caen en montón. Tal vez éste fuera el día.

La señorita Illig tenía ya apuntadas en su bloc una docena de llamadas de clientes. Él hizo caso omiso de todos y dijo sonriente:

—Póngame con el señor Loring.

El teléfono de Loring sonaba y sonaba, mientras W.

J. Born

se consumía por dentro. Pero el laboratorio era inmenso, y cuando Loring estaba ocupado con su trabajo no oía ni veía nada. Había que aceptar esto: era astuto, insolente y tenía un complejo de inferioridad que saltaba a la vista, pero era un hombre trabajador.

La voz insolente de Loring dijo:

—¿Quién es?

—Born —espetó el otro—. ¿Cómo va eso?

Se estableció una larga pausa y luego Loring dijo:

—Trabajé toda la noche. Creo que lo he hilvanado.

—¿Qué quiere decir?

Muy irritado:

—Dije que creo que lo he hilvanado. Envié un reloj, un gato y una jaula de ratones blancos durante dos horas. Volvieron bien.

—¿Afirma que...? —inquirió W. J. Born, roncamente, y se humedeció los labios—. ¿Cuántos años? —preguntó con suavidad.

—Los ratones no lo dijeron, pero creo que pasaron dos horas en 1977.

W. J. Born se decidió inmediatamente.

—Voy ahora mismo —espetó W. J. Born, y colgó en seguida el aparato. Los empleados de su oficina le miraron asombrados cuando

salió.

¡Si aquel hombre mintiese...! No, no mentía. Durante seis meses, desde el día en que entró en su oficina con su proyecto de máquina-tiempo, había estado sacándole dinero, pero no mintió en una ocasión. Había admitido entonces con brutal franqueza sus propios fracasos y sus dudas sobre si aquella máquina daría, alguna vez, resultado. Pero ahora, se dijo W.

J. Born

satisfecho, se había convertido en la jugada más inteligente de su carrera. Seis meses y un cuarto de millón de dólares... ¡y dos años de predicción del mercado valían mil millones! Cuatro mil por uno, pensó regocijado; ¡cuatro mil por uno! Dos horas para saber cuándo se hundiría el Mercado del Gran Toro de 1975, y luego a la oficina otra vez armado de la información, preparado para actuar en consecuencia y hacerse rico para siempre; para hacerse una fortuna...

Subió precipitadamente las escaleras que conducían al desván del 70 del Oeste.

Loring se excedía un poco en su representación de camorrista. Era un tipo delgaducho y muy alto, de pelo rojizo que no se había afeitado durante algunos días. Le recibió sonriente y le dijo:

—¿Quiere ver el futuro, W. J.? ¿Lo pongo en marcha?

—Si supiera que no... —contestó W. J. Boro automáticamente—. Oh, dejémonos de tonterías. Enséñeme ese maldito artefacto.

Loring se lo enseñó. Los generadores seguían gimiendo igual; el gran acumulador de Van Graaf continuaba pareciendo algo arrancado de una película de tercer grado. Los treinta pies cuadrados de embrollados tubos y resistencias seguían pareciendo una maraña incomprensible. Pero desde su última visita se había añadido una caseta telefónica, sin teléfono. Un disco de cobre hundido en su techo conectaba con la maquinaria por medio de un pesado cable. Su suelo era una losa de pulido cristal.

—Aquí está —dijo Loring—. ¿Quiere ver una prueba con los ratones?

—No —contestó W. J. Born—. Quiero probarlo yo mismo. ¿Para qué cree usted que he estado pagando? —Hizo una pausa—. ¿Garantiza usted su seguridad?

—Oiga, W. J. —dijo Loring—. Yo no garantizo nada. Creo que

este aparato le enviará a usted a dOS años del futuro. Creo que si al cabo de dos horas vuelve en él volverá de nuevo al presente Le debo decir, sin embargo, que si le envía al futuro debe regresar de él dentro de dos horas. De lo contrario, puede tropezar con el mismo espacio, con un peatón ambulante o con un coche en marcha... y entonces ni una bomba H podría salvarle.

W. J. Born sintió el retortijón de su úlcera. Con dificultad preguntó:

—¿Hay algo más que deba saber?

—No —repuso Loring tras un momento de vacilación—. No es usted más que un pasajero con billete.

—Bien, pues adelante —dijo W. J. Born, asegurándose de que llevaba encima su bloc y pluma e introduciéndose en la caseta telefónica.

Loring cerró la puerta, sonrió, le deseó buen viaje levantando la mano y desapareció... desapareció realmente, mientras Born lo estaba mirando.

Born abrió la puerta de sopetón y exclamó:

—¡Loring! ¿Qué diablos...?

Y entonces se dio cuenta de que estaba anocheciendo en vez de estar amaneciendo. Aquel Loring no se veía por ninguna parte del desván. Los generadores estaban silenciosos y los tubos oscuros y fríos. Había allí una capa de polvo y se respiraba humedad.

Salió de aquella gran habitación y descendió las escaleras. Era la misma calle en el 70 del Oeste. Dos horas, pensó, y estudió su reloj. Eran las 9.55, pero el sol decía inequívocamente que estaba anocheciendo. Algo había ocurrido. Resistió el impulso de detener a un estudiante que transitaba por allí para preguntarle qué año era.

Calle abajo había un quiosco de periódicos y corrió velozmente hacia él. Echó una moneda de diez centavos y cogió un *Post*, cuya fecha indicaba... 11 de septiembre de 1977. ¡Lo había conseguido!

Ávidamente buscó en aquel periódico su pobre página financiera. Minería y Fundación Lunar abrían cotizándose a 27. Uranium a 19. United Com a 19. ¡Bajas catastróficas! ¡Se había producido la quiebra!

Miró de nuevo su reloj, dominado por el miedo. Las nueve cincuenta y nueve. Antes eran las 9.55. Tenía que estar de vuelta en la caseta telefónica a las 11.55 o... estremeciéndose al pensarlo, una

bomba H no podría salvarlo.

Ahora a localizar la quiebra, se dijo.

—¡Eh, taxi! —gritó agitando el *Post*. El coche se detuvo junto a la acera—. A la Biblioteca Pública —gruñó W. J. Born, y se recostó en el asiento para leer alborozado el periódico.

Sus titulares decían: 25.000 PERSONAS SE MANIFIESTAN POR GRAVE SITUACIÓN LABORAL COMO CONSECUENCIA FALTA TRABAJO. Naturalmente, naturalmente, pensó. Se quedó boquiabierto cuando vio quién había ganado las elecciones presidenciales de 1976. NO HAY OLA CRIMINAL, DICE EL COMISIONADO. Las cosas no habían cambiado mucho, al fin y al cabo. JOVEN MODELO RUBIA APUÑALADA EN LA BAÑERA; SE BUSCA A UN MISTERIOSO JOVEN AMIGO DE LA VÍCTIMA. Leyó de cabo a rabo este artículo, atraído por una foto de la rubia. Y entonces se dio cuenta de que el coche estaba inmóvil. La causa era debida a un colosal embotellamiento. Eran las 10.05.

—Conductor —dijo.

El hombre volvió la cara, amable y un poco asustado. Un pasajero era un pasajero y había una depresión en marcha.

—No ocurre nada grave, señor. Antes de un minuto saldremos de aquí. Hay ahí delante una vuelta que origina este atasco, pero antes de un minuto empezaremos a correr.

Al cabo de un instante empezaron a correr, pero solamente por unos segundos. El coche se deslizaba ahora agonizadamente, mientras W.

J. Born

retorcía el periódico entre sus manos. A las 10.13 metió un billete en las manos del conductor y saltó del coche.

Jadeante, llegó a la biblioteca a las 10.46 de su reloj. Había visto al pasar un grupo de mu *chachas ataviadas con faldas* sorprendentemente cortas y tocadas con sombreros extraordinariamente grandes.

Se perdió entre las inmensidades marmóreas de la biblioteca y de su propio pánico. Cuando al fin descubrió el departamento de periódicos su reloj decía que eran las 11.03. W.

J. Born

dijo anhelante a la chica del buró:

—Archivo del *Stock Exchange Journal* de 1975, 1976 y 1977.

—Tenemos los microfilms de 1975 y 1976, señor, y copias sueltas de este año.

—Dígame, señorita —dijo él—, ¿qué año es el de la gran quiebra? Eso es todo lo que me interesa saber.

—Es el 1975, señor. ¿Se lo traigo?

—Espere —indicó él—. ¿Sabe acaso el mes?

—Creo que fue en marzo o agosto, o algo así, señor.

—Tráigame todo el archivo, por favor —pidió él—. Mil novecientos setenta y cinco.

—Firme esta ficha, señor —decía pacientemente la chica—. Tenemos máquinas de lectura. Siéntese allí y yo le traeré el carrete.

Él firmó su nombre y se fue hasta la máquina, la única que había libre en aquel momento entre una hilera de doce. Su reloj señalaba las 11.05. Le quedaban cincuenta minutos.

La empleada se entretuvo buscando entre unas fichas que tenía sobre su mesa mientras al mismo tiempo charlaba con un joven de buen ver portador de un montón de libros, en tanto el sudor bajaba copioso por el rostro de Born. Al fin ella desapareció entre los montones de libros que había detrás de su mesa.

Born esperaba. Y esperaba. Las once y diez. Once y quince. Once y veinte...

Ni una bomba H podría salvarle...

Su úlcera le dio un aguijazo cuando la muchacha reapareció, llevando delicadamente en la mano un carrete de película de 35 milímetros, sonriendo amablemente a Born.

—Aquí lo tenemos —dijo ella, e insertó el carrete en la máquina, dando vuelta después a una llave. Nada ocurrió.

—Oh, caramba —exclamó ella—. No hay corriente. Ya se lo dije al electricista.

Born sentía locos deseos de ponerse a gritar y a dar explicaciones, lo que hubiera sido estúpido de verdad.

—Allí hay una lectora libre —dijo entonces ella señalando hacia el final de la hilera.

Las piernas de W. J. Born vacilaban mientras se dirigían a ella. Miró su reloj... las 11.27. Le quedaban veintiocho minutos. La pantalla se iluminó: 1.º de enero de 1975.

—Sólo tiene que darle vueltas al botón —dijo ella, demostrándoselo. Ella se volvió a su mesa mientras las sombras

pasaban vertiginosamente por la pantalla.

Born dio vueltas al botón hasta llegar a abril de 1975, el mes que había abandonado hacía noventa y un minutos, y ajustó el día al dieciséis de abril, el mismo en que había salido. La sombra de la pantalla ofrecía el mismo diario que él había visto aquella mañana.

Tembloroso buscó la visión del futuro; el *Stock Exchange Journal* del 17 de abril de 1975.

Los titulares gritaban: ¡LOS VALORES SE DERRUMBAN EN LA CRISIS GENERAL! CIERRE DE BANCOS. ¡LOS CLIENTES INVADEN LA BOLSA!

La calma renació en él súbitamente, pues conocía el futuro y estaba libre de sus golpes. Se levantó y atravesó con firme paso los marmóreos *halls*. Ahora todo iba bien. Con veintiséis minutos disponía de tiempo suficiente para llegar hasta la máquina. Tendría una ventaja de varias lloras sobre el mercado; su propio dinero estaría tan a salvo como si fuera un monumento; podría salvar a sus clientes personales.

Consiguió un taxi con milagrosa facilidad y se dirigió directamente hacia el 70 del Oeste sin obstáculo alguno. A las 11.50 de su reloj cerraba la puerta de la caseta telefónica del mohoso y polvoriento laboratorio.

A las 11.54 notó un abrupto cambio en la luz del sol que se filtraba a través de los sucios cristales de las ventanas y salió afuera. Era otra vez el 17 de abril de 1975. Loring estaba completamente dormido junto a la estufilla de gas sobre la cual humeaba un recipiente con café. W.

J. Born

cerró la espita y descendió tranquilamente las escaleras. Loring era un tipo astuto, insolente e inseguro, pero gracias a su ingenio había conseguido que W. J. Born cosechara su fortuna en el momento preciso.

Ya de vuelta a su oficina llamó a su agente de bolsa y le dijo con firme tono de voz:

—Cronin, haga lo siguiente sin pérdida de tiempo: quiero que vaya al mercado y venda todas mis obligaciones y acciones, inmediatamente, todas las que tengo en mi cuenta personal, y que exija cheques certificados como pago.

Cronin preguntó con sinceridad:

—Jefe, ¿se ha vuelto loco?

—No. No pierda el tiempo, y permanezca en contacto conmigo regularmente. Ponga a trabajar a sus muchachos. Deje todo lo demás.

Born ordenó que le subieran una ligera comida y rehusó ver a nadie ni contestar llamada telefónica alguna que no fuera la de su agente. Cronin le fue informando de que las operaciones de bolsa se desarrollaban normalmente, que *Mr.* Born debía estar loco, y que la inusitada demanda de cheques certificados estaba causando la alarma, y finalmente que los deseos del señor Born se estaban cumpliendo. Born le dijo que le mandara inmediatamente los cheques.

Llegaron antes de una hora, y estaban librados contra una docena de Bancos de Nueva York. W.

J. Born

llamó a una docena de mensajeros y distribuyó los cheques, un Banco para cada mensajero. Les dijo que retirasen el dinero y lo ingresaran en cajas fuertes de alquiler del tamaño necesario.

Después telefoneó a los Bancos para confirmar el fantástico acuerdo. Estaba en magníficas relaciones al menos con un vicepresidente de cada Banco, lo que le ayudó enormemente.

W. J. Born se recostó felizmente en su asiento. Esperaba tranquilamente el desastre. Por primera vez durante aquel día conectó el televisor. La Bolsa de Nueva York empeoraba rápidamente. Chicago ofrecía caracteres más graves. San Francisco se tambaleaba... Al cabo de cinco minutos parecía un desastre... La campanada de cierre colocó un velo sobre la inminente catástrofe.

W. J. Born salió para cenar después de telefonarle a su esposa diciéndole que no iría a casa. Volvió a su oficina y contempló un tablón de anuncios de una de las habitaciones en que aparecían el Cambio de Tokio durante las horas nocturnas, y se congratuló al ver que las cifras decían que se había producido el pánico y la ruina.

Los dominios caían, caían, caían...

Se fue a su club para pasar la velada y se despertó temprano y desayunó solo en un casi desierto comedor. El indicador automático de cotizaciones y noticias murmuró los buenos días en el vestíbulo mientras él se ponía los guantes para prevenirse del frío de abril. Se detuvo un momento junto a la máquina. El indicador empezó a

anunciar el desastre de las grandes bolsas de Europa, y el señor Born se encaminó a su oficina. Los agentes comisionistas llegaban temprano, murmurando en pequeños corrillos, en el vestíbulo y ascensores.

—¿Qué le parece esto, señor Born? —preguntó uno de ellos.

—Lo que sube tiene que bajar —dijo él—. *Yo estoy a salvo.*

—Así lo he oído decir —le contestó el hombre, con una mirada que Born tradujo como de envidia.

En los tabloneros anunciadores de la sala de clientes, Viena, Milán, París y Londres contaban, su triste historia. Ya había en ella algunos clientes, y el personal nocturno había estado ocupado con las órdenes telefónicas para la apertura. Todos debían vender en el mercado.

W. J. Born sonrió a uno de los hombres del equipo nocturno y le soltó esta extraña chanza:

—¿Quiere comprar una casa de corretaje, Willard?

Willard echó una ojeada al tablón y repuso:

—No, gracias, señor Born. Muy amable por acordarse de mí.

La sensación de crisis pesaba en el aire. Born instruyó a sus empleados para que hicieran todo lo posible en favor de sus clientes personales y luego se encerró en su oficina.

El campanazo de apertura fue la señal para que estallara el pandemónium. Las indicadoras automáticas demostraban su incapacidad de mantenerse a la altura de las noticias sobre la quiebra general, indudablemente la peor y más aguda de la historia de las finanzas. Born se sintió bastante satisfecho por la prontitud de sus muchachos en favor de sus clientes amigos, evitándoles con ello bastantes pérdidas. Un banquero muy importante telefoneó a Born a media mañana para ofrecerle su entrada en una mancomunidad de empresas con un capital que ascendía a varios miles de millones de dólares, lo que haría que subieran las cotizaciones gracias a la confianza que ello insuflaría en el mercado. Born contestó con la negativa, sabiendo que ninguna muestra de seguridad impediría que Minería y Fundición Lunar abriera a 27 el 11 de septiembre de 1977. El banquero colgó el teléfono de un porrazo.

La señorita Illig le preguntó:

—¿Quiere ver al señor Loring? Está aquí esperando.

El banquero asintió.

—Hágale pasar.

Loring estaba mortalmente pálido y su cerrada mano apretaba convulsivamente un ejemplar del *Journal*.

—Necesito dinero —dijo al entrar.

W. J. Born movió negativamente la cabeza.

—Ya ve lo que está sucediendo —dijo—. El dinero anda escaso. Nuestra asociación ha sido estupenda, Loring, pero creo que ha terminado. Ya le di un cuarto de millón de dólares; no pido explicaciones de lo que ha hecho...

—Se me ha terminado —dijo Loring, roncamente—. Todavía no he pagado más que la décima parte de ese condenado equipo. Emplé el dinero en el mercado. Esta mañana perdí ciento cincuenta mil dólares. Me dismantelarán mi maquinaria y se la llevarán. Es preciso que consiga dinero.

—¡No! —rugió W. J. Born—. ¡De ninguna manera!

—Esta tarde vendrán a buscar los generadores con un camión. Les he dicho que esperen un poco. Mis acciones iban subiendo..., y ahora... Lo que yo quería era tener bastante en reserva para continuar trabajando. *Es preciso que consiga dinero.*

—No —repitió Born—. Al fin y al cabo, no es culpa mía.

La fea cara de Loring estaba ahora muy cerca de la suya.

—¿No lo es? —bramó, y extendió el periódico sobre la mesa.

Born leyó los titulares, otra vez, del *Stock Exchange Journal* del 17 de abril de 1975.

¡LOS VALORES SE DERRUMBAN EN LA CRISIS GENERAL! ¡CIERRE DE BANCOS! ¡LOSCLIENTES INVADEN LA BOLSA!

Pero esta vez no tuvo tanta prisa cuando leyó a continuación:

«La vertical caída mundial de los valores ha barrido miles de millones de papel moneda puesto que comenzó poco antes del cierre de ayer de la Bolsa de Nueva York. No se prevé todavía el fin de la catastrófica inundación de las órdenes de venta de valores. Veteranos observadores de Nueva York coinciden en afirmar que la venta de valores repentina que

efectuó ayer por la tarde en Nueva York W.

J. Born,

de la W. J. Born Associates, arrancó la válvula por la que se escapó el gran auge que iba a sobrevenir, que ahora puede considerarse totalmente perdido. Los Bancos han sido gravemente afectados...».

—¿No lo es? —Rugía ahora Loring—. No, ¿verdad? —Sus ojos estaban desorbitados, llameantes de locura, mientras sus crispados dedos se aferraban a la garganta de Born.

Dóminos, pensó vagamente W J. Born mientras se retorció de dolor y con gran esfuerzo lograba pulsar un timbre de su mesa.

La señorita Illig entró en la oficina, lanzó un grito de angustia y salió corriendo, volviendo en seguida acompañada por dos fuertes clientes, pero ya era demasiado tarde...

EL HOMBRE MÁS AFORTUNADO DE DENV

El hombre de May, Reuben, del nivel ochenta y tres, atómico, sabía que ocurría algo raro cuando el binóculo relampagueó, volviéndose luego opaco. Se maldijo interiormente, deseando no haberse comprometido con nada. Exteriormente se mostraba imperturbable. Devolvió el binóculo a Almon, hombre de Rudolph, del nivel ochenta y nueve, regalándole su sonrisa.

—No es muy bueno —dijo.

Almon miró con el binóculo por encima del parapeto y rezongó:

—Más negro que la boca del lobo, ¿verdad? No se preocupe; aquí tengo otro.

Éste era irreprochable. A través de sus anteojos Reuben estudió los mil recodos y tejados de Denv que abajo se desparramaban. Se sentía demasiado preocupado para disfrutar de la primera vez que tenía esta vista desde el nivel ochenta y nueve, pero dejó escapar un gruñido de aprecio. Ahora, a escapar de este tipo súbitamente siniestro y tratar de descifrarlo.

—¿Podríamos...? —preguntó, secretamente, acercándose al otro.

—Es mejor que no —repuso en seguida Almon, quitándole los anteojos de las manos—. ¿Qué pasa si alguien con estrellas lo viera? ¿Cómo se lo tomaría *usted* si descubriera a algún insolente figoneándole?

—¡No se atrevería! —contestó Reuben, pretendiendo sentirse ofendido e indignado y un momento después unió su risa a la risa franca de Almon.

—No se preocupe —dijo Almon—. Somos jóvenes. Algún día... Tal vez podamos mirar desde el noventa y nueve, o desde el cien.

Aunque Reuben sabía que el Mantenedor no era amigo suyo, las generosas palabras hicieron que la sangre corriera vertiginosamente en sus venas.

Se puso de pronto serio y le dijo a Almon:

—Esperemos que así sea. Gracias por ser mi anfitrión. Ahora debo volver a mi sitio.

Abandonó el ventiscoso parapeto por la serena suntuosidad de un corredor del nivel ochenta y nueve y descendió lentamente por las movibles escaleras bajando cada vez menos suntuosos niveles, hasta alcanzar su espartano suelo. Seleneesperaba, sonriente, cuando él abandonó la escalera.

Ella vestía con finura... con demasiada finura. Llevaba un colorido corsé y usaba embriagador perfume; su cabellera caía libremente por su espalda. Todo aquello le puso en guardia, al llamarle inmediatamente la atención. ¿Por qué se había ella preocupado de enterarse de sus gustos? ¿Qué buscaba con ello? Al fin y al cabo, ella era la mujer de Griffin.

—¿Bajas? —le preguntó ella, con temor—. ¿Dónde has estado?

—En el ochenta y nueve, como invitado de Almon. La vista es inmensa.

—Yo nunca he estado... —murmuró ella, y luego dijo decisivamente—: Tú perteneces allí arriba. Y más alto aún. Griffin se ríe de mí, pero está loco. Anoche estuvimos hablando de ti en la cama; no sé por qué, y él se puso furioso y me dijo que no quería oír nada más —sonrió maliciosamente—. Pero me vengué.

Palideciendo, él dijo:

—Debes saber vengarte muy bien, Selene, y también agitar la causa de tu venganza.

El suave endurecimiento de la sonrisa de ella significaba que él había dado en el blanco. Se despidió de la joven con un frío saludo y se alejó de allí.

Era una mujer verdaderamente seductora. El contraste de la prenda metálica con su suave y blanca piel y aquella cabellera larga y sedosa perturbaba la voluntad. Era difícil pensar en ella como de una mujer que estaba maquinando algo; en su mente, la figura intrigante de Selene se desvanecía para dejar paso a una Selene en la alcoba.

¿Pero qué planeaba ella? ¿Habría quizás oído que le iban a

elevar? ¿Acaso los Mantenedores iban a bajar de nivel a Griffin? ¿Tendría él que matar a Griffin para que ella pudiera aprovecharse de que uno subía? ¿No se trataría simplemente de que ella quería dar celos a su hombre?

Deseaba ardientemente que los problemas del binóculo y de Selene no se hubieran presentado a la vez. Aquel granuja de Almon le había hablado de juventud como si fuese algo para congratularse; odiaba, él, ser joven y estúpido e, incapaz de olvidarse de los defectuosos anteojos y del calor de la mujer de Griffin.

La señal de alarma sonó de pronto a través de los espartanos corredores. Se introdujo a través de la más inmediata puerta en un dormitorio vacío y bajó la pesada puerta de acero. Un momento después alguien más se metió bajo la mesa y una tercera persona trató de unírseles.

El primero que llegó después de Reuben rugió con voz atronadora:

—¡Fuera de aquí y métase donde pueda! No quiero que nadie me empuje, ni que yo tenga que empujar a nadie. ¡Fuera de aquí!

—¡Perdóneme, señor! ¡Inmediatamente, señor! —gimió el recién llegado y se alejó gateando mientras seguía sonando la alarma.

Reuben se dio cuenta del tratamiento de «señor» y estudió a su vecino. ¡Era May! Sin duda había sido atrapado en un viaje de inspección por el nivel.

—Señor —dijo respetuosamente—, si desea estar solo puedo buscar otra habitación.

—Puede quedarse haciéndome compañía. ¿Es usted uno de los míos? —Había autoridad en la voz del general y en su rugosa cara.

—Sí, señor. Reuben, hombre de May, del nivel ochenta y tres. Atómico.

May le miró fijamente, y Reuben observó que la piel de aquel rostro pendía flácida de los huesos y que las líneas de la boca eran duras, amenazadoras.

—Es usted un muchacho bien parecido, Reuben. ¿Tiene mujeres?

—Sí, señor —repuso Reuben en seguida—. Una tras otra... *siempre* tengo mujeres. Ahora estoy detrás de una preciosidad llamada Selene. De formas redonditas, pero compacta, flexible, cariñosa, con una larga cabellera pelirroja y unas piernas largas y

blancas...

—Ahórrese los detalles —murmuró el general—. Un atómico, dijo usted. Tiene futuro, seguridad. Yo era hace mucho tiempo Controlador. Parece que ahora está esto pasado de moda...

La alarma cesó bruscamente. El silencio se hacía pesado.

May tragó saliva y continuó:

—... por alguna que otra razón. ¿Por qué ustedes los jóvenes no elijen ya ser Controladores? ¿Por qué no lo hizo usted, por ejemplo?

Reuben no sabía cómo salir del apuro. Los anteojos, Selene, el raid, y ahora mantenía una inteligente conversación con un general.

—Realmente no lo sé, señor —dijo, apesadumbrado—. Cuando tenía la ocasión de hacerlo había muy poca diferencia... Controlador, Atómico, Missiler, Mantenedor, todo era parecido. Tenemos un dicho: «Los botones son diferentes», con que generalmente termina cualquier conversación sobre el asunto.

—¿De veras? —preguntó May distraídamente. En su rostro había una fina película de sudor—. ¿Supone usted que Ellay intenta demolernos esta vez? —preguntó, con ronca voz—. ¿Hace algunas semanas desde que hicieron el máximo esfuerzo, verdad?

Cuatro —dijo Reuben—. Lo recuerdo por que uno de mis mejores Servidores murió a con secuencia del derumbamiento de parte del techo de una galería... ¡La única víctima, y tenía que ser de mis hombres!

Empezó a reírse nerviosamente y se dio cuenta de que estaba hablando como un necio, pero, al parecer, May no le hacía caso.

Abajo, muy lejos, se producía una serie de desgarradores silbidos mientras los interceptores estaban sueltos para empezar su intrincada doble pared de defensa en un elevado cilindro alrededor de Denv.

—Prosiga, Reuben —dijo May—. Era muy interesante —sus ojos escudriñaban por debajo de la mesa.

Reuben apartó la vista de la asustada cara, sintiendo decrecer su temor. ¡Debajo de la mesa con un general! Ahora no le parecía tan extraño.

—Tal vez, general, me pueda aclarar algo que me ocurrió esta tarde. Un individuo... Almon, hombre de Rudolph, del nivel ochenta y nueve, me dio unos binóculos que relampagueaban en mis ojos y luego se volvieron opacos. ¿Acaso su amplia

experiencia...?

May soltó una ronca carcajada y dijo con voz temblorosa:

—¡Ese viejo truco! Le estuvo fotografiando las retinas para la muestra de los vasos sanguíneos. Uno de los hombres de Rudolph, ¿verdad? Me alegro de que me lo haya contado; soy lo bastante viejo para localizar una reavivación como esa. Tal vez mi buen amigo Rudolph planea...

Se sintió de pronto la trepidación en el aire y luego una débil sacudida. Había penetrado uno, explotado, al parecer, allá lejos, a los pies de Denv.

Sonó de nuevo la alarma, con sonido quebrado esta vez, lo que significaba que había pasado el peligro.

El atómico y el general salieron de debajo de la mesa; el secretario de May se asomó a la puerta. El general le indicó con un gesto que se fuera y se apoyó con las manos sobre la mesa, los brazos temblorosos. Reuben le ofreció inmediatamente una silla.

—Un vaso de agua —pidió May.

El atómico se lo trajo. Vio que el general se engullía el agua con lo que parecía una dosis triple de cápsulas verdes xxx, que servían para calmar los nervios.

May dijo, tras un momento de silencio:

—Esto está mejor. No ponga esa cara de espanto, jovenzuelo; no sabe usted la tensión a la que estamos sometidos. Es una medida provisional que anularé tan pronto como las cosas se pongan un poco mejor. Decía antes que tal vez mi buen amigo Rudolph intenta sustituir uno de sus hombres por uno de los míos. Dígame, ¿cuánto tiempo hace que ese Almon es amigo suyo?

—Nos conocimos, accidentalmente, la semana pasada. Debí haberme percatado...

—Ciertamente, debió darse cuenta. Una semana. Tiempo suficiente, y de sobra. Ya ahora ha sido usted fotografiado, le han tornado las huellas dactilares, registrado su voz y hasta le han estudiado su forma de andar, todo ello sin que usted se enterase. Sólo la retinoscopia es difícil, pero uno debe arriesgarse para obtener un doble real. ¿Ha matado a su hombre, Reuben?

Movió afirmativamente la cabeza. Fue dos años atrás, a consecuencia de una estúpida riña; le disgustaba que se lo recordasen.

—Bien —dijo May con fruncido ceño—. La forma en que se hacen estas cosas es que su doble le mate a usted en un lugar solitario, se apodere de su cuerpo y se haga cargo de sus funciones. Nosotros lo invertiremos. Usted matará al doble y representará su papel.

La poderosa y metódica voz relató posibilidades y contingencias, medidas y contramedidas. Reuben lo absorbió todo y sintió que volvía su pánico. Quizá May no había estado realmente asustado bajo la mesa; tal vez él había leído su propio terror en la cara del general. May le estaba hablando ahora de precedentes y de medidas que debía tomar ¡más arriba del nivel ochenta y tres!, se dijo al escuchar de labios del general grandes nombres.

—Mi buen amigo Rudolph, naturalmente, quiere las cinco estrellas. Usted no debía saberlo, pero el hombre que tiene las estrellas cuenta ahora ochenta años y se está agotando rápidamente. Yo me considero probable candidato para reemplazarlo. Evidentemente, Rudolph piensa lo mismo con respecto a él. Sin duda planea que el doble de usted perpetre algún horrible desatino en vísperas de la elección, y que el descrédito caiga sobre mí. Ahora lo que usted y yo vamos a hacer...

Usted y yo... ¡el hombre de May, Reuben, y May, a remontarse desde el ochenta y tres! ¡A elevarse por encima de los desnudos corredores y tristes dormitorios hasta los mormóreos *halls* y abovedadas cámaras! ¡A ascender desde el alboroto del atiborrado refectorio hasta los pequeños y resplandecientes restaurantes donde uno dispone de su propia mesa y su criado y donde la música le acaricia suavemente los oídos desde sus límpidas paredes! ¡A enaltecerse, abandonando esta lucha por tal o cual mujer, a no tener que ganársela por ingenio o guapeza, u ofreciéndoles los pobres sobornos que uno pueda reunir! ¡A conseguir la eminencia desde cuyo pináculo puede uno mandar tranquilamente a las más destacadas bellezas de Denv!

¡A alzarse por encima del ochenta y tres!

Luego May le despidió con un discurso cuyo contenido era delirantemente excitante.

—Necesito un hombre capaz, un hombre joven, Reuben. Tal vez haya esperado demasiado por él. Si usted se porta bien en este espinoso asunto, consideraré muy seriamente la posibilidad de que

se haga cargo de un importante trabajo que tengo en proyecto.

A altas horas de aquella noche, Selene se introdujo en su dormitorio.

—Sé que no te gusto —dijo ella con enfado—, pero Griffin es tan estúpido que me he decidido a buscar a alguien con quien hablar. ¿Te importa? ¿Qué te pareció lo de arriba? ¿Viste alfombras? Desearía tener una alfombra.

Él intentó pensar en alfombras en vez de en el excitante contraste entre los metálicos vestidos y la carne.

—Vi una por entre una puerta abierta —recordó él—. Parecía una cosa extraña, pero creo que las personas se acostumbran a usarlas. Tai vez la que vi no era demasiado buena. ¿No son muy gruesas las buenas?

—Sí —dijo ella—. Se hunden los pies en ellas. Me gustaría tener una *buen*a alfombra y cuatro sillas y una mesa pequeña que me llegara a las rodillas para poner cosas encima, y tantos cojines como quisiera. Griffin es un estúpido. ¿Crees que yo pueda conseguir algún día esas cosas? Jamás vi a un general. ¿No crees que soy lo bastante bonita para conseguir uno?

Él contestó inquieto:

—Naturalmente, tú eres muy bonita, Selene. Pero las alfombras y las sillas y los cojines...

Se sentía intranquilo, como si estuviese mirando por encima del parapeto a través de un binóculo.

—Quiero todo eso —dijo ella tristemente—. Me gustas mucho, pero quiero muchas cosas, demasiadas, quizá, y pronto seré demasiado vieja incluso para el nivel ochenta y tres y tendré que pasar el resto de mi vida cuidando niños o cocinando en el refectorio, sin poder subir nunca más arriba.

Se detuvo, de pronto, serenóse y luego le sonrió de una forma algo siniestra, a media luz.

—Eres una traidora —dijo él, y ella, instantáneamente, miró hacia la puerta con la sonrisa helada en los labios.

Reuben sacó una pistola de debajo de la almohada y demandó:

—¿Cuándo lo esperas?

—¿Qué quieres decir? —preguntó la joven con voz trémula—. ¿De qué hablas?

—Mi doble. No te hagas la desentendida. May y yo... —Lo

saboreó—. May y yo lo sabemos todo. Me advirtió que tuviese cuidado con una mujer que vendría a engañarme mientras el doble me asesinaba. ¿Cuándo lo esperas?

—Me gustas de veras —sollozó Selene—. Pero Almon me prometió llevarme allá arriba... Me gustas de verdad, pero pronto seré demasiado vieja para...

—Selene, escúchame. ¡Escúchame! Tendrás tu oportunidad. ¡Nadie más que tú y yo sabremos que la sustitución no ha tenido éxito!

—¿Entonces tendré que espiar para ti contra Almon, verdad? —preguntó ella con vacilante tono—. Todo lo que quería eran unas cuantas cosas agradables antes de hacerme demasiado vieja. Bien, pues, tenía que estar en tus brazos a las 23.50 horas.

Eran las 23.49. Reuben dejó el lecho y se quedó junto a la puerta, la pistola, silenciada y dispuesta. A las 23.50 horas penetró sigilosamente en la habitación un hombre desnudo que se dirigió en derechura de la cama con un puñal en la diestra. Se detuvo atemorizado cuando vio que estaba vacía.

Reuben le disparó a bocajarro, matándolo instantáneamente.

—Pero no se me parece en nada —dijo extrañado cuando contempló de cerca la cara del muerto.

Selene dijo melancólicamente:

—Almon me dijo que la gente siempre dice eso cuando ven a sus dobles. Es curioso, ¿verdad? Se parece mucho a ti, es cierto.

Reuben quiso saber.

—¿Cómo iban a desprenderse de mi cadáver?

La joven mostró una pequeña caja plana.

—Un traje de sombras. Te iban a dejar aquí hasta que alguien viniera mañana a buscarte.

—No le defraudaremos. —Reuben sacó el tejido del traje de sombras sobre su doble y conectó la fuerza. La desaparición era perfecta a la media luz de la habitación; a la luz del día no lo sería tanto—. Preguntarán por qué se empleó la pistola en vez del puñal. Diles que me disparaste con la pistola que había bajo la almohada. Cuéntales que yo oí entrar al doble y tú temiste que pudiera haber lucha.

Ella preguntó, pensativa:

—¿Cómo sabes que no te voy a traicionar?

—No lo harás, Selene. —Su voz era mordaz—. No *puedes* hacerlo.

Ella asintió vagamente, quiso decir algo, pero se marchó sin pronunciar palabra.

Reuben se tendió a su gusto sobre la estrecha cama. Pronto sus camas serían más anchas y más suaves, pensaba. Se durmió pensando que algún día podría votar con otros generales para elegir al hombre que habría de ostentar las cinco estrellas... o que tal vez ese hombre fuera él mismo, Señor de Denv.

Durmió plácidamente mientras sonaba la alarma matutina y llegó tarde a su cotidiana estación del nivel veinte. Vio cómo su superior, el hombre de May, Oscar, le tomaba el nombre ostentosamente. Bueno, ¿y qué?

Oscar reunió a sus hombres para anunciarles algo grave:

—Vamos a ajustarle las cuentas a Ellay. Al ponerse el sol dispararemos tres missiles desde la Cubierta Uno.

Se elevó entre el grupo un murmullo de aprobación y Reuben se encaminó hacia el lugar de su cometido.

Toda la mañana estuvo ocupado estudiando los materiales de plutonio y los complejos procesos y ensayos hasta convertirse en Armas. Oscar inspeccionaba los equipos y los lentes explosivos.

A media mañana se produjo un accidente, de vigilancia para hablar con un Mantenedor. Reuben vio que Oscar se apartaba de su lugar que había sorprendido a uno de los Servidores en un acto de sabotaje. Cuando estuvieron dispuestas las cargas explosivas en la cabeza de los missiles y todo dispuesto para disparar, los dosatómicos subieron al refectorio del ochenta y tres.

En el aire pendían las noticias de un inminente acontecimiento guerrero. Parecía que había electricidad en el ambiente. En todas partes se oían conversaciones optimistas:

—¡Esta vez los aplastaremos!

—¿Qué intentaba hacer ese Servidor que cogió usted? —preguntó a Oscar.

Su comandante le miró fijamente.

—¿Acaso quiere aprenderse mi trabajo? No lo intente, se lo advierto. Si no tuviera ya contra usted bastantes faltas me las arreglaría para que desapareciera algo de ese material de fisión que tiene usted a su cargo.

—¡No, no! Sólo me preguntaba por qué hay gente que hace cosas así.

Oscar contestó dubitativamente:

—Probablemente está loco, como todos los Angelos. He oído decir que el clima los trastorna. Pero usted no es ningún Mantenedor ni Controlador. ¿Por qué se interesa por ello?

—Le tratarán el cerebro, ¿verdad?

—Lo supongo. ¡Escuche!

La Cubierta Uno estaba disparando. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis.

Los hombres se miraron mutuamente y se estrecharon las manos, riendo, dándose palmadas en la espalda, satisfechos. Dieciocho missiles atravesaban la estratosfera para caer pronto sobre Ellay. Con un poco de suerte, uno o dos de ellos cruzarían la primera pared de interceptores y estallarían lo bastante cerca para romper ventanas y derrumbar paredes en la insensata ciudad del Océano. Ajustaría las cuentas a los lunáticos. Cinco minutos después, una voz exultante llenó todo el ambiente de Denv.

—Información sobre los missiles —anunció—. Lanzados dieciocho, cuyas trayectorias fueron perfectas. Quince han estallado en la primera línea de interceptores de Ellay y tres en la segunda. ¡Se observan grandes daños en la zona del Griffith Park de Ellay!

El júbilo general coreó estas informaciones.

Y entonces ocho Mantenedores se encaminaron al refectorio escoltando a Reuben, silenciosamente.

Él no ignoraba que sería inútil resistirse o hacer preguntas. Cualquier pregunta que se hiciese a un Mantenedor estaba condenada de antemano al fracaso. Pero demostró su extrañeza cuando le hicieron subir por una escalera que conducía hacia arriba.

Dejaron atrás el nivel ochenta y nueve y Reuben perdió la cuenta, absorto sólo en las maravillas que a sus ojos se ofrecían en las alturas de Denv. Vio alfombras que ocupaban la entera longitud de los corredores, y fuentes intrincadas y paredes de mosaicos, así como deslumbradoras vidrieras de colores y más maravillas que él era incapaz de denominar; cosas cuyo nombre ignoraba en absoluto.

Le introdujeron finalmente en una habitación cuyas paredes eran de valiosa madera y vio en ella una reluciente mesa y detrás de

la misma un mapa. Sus ojos se fijaron en May y en otro hombre que debía ser un general... ¿Rudolph?..., pero, sentado ante la mesa, había un hombre frágil y viejo, un hombre que ostentaba en cada hombrera un pequeño círculo de estrellas.

El viejo dijo a Reuben:

—Usted es un espía de Ellay y un saboteador.

Reuben miró a May. ¿Debía replicar directamente al hombre de las estrellas, aun tratándose de una tal acusación?

—Contéstele, Reuben —dijo May amablemente.

—Soy Reuben, hombre de May, del nivel ochenta y tres, atómico —dijo.

—Explique —dijo el otro general tensamente—, si le es posible, por qué las dieciocho cargas explosivas que procuró usted hoy no han estallado.

—¡Pero sí que estallaron! —protestó Reuben—. La información sobre los missiles dijo que se produjeron grandes daños con los tres que atravesaron las defensas y no dijo nada de que los demás fallaran.

El otro general palideció de repente y May se puso aún más amable. El hombre de las estrellas se volvió a mirar inquisitivamente al jefe de los Mantenedores, quien asintió y dijo:

—Así lo comunicó la información sobre los missiles, señor.

El general espetó:

—Lo que manifesté era que él *intentaba* sabotear el ataque. Evidentemente, fracasó. También declaró que es un deficiente doble, alguien que se introdujo con gran facilidad en la organización de mi buen amigo May. Podrá usted ver que la impresión de su pulgar izquierdo es una burda falsificación de la verdadera impresión del pugar de Reuben y que tiene teñido el pelo de negro.

El jefe hizo una seña al jefe de los Mantenedores, quien dijo:

—Tenemos su ficha, señor. Reuben vio que de pronto le tomaban la impresión dactilar y que le recortaban un poco el pelo.

—La impresión es exacta, señor —dijo un Mantenedor—. Es Reuben.

—El pelo es natural —dijo otro—. Esto significa el eclipse de mi buen amigo Rudolph durante algunos años —cacareó—. Su juego era hacer que su doble saboteara las cargas de los missiles y luego

demostrar que mi organización está infestada de espías. Seguramente al doble lo posthipnotizaron, preparado para que lo admitiese todo. ¡El estúpido de Rudolph se sentía tan seguro de sí mismo que hizo las acusaciones antes del ataque!

Volvió a sacar el frasco de las cápsulas verdes.

—Señor —dijo Reuben alarmado—. Sus efectos son transitorios —murmuró May, y se tragó una cuarta cápsula—. Pero tiene usted razón. Déjelos en paz. Hay grandes cosas que hacer en el tiempo de usted, no en el mío. Le dije que necesitaba un hombre joven capaz de abrirse camino hasta arriba. Rudolph es un estúpido. No necesita las cápsulas porque no hace preguntas.

Se inclinó hacia adelante en su asiento; sus pupilas echaban chispas.

—¿Quiere *trabajar*? —demandó—. Tiene usted cerebro y valor. Yo haré el trabajo duro. No duraré bastante para terminarlo. Usted tendrá que seguirlo. ¿Ha estado alguna vez fuera de Denv?

Reuben se puso en guardia.

—No le acuso de ser espía. No es nada malo salir de Denv. Yo he estado afuera. Al principio no hay mucho que ver... mucha tierra calcinada como consecuencia de la lucha entre Ellay y nosotros. Más allá, especialmente hacia el este, es diferente. Hierba, árboles, flores, tierras donde se puede cultivar.

—Cuando salí por primera vez me sentí extrañado. Me empecé a hacer preguntas. Quise saber cómo habíamos empezado. *Siempre no fue como ahora*. Alguien construyó Denv. ¿Me va comprendiendo? *¡Siempre no fue como ahora!*

—Alguien montó los reactores para producir uranio y hacer plutonio. Alguien nos preparó los missiles. Alguien colocó los hilos en los cuadros de mando para controlarlos y creó los tanques hidropónicos.

—He estudiado los archivos. Vi montañas de informes de todas clases, pero nunca averigüé el principio. Hallé un pedazo de papel y quizá haya comprendido su significado, pero tal vez no. Hablaba de las aguas del río Colorado y de quién podía tener tanta o cuánta. ¿Cómo se pueden dividir las aguas de un río? Pero pudo ser así el comienzo de Denv, de Ellay y de los ataques con missiles.

El general se detuvo, moviendo enigmáticamente la cabeza. Dijo:

—No veo con claridad qué es lo que nos espera. Quiero establecer la paz entre Denv y Ellay, pero no sé cómo hacerlo, ni tampoco qué resultaría de ello. Creo que lo primero sería no disparar más proyectiles e incluso no fabricar más armas. Tal vez algunos de nosotros, o muchos, tendríamos que salir de Denv y vivir una existencia diferente. Por estas razones he luchado para abrirme paso hacia arriba. Por ello necesito un hombre joven capacitado para encaramarse hasta los mejores puestos. Dígame ahora lo que piensa.

—Creo —dijo Reuben lentamente— que es magnífico poder salvar a Denv. Le apoyaré con todas mis fuerzas, si usted lo desea.

May sonrió con cansado gesto, recostándose en su asiento, mientras Reuben salía silenciosamente.

«¡Qué suerte, qué increíble suerte poder estar en un momento crucial de la historia como este!», pensaba Reuben.

Se encaminó al departamento de Rudolph en el nivel correspondiente y le dieron permiso para entrar.

—Señor, debo informarle que su amigo May está loco. Ha estado delirando ante mí, aconsejando la destrucción de nuestra civilización, apremiándome para que le siguiera en su idea. Hice ver que estaba a su lado, puesto que puedo serle a usted más útil si sigo gozando de la confianza de May.

—¿Ah, sí? —dijo Rudolph, meditativamente—. Explíqueme lo del doble. ¿Cómo es que salió mal?

—Los que cometieron el error fueron Selene y Almon. Selene porque me alarmó en vez de distraerme. Almon porque fue incapaz de reconocer su incompetencia.

—Serán castigados. Con esto queda libre una vacante en el nivel ochenta y nueve de mi organización, ¿verdad?

—Es usted muy amable, señor, pero creo que debo seguir siendo un hombre de May... externamente. Si gano recompensas puedo esperar por ellas. Presumo que elegirán a May para llevar las cinco estrellas. No creo que viva más de dos años después de esto en vista de la cantidad de droga que se toma.

—Podemos acortar ese plazo —sonrió Rudolph—. Dispongo de químicos que procurarán que las drogas sean más fuertes de lo normal.

—Muy bien pensado, señor. Cuando esté demasiado débil para

desempeñar sus deberes puede intentarse arreglar el asunto del doble que le desacredita a usted. Puedo entonces atestiguar que siempre fui un hombre de usted y que May me coaccionó.

Los dos salvadores de la civilización, de una civilización tal como ellos la conocían, conspiraron así durante toda la noche...

LA ESTACIÓN TONTA

Era una calurosa tarde de verano en la oficina del Servicio de Prensa Inalámbrico Mundial de Omaha, y la oficina de control de Nueva York me pedía noticias insistentemente, pero, como, era una cálida tarde de verano, no había noticias. Sin embargo, Nueva York me pedía noticias interesantes, «inmediatamente».

No tenía más remedio que inventarme algo, decidí. Por desgracia, este verano no ocurría nada... ni platillos volantes, ni monstruos en Florida ni bandidos aterrizando con cloroformo la ciudad. De haber ocurrido algo de esto yo podría inventarme una historia basándome en hechos reales, pero como no pasaba nada, mi propósito era más duro y más peligroso.

¿Los platillos volantes? No podía reavivarlos; *hacía* años que estaban relegados al olvido, excepto por los periodistas. También la tortuga gigante del lago Hurón permanecía quieta desde mucho tiempo atrás. Si me inventase un cuento sobre los bandidos cloroformizadores todas las solterones del Estado me apoyarían jurando que habían visto bandidos intentando penetrar en sus dormitorios... pero la policía no estaría conforme conmigo. ¿Extraños mensajes procedentes del espacio captados por el radar del laboratorio de la Universidad del Estado? Tal vez esto fuese bien. Me senté ante la máquina de escribir y coloqué una hoja de copia y me quedé mirándola, sintiendo odio contra aquel estúpido calor.

Pero de pronto oí el zumbido del teletipo y vi encenderse su luz amarilla. Me acerqué a él y leí:

«FORT HICKS ARKANSAS AGOSTO 22 —OMAHA

SERVICIO PRENSA INALÁMBRICA MUNDIAL- MARSHAL CIUDAD PINKNEY CRAWLES MURIÓ MISTERIOSAS CIRCUNSTANCIAS PESCANDO ALDEA MONTAÑA HOY. FUGITIVOS NATIVOS TELEFONEARON “ARDIENTES Y MORTÍFERAS CÚPULAS APARECIERON AYER”. TRASLADAMOS CUERPO A FORT HICKS. JEFE POLICÍA P.

C. ALLENBY

DECLARA “SE HAN VISTO SIETE CÚPULAS BRILLANTES GRANDES COMO CASAS A UN MILLA SUR CIUDAD. DE RUSH. CIUDADANOS ABSTUVIERON DE TOCAR. NO SE ACERCARON. CRAWLES ADVERTIDO PERO TOCÓ Y MURIÓ HERIDAS”. COMUNIQUEN. BENSON».

Era precisamente lo que me convenía. Contesté al mensaje inmediatamente y redacté mi informe. Lo transmití sin pérdida de tiempo para evitar tuvieran tiempo en Nueva York de mandarme más recordatorios. Decía así:

FORT HICKS, ARKANSAS, 22 DE AGOSTO — EN UNA PEQUEÑA ALDEA MONTAÑOSA HA MUERTO MISTERIOSAMENTE EL MARSHAL PINKNEY CRAWLES DE FORT HICKS, ARKANSAS, MIENTRAS SE HALLABA PESCANDO. LOS ATERRORIZADOS NATIVOS DE RUSH DECLARARON QUE LA TRAGEDIA FUE CAUSADA POR LO QUE ELLOS LLAMAN «CÚPULAS BRILLANTES». DIJERON QUE LAS LLAMADAS «CÚPULAS BRILLANTES». APARECIERON AYER A UNA MILLA AL SUR DE LA CIUDAD. SON SIETE LOS MISTERIOSOS OBJETOS, CADA UNO DEL TAMAÑO DE UNA CASA, LOS HABITANTES DE RUSH NO SE ATREVIERON A ACERCÁRSELES. ADVIRTIERON NO LO HICIERA AL MARSHAL, PERO ÉL NO HIZO CASO DE SU ADVERTENCIA. EL JEFE DE POLICÍA DE RUSH, P.

C. ALLENBY,

FUE TESTIGO DE LA TRAGEDIA Y DECLARÓ: «POCO HAY QUE DECIR. EL MARSHAL CRAWLES SE ACERCÓ A UNA DE LAS CÚPULAS Y LA TOCÓ CON LA MANO. INSTANTÁNEAMENTE SE PRODUJO UNA ENORME LLAMARADA Y CUANDO RECUPERÉ LA VISIÓN ÉL YA

HABÍA MUERTO ABRASADO». EL JEFE DE POLICÍA ALLENBY TRASLADA AHORA EL CADÁVER DEL MARSHAL A FORT HICKS.

Con esto, pensé, se calmarían un rato. Recordé la firma de Benson y pedí conferencia con Fort Hicks. La operadora de Omaha solicitó información sobre Fort Hicks, pero no había ninguna. La operadora de Fort Hicks preguntó a quién buscaba ella. Omaha contestó finalmente que deseábamos ponernos al habla con el señor Edwin C. Benson. Fort Hicks murmuró audiblemente algo y luego decidió que probablemente Ed estaría en la Comisaría de Policía si no se había ido ya a cenar. Nos conectó con la Comisaría y me puse en contacto con Benson. Tenía una voz agradable, sin demasiado dejo de Arkansas. Le agradecí con mis mejores palabras su información, diciéndole que había realizado un gran trabajo. Él contestó con reserva, lo que era extraño. Nuestros hombres rurales acostumbran a exagerar cosas de estas. Le pregunté su procedencia y me contestó que era de Fort Hicks. Me explicó que había trabajado como periodista en una redacción de Nueva Orleans y luego en el «Chicago Tribune» y el «New York Times», pero que había tenido mala suerte como corresponsal de guerra, pues resultó herido y lo mandaron de nuevo a Fort Hicks.

—Actualmente trabajo para una revista —continuó—. ¿Quiere que le haga un informe sobre lo acontecido en Rush?

—Sí —dije débilmente—. Hágalo lo más completo posible. ¿Cree que se trata de una patraña?

—Hace un momento vi el cadáver de Pinkney en el depósito y conversé con Allenby, de Rush. Que Pinkney murió abrasado no me cabe la menor duda y Allenby no se inventó la historia. Tal vez se le ocurrió a algún otro... él es bastante torpe... pero yo opino que es algo que ha ocurrido realmente. Le enviaré el informe.

Colgué el aparato. El señor Edwin C. Benson me produjo una extraña sensación. Me pregunté si sus heridas de guerra habían sido tan graves como para obligarle a abandonar su brillante carrera para enterrarse en un pueblecito de mala muerte.

Después recibí una llamada telefónica de God, el presidente de la Inalámbrica Mundial. Se encontraba pescando en el Canadá, como hacen por estas fechas todos los buenos presidentes de

Consejos de Administración, pero había oído una emisión de radio que transmitía mi historia sobre Rush. En su coche tenía un teléfono móvil, y no le costó más que un momento el llamar a Omaha y estropearme mis bien planeadas vacaciones y mis andanzas nocturnas. Quería que partiera inmediatamente para Rush y escribiera un reportaje en el lugar del suceso. Contesté que estaba dispuesto para la marcha y llamé a una compañía de taxis aéreos y les pedí que dispusieran uno para mí en la azotea antes de una hora. Les encarecí me mandaran su mejor conductor y que lo proveyeran de mapas de Arkansas.

Mientras esperaba llegaron dos despachos sobre las «cúpulas» mandados por Benson y los transmití al instante. Subí a la azotea cuando oí llegar el taxi.

El conductor lo puso en marcha en el mismo momento en que estallaba la tormenta. Tuvimos que remontarnos por encima de las amenazadoras nubes y cuando pudimos descender a altura conveniente para estudiar el terreno vimos que nos habíamos perdido. Pasamos buena parte de la noche dando vueltas y más vueltas, hasta que el conductor localizó una señal luminosa que constaba en los mapas alrededor de las tres de la mañana. Tomamos tierra en Fort Hicks con el cuerpo más que molido.

En el campo de Fort Hicks me dijeron dónde habitaba Benson y me dirigí directamente hacia allí. Era una casa casi cuadrada, toda blanca. Me abrió la puerta una señora de mediana edad, hermana de Benson viuda de McHenry. Me invitó a una taza de café y me contó que había estado toda la noche despierta esperando que Edwin regresara de Rush. Había partido él a las ocho de la tarde y el viaje no duraba más de un par de horas en coche. Se sentía preocupada. Intenté sonsacarle algo de su hermano, pero ella se limitó a decirme que era el más inteligente de la familia. No quiso hablar sobre su trabajo como corresponsal de guerra. Me mostró algunas de sus colaboraciones para revistas —historias de amor para jóvenes en revistas nacionales—. Al parecer, vendía una cada par de meses.

Habíamos llegado a un punto muerto en nuestra conversación cuando entró el hermano y entonces descubrí por qué se había truncado su carrera periodística. Era ciego. Dejando aparte una larga y profunda cicatriz que tenía en la sien izquierda, era un

hombre de aspecto agradable que debía frisar los cuarenta y cinco.

—¿Quién es, Vera? —preguntó.

—El señor Williams, el caballero que te llamó hoy desde Omaha... quiero decir, ayer.

—¿Cómo está usted, Williams? No se levante, por favor —añadió, al oír, supongo, el ruido de la silla cuando me incliné para levantarme.

—Tardaste *mucho* —le dijo su hermana con alivio y reproche al mismo tiempo.

—Ese tonto de Howie, mi chófer de noche —añadió para mí—, se perdió en el camino de ida y de vuelta. Pero no perdí en Rush más tiempo del que había calculado. —Se sentó, de cara a mí—. Williams, hay alguna diferencia de opinión con respecto a las cúpulas brillantes. Las gentes de Rush dicen que existen y yo digo que no.

La señora McHenry le trajo a su hermano una taza de café.

—¿Qué ocurrió exactamente? —pregunté—. Allenby me llevó en compañía de unos pocos ciudadanos a verlos. Me contaron cómo eran. Varios hemisferios enormes, altos como casas y muy brillantes. Pero no estaban allí. A mí no me engañan, ni a ningún ciego. Yo sé cuándo estoy de pie frente a una casa o cualquier otra cosa tan grande que la tengo delante. Siento una pequeña tensión en la piel de la cara. Es algo que se produce inconscientemente, pero el mecanismo se hace comprender a la perfección.

—A los ciegos se nos desarrolla un nuevo sentido... un cuadro auditivo del mundo. Sentimos un suave siseo en el aire y sabemos que estamos en la esquina de una casa, y cuando la sensación es de turbulencia comprendemos que nos hallamos cerca de una calle importante. Algunos muchachos pueden pasar junto a un obstáculo repetidas veces sin nunca rozarlo. Yo no soy de éstos, debido quizás a que no hace tanto tiempo como ellos que estoy privado de la vista, pero, caramba, sé muy bien cuándo tengo frente a mí siete objetos grandes como casas, y en el descampado de Rush no habían tales cosas.

—Bien —dije encogiéndome de hombros—, aquí hay buen motivo para escribir tonterías en los periódicos. ¿Qué truco se llevarán entre manos los habitantes de Rush, y por qué lo hacen?

—No hay ningún truco. También mi conductor vio las cúpulas...

y no se olvide del infortunado marshal. Pinkney no sólo las vio sino que las tocó. Lo que sé es que la gente las ve y yo no. Si existen, su existencia es algo diferente a lo que hasta ahora me he encontrado.

—Iré yo allí a ver qué pasa —decidí.

—Es lo mejor que puede hacer —convino Benson—. Yo no sé qué pensar. Puede utilizar nuestro coche. —Me indicó la dirección y yo le pedí me proporcionara el informe del médico forense, la declaración de un testigo ocular— que podía ser su conductor — alguna información sobre las características de la zona y unas cuantas manifestaciones de parte de personas solventes de la localidad.

Tomé su coche y llegué a la pequeña ciudad de Rush al acbo de dos horas. Era una colección de casas desperdigadas entre el gigantesco bosque de pinos que cubre toda la región de Ozark. Vi allí un importante colmado en el que había el único teléfono de la población. Sospeché en seguida que habría sido constantemente utilizado por los servicios de telégrafos y algunos periodistas activos. Me encontré con un flamante policía del Estado que se hallaba apoyado en el mostrador.

—Soy Sarn Williams, del Servicio Mundial de Prensa Inalámbrico —dije al llegar. ¿Vino usted a echarle un vistazo a las cúpulas?

—¿Fueron ustedes quienes publicaron esa historia, verdad? — me preguntó con una mirada que no pude comprender.

—En efecto. Nos lo telegrafió nuestro corresponsal de Fort Hicks.

Sonó el teléfono y el policía contestó a la llamada. Al parecer se trataba de una llamada que él había hecho al Gobernador.

—No, señor —dijo el policía—. No, señor. Todos mantienen la historia, pero yo no he visto nada. El caso es que nadie aquí los ve, pero dicen que *estaban* allí, aunque ahora han desaparecido. —Un par más de «No, señor» y colgó.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguté.

—Hace media hora. Volví con mi bicicleta para informar.

Volvió a sonar el teléfono y lo cogí. Era Benson que preguntaba por mí. Le dije que telefonara a Omaha contándoles la desaparición y luego me fui a ver a Allenby. Era un hombre de formidable aspecto con una placa de níquel y un revólver de seis

tiros. Me recibió amablemente y subió al coche con risueño gesto y me dirigió hasta el descampado.

Llegamos al lugar del suceso al cabo de poco tiempo y nos encontramos con unos cuantos chiquillos que permanecían cuidadosamente en los linderos del claro contándose acaloradamente contradictorias historias sobre las desaparecidas cápsulas. Me acerqué a ellos y recogí algo de las espectaculares versiones. Coincidían en que aquellos extraños objetos arrojaban llamaradas de fuego de color azul y despedían un olor a azufre. Nada más se podía sacar de allí.

Llevé a Allenby a la ciudad. Cuando llegamos vimos que había entrado en la ciudad un equipo móvil de una cadena de televisión. Les saludé al pasar y me detuve ante el teléfono mientras un periodista dictaba su despacho y luego me puse en comunicación con Omaha, comunicándoles las últimas noticias. La población se empezaba a llenar de periodistas, informadores de radio, televisión y de noticiarios cinematográficos. No les iba a servir de nada. El asunto se había terminado... pensé. Tomé café en el colmado y me volví en el coche a Fort Hicks.

Benson estaba muy ocupado con el teléfono. Le dije que ya podía dejar de preocuparse tanto, le agradecí su estupenda colaboración, le pagué los gastos de carburante del coche y monté en el taxi que esperaba en el campo. Demasiados gastos nada más que para perder el tiempo.

Mientras volábamos hacia Omaha escuché la radio y no me sentí sorprendido. Después de las noticias sobre el *baseball* anunciaron a los cuatro vientos que las cúpulas brillantes habían sido vistas en doce Estados. Algunas vibraban con un extraño ruido. Eran de todos los colores y tamaños. Una tenía unas letras muy raras, otra transparente y dentro de ellas había hombres y mujeres enormes, de color verde.

Aterrizamos en Omaha y entré en mi oficina. Recogí el último despacho procedente de nuestro corresponsal en Owosso, Michigan, en el que decía cómo la señora Lettie Overholtzer, de 61 años, había visto una cúpula brillante en su propia cocina a medianoche. Decía que aquello era como una burbuja de jabón que se fue haciendo grande hasta alcanzar el tamaño de su nevera, y que luego se esfumó.

Me dirigí al hombre de la mesa y le dije:

—Hay que hacer un artículo sobre la señora Lettie Overholtzer. Podemos sacar algo de ahí. Estas cosas pueden reavivarse y no quiero que nos quedemos atrás. Hemos de aprovecharnos de la credulidad de las gentes.

Él me miró bastante sorprendido.

—¿Quiere decir que *hubo* realmente algo?

—No lo sé. Tal vez. Yo no vi nada personalmente, y el único hombre de allí en quien puedo confiar no sabe qué pensar. Sin embargo, hay que valerse de esto mientras los clientes nos lo toleren.

Transcurrió cierto tiempo y el tema de las cúpulas brillantes estaba a la orden del día en todas partes. Se escribía sobre ellas en revistas y diarios y se hablaba constantemente por radio y televisión, con los más disparatados comentarios.

Pero finalmente, por un acuerdo entre los servicios de información, acuerdo que se produjo tácitamente, cesaron de propalarse noticias cada vez que una pobre histérica pensaba que había visto una cúpula... o deseaba ver su nombre en los periódicos. Y, naturalmente, cuando no hubo más publicidad, la gente dejó de hablar de los famosos objetos voladores.

Lo único que habíamos sacado de todo esto fue pasar otro verano sin demasiado aburrimiento en el trabajo y que yo trabara casual amistad con Ed Benson.

Transcurrieron los monótonos meses y las Navidades estaban cerca. Pasaron éstas y empezamos a escribir sobre el Año Nuevo, los aludes de nieve en las Grandes Llanuras y las Montañas Rocosas, las inundaciones en Ohio y el Valle del río Columbia; Semana Santa en todo el mundo, *baseball*, el día de la Madre, el Gran Derby anual...

Y fue entonces cuando recibí una turbadora carta de Benson. No me preocupaba el motivo de la carta, sino que ningún hombre en su sano juicio escribiría tales cosas. Me pareció al leerla que Benson descarriaba. Decía en ella que esperaba una repetición de las apariciones de cúpulas o algo parecido a ellas. Decía que «ellas» sehabrían dado probablemente cuenta de que su primera probatura había resultado un éxito rotundo y querían continuarla de acuerdo con un plan previsto. Le contesté con mucha cautela, lo que le hizo gracia.

Me contestó: «No me expresaría de esta forma si tuviera algo que perder con ello, pero usted sabe cuál es mi situación en la vida. Es la mía una opinión inteligente basada en estudios de los poderes políticos, y si ello ocurre como espero, usted lo encontrará entonces muy difícil de digerir, ¿verdad?».

Pensé que se estaba burlando de mí, pero estaba equivocado. Cuando la gente empieza a hablar de «ellas» y de lo que «ellas» hacen es mala señal. Pero lo cierto fue que algo muy parecido a las cúpulas se dejó ver a últimos de julio, durante una terrible ola de calor.

Esta vez se trataba de enormes esferas negras que se deslizaban a través de los campos. Fueron vistas por una congregación de anabaptistas en Kansas Central que se habían reunido para implorar por la lluvia. Unos ochenta baptistas juraron con la Biblia en la mano que habían visto varias esferas negras de unos diez pies de altura que rodaban por la pradera. Pasaron muy cerca de un hombre, mientras los demás corrían a ponerse a salvo.

El Servicio de Prensa Inalámbrico Mundial no publicó la noticia, pero nos enteramos inmediatamente y yo partí hacia Kansas para investigar.

Era muy parecido a lo de Arkansas. Los anabaptistas creían a pies juntillas que habían visto aquellas cosas... con una excepción. La excepción era el viejo de la patriarcal barba. Era el mismo hombre que permaneció inmóvil, mientras los demás huían, el hombre junto al cual pasaron los objetos. Era ciego. Me dijo con gran energía que, ciego o no, se hubiese dado cuenta inmediata si junto a él hubiesen pasado tales esferas.

El viejo señor Emerson no sacó a colación las corrientes de aire y de la turbulencia como hizo Benson. Pero él era una cosa diferente. Su criterio era que el Señor le había privado de la vista y a cambio le había otorgado otro sentido para usarlo en casos de emergencia.

—¡Pruebe conmigo! —me gritó con enfado—. Quédese aquí, delante de mí, aguarde un poco y ponga la mano delante de mi cara. ¡Yo le diré cuándo lo hace, por cuidado que tenga!

Lo hizo tres veces y luego me llevó a la calle principal de su pequeña ciudad de agricultores. Había allí tres carretas cargadas de grano y efectuó una representación en mi honor pasando junto a ellas varias veces sin tropezarse con ninguna.

Esto —y Benson— parecía demostrar que estas cosas tenían alguna relación con las cápsulas. Mandé un pensado mensaje sobre el aspecto de los ciegos de Omaha y cuando llegué allí me encontré con que lo habían retransmitido a Nueva York, pero que aquí lo habían anulado.

Intentamos dar publicidad a las esferas negras lo mismo que habíamos hecho con las cúpulas, pero no duró mucho tiempo. Los políticos se cansaron de ellas y pocas solteras parecían verlas ahora. La gente empezó a burlarse de ellas, diciendo que eran causadas por la histeria de los periódicos, y un par de revistas de serio tono publicaron artículos sobre la «prensa irresponsable». Solamente los cómicos de la radio intentaron sacar provecho de ello, pero pronto se encontraron con que la gente no les hacía caso.

Apareció luego un edicto que prohibía toda clase de artículos y propaganda sobre las esferas. La gente estaba ya harta de tonterías.

«Es natural», me escribió Benson, «pues la gente gusta de saber cosas nuevas, pero llega un momento que se cansa. Y esto, añadiéndole el arraigado cinismo americano hacia todas las fuentes de información pública, ha laborado en contra de las esferas negras, que no han sido recibidas con la misma candidez que las cúpulas de antes. Sin embargo, pronostico —y le agradeceré recuerde que mis predicciones han sido hasta ahora ciertas en un cien por cien— que el próximo verano veremos otro misterio comparable a las cúpulas y esas cosas negras. Y también vaticino que el nuevo fenómeno será imperceptible a toda persona ciega si se da el caso de que alguna de ellas se cruce en su camino».

Y fue a mediados de agosto cuando volvieron a aparecer los misteriosos objetos. Doce eruditos profesores de la Universidad del Estado que se habían reunido en las afueras de la ciudad para evitar el fuerte calor reinante testificaron que frente a ellos, en la hierba, se posaron unos cuantos objetos circulares, uno de ellos encima mismo del director del grupo. Testificaron asimismo que el director, con los ojos desorbitados mirando al objeto, lanzó un grito de terrible angustia y que fue absorbido por aquello, y que los objetos circulares permanecieron unos treinta segundos allí y que luego desaparecieron llevándose consigo al desgraciado director.

Hablé con todos ellos, uno a uno. Eran hombres y mujeres inteligentes, cultos, todos con la carrera del magisterio, que

estudiaban en verano para obtener sus doctorados. Confirmaron sin lugar a dudas sus anteriores manifestaciones, como era de esperar de personas tan capacitadas como ellas.

La policía, sin embargo, no esperaba que lo confirmaran, acostumbrada a tratar con personas de una inteligencia bastante menor. Los arrestaron a todos acusados de algo técnico, «obstrucción contra los encargados del orden en el ejercicio de sus funciones», creo, y los iban a meter en el calabozo cuando llegó un abogado con doce mandamientos de «*Habeas Corpus*». La sospecha callada que tenían los policías era que los profesores se habían confabulado para asesinar a su director, pero ninguno explicó nunca por qué tendrían que hacer una cosa así.

La reacción de la policía coincidía con la opinión de las gentes. Los periódicos, que habían publicado extensas noticias sobre las cúpulas brillantes, y menos en cuanto a las esferas negras, se mostraban cautos. Alguno de ellos rompió el silencio y habló sobre los objetos circulares, en el viejo estilo, pero no hicieron buen negocio. El público decía que la prensa estaba insultando su inteligencia y que también estaba harta de maravillas.

Los pocos periódicos que escribieron sobre ellos fueron muy mal tratados en sesudas editoriales de otros que no consentían la burla y el escarnio.

En la oficina del Servicio de Prensa Inalámbrico mandamos un memorándum a todos nuestros corresponsales ordenándoles:

«No envíen más despachos sobre los objetos circulares. Remitan a esta oficina las posibles cartas pidiendo información acerca de objetos circulares».

Recibimos unas diez cartas, la mayor parte de ellas mandadas por estudiantes de periodismo que actuaban como corresponsales, pero las devolvimos todas a sus remitentes. Todos los empleados del Servicio se aprendieron pronto la lección y no se molestaban ya en remitirnos las cartas que recibían, mandadas unas por el borracho del pueblo o la vieja solterona que gritaban a los cuatro vientos que habían visto un enorme objeto circular en High Street o encima de la tienda de ultramarinos. Ellos, los empleados, sabían que probablemente era una patraña y ya no hacían caso.

Le escribí a Benson sobre todo esto, pidiéndole humildemente cuál era su pronóstico para el próximo verano. Contestó, sin duda

alguna henchido de ufanidad, que al menos habría otro fenómeno veraniego parecido a los tres anteriores, y posiblemente dos más... pero después de esto ninguno se produciría ya.

¡Es tan fácil reconstruir con nuestra tan amargamente ganada experiencia!

Cualquier jovenzuelo podría ahora susurrarle a Benson:

—¡Estúpido! ¿No sabía que cualquiera con el cerebro de un mosquito podría haberse dado cuenta de que no iban a mantenerse quietos durante dos años?

Alguien me cuchicheó esto al oído el otro día cuando le conté esta historia. Le contesté quedamente que, lejos de ser un estúpido, Benson era la única persona en este mundo, que yo sepa, que se había dado cuenta del peligro.

Transcurrió otro año. Engordé tres libras, bebía demasiado y peleaba incesantemente con el personal a mis órdenes y así me gané un buen aumento de sueldo. Esperaba en abril a mi esposa y los niños, pero no llegaron en la fecha prevista. Telefoneé a Florida, pero ella se excusó diciendo que había perdido el avión. Después de unas veces más de perder el avión y otras tantas llamadas telefónicas, me dijo claramente que no *quería* volver. Esto significaba que no quería saber nada más de mí.

En julio llegó un despacho cablegráfico, mientras estaba de servicio nocturno en la oficina un nuevo empleado. Procedía de Hood River, Oregón. Nuestro corresponsal de allí comunicaba que habían aparecido dando vueltas sobre un campo de manzanos más de un centenar de «cápsulas verdes» de unas cincuenta yardas de longitud. El nuevo empleado no era tan nuevo como para no recordar las órdenes con respecto a los objetos volantes veraniegos. No lo transmitió, pero lo dejó sobre mi mesa para que yo me divirtiera con la noticia, por la mañana. Supongo que más o menos lo mismo ocurriría en todas las corresponsalías telegráficas de la región. Llegué a las 10.30 y examiné los papeles que tenía sobre la mesa. Cuando vi el despacho de las «cápsulas verdes» intenté telefonar a Portland, pero no me fue posible comunicar. Luego sonó el teléfono y oí la desesperada voz de uno de nuestros corresponsales en Seattle, pero casi en seguida se cortó la comunicación.

Me encogí de hombros y telefoneé a Benson, en Fort Hicks. Se

hallaba en la Comisaría de Policía y me preguntó:

—¿De veras?

—En efecto —le contesté. Le leí el telegrama de Hood River y le conté lo de la imposibilidad de ponerme en contacto telefónico con Portland y el corte de comunicación de Seattle.

—¿Ah, sí? —se preguntó admirativamente—. ¿Lo acerté, verdad?

—¿Acertó?

—Sí, lo de los invasores. No sé quiénes son... pero es el cuento del muchacho que gritaba ¡el lobo, el lobo! Sólo que esta vez los lobos se han dado cuenta... —Y aquí el teléfono enmudeció.

Pero tenía razón.

Los habitantes del mundo eran los corderos.

Nosotros, los informadores de prensa, radio, televisión y servicios de telégrafos... éramos el muchacho, que debía haber estado preparado para dar la señal de alarma.

Pero los astutos lobos nos habían engañado haciéndonos dar tantas veces la alarma que los habitantes del pueblo llegaron a aburrirse y no querían salir cuando había peligro verdadero.

Los lobos que entonces se abrían paso en las montañas de Ozark, sin ninguna oposición, aquellos mismos lobos, son los marcianos bajo cuyo yugo y látigo se desliza ahora nuestra dura y miserable existencia.

LA ÚNICA COSA QUE APRENDEMOS

El profesor estaba dedicado a espiar el interior de la clase a través de un agujero de la puerta que de un momento a otro él iba a abrir para enfrentarse con sus alumnos. Se sintió satisfecho de lo que veía. Fila tras fila de jóvenes discípulos preparados con la estilográfica en una mano y la libreta de notas en la otra, hablandopausadamente, echando una que otra ojeada a la puerta contra la cual se aplastaba su nariz, esperando el agradable interludio conocido como «Arqueo-Literatura 203».

El profesor se retiró unos pasos de la puerta, se alisó la toga, colocóse cuatro libros bajo el brazo izquierdo e hizo su entrada en la clase. Cuatro rápidos pasos le llevaron hasta el atril y, por enésima vez, paseó su impávida mirada por toda la clase. Luego sus labios se separaron un poco para dibujar una torcida sonrisa. En su interior, se sentía irritado ante el exasperante pensamiento de que el atrio debería ser bastante más alto.

Pero su irritación no se reflejó en sus facciones. Iba a ganarse la clase y lo hizo. Un mortal silencio, el supremo tributo, fue su premio. Imperceptiblemente empezaron a oscurecer las luces de la clase mientras se iluminaba la del atril. Empezó a hablar.

—Jóvenes caballeros del Imperio: les advierto que esta conferencia y las sucesivas van a ser muy subversivas.

Se produjo un suave murmullo de incomprensión entre las filas de alumnos... pero entonces la luz del atril era ya lo suficientemente potente como para dejar ver los risueños ojos del profesor que contradecían la rigidez de su severa boca, y entre la menguante oscuridad de las mesas de los alumnos empezaron a oírse agradablesrisas. El profesor esperó hasta que cesó el suave barullo y los alumnos ajustaron sus libretas a las estrechas cintas de

luz.

—Subversivo. —Hizo una pausa para que los alumnos lo captaran bien—. Subversivo, porque haré el máximo esfuerzo para contar ambas partes de nuestros orígenes con todos los recursos de la arqueología y con todo cuanto han descubierto mis estudios en nuestra literatura épica.

»Había dos lados, como ustedes saben... aunque sea difícil de creer si lo juzgamos sólo mediante la Vieja Épica... tales épicas como el noble y tempestuoso *Canto de Remd*, los pocos fragmentos de *Viaje de Krall* o *La Batalla por los Diez Soles*. —Se detuvo, mientras las plumas tomaban notas en las libretas.

—La Épica Media está marcada, sin embargo, por lo que yo pudiera denominar el redescubrimiento de las características de un pueblo. —Por su forma de expresarse todos los alumnos sabían muy a ciencia cierta que esta frase constaría como pregunta en los exámenes. Las plumas la copiaron—. Con esto —continuó el profesor— quiero significar un despertar de simpatía y cooperación con el Pueblo de los Hogares del Sol que un día fueron leales con nuestros antepasados cuando éstos eran unos pocos pioneros, pero que se volvieron orgullosos y despreciativos con sus antiguos amigos cuando aumentó su número.

»Los historiadores de la Épica Media no menosprecian a los Pueblos de los Hogares como hicieron los bardos de la Vieja Épica. Tal vez debióse ello a que no tenían necesidad de hacerlo puesto que su larga guerra con los mismos se acercaba a un victorioso fin.

»Poco puedo contarles sobre la Nueva Épica. Fue una novedad en la literatura, una novedad caprichosa y ridícula. Nuestra madura civilización no podía trabajar con integridad en la forma épica y el fracaso de nuestros artistas produjo un estancamiento de la civilización. Los genios de la época se dedicaron a la lírica y a las descaradas novelas románticas.

»Así estaba de momento la literatura. ¿Cuánta contribución no habrán prestado nuestros estudios arqueológicos para realizar una investigación sobre las guerras de las cuales emergió nuestro pasado?

»La arqueología nos ofrece un conocimiento de los acontecimientos históricos de las épicas... confirmando o negando. Y también nos proporciona pruebas evidentes sobre las mismas...

por razones artísticas o patriotas. Y en tercer lugar nos da evidencia de cosas que se perdieron en el transcurso de los tiempos debido a la fragmentaria naturaleza de alguna de las primeras épicas.

Les contó todo esto alternativamente, saboreándolo a su gusto. Que no le tomaran por un literato soñador o, peor aún, por un zoquete precisionista. Había que dejarlos siempre en inferioridad ante él, indecisos, sin saber nunca qué es lo que iba a decir después.

—Examinaremos en primer lugar, mediante nuestra técnica arqueoliteraria, el segundo libro del *Canto de Remd*. Como juventud selecta del Imperio, ustedes saben mucho de él, naturalmente... mucho que es falso, algo que es cierto y una gran parte que es desatinado. Saben ustedes que el Libro Uno nos sumerge en medio de las cosas, embarcándonos con Algan y su gran capitán, Remd, en su viaje después del triunfo sobre las fortificaciones de los Pueblos del Sol, el planeta Telse. Contemplamos a Remd en su acción desviacionista que parte los Diez Soles en dos mitades. Pero antes de ver la destrucción de estas mitades por la Horda de Algan, se nos descubre en el Libro Dos la batalla por Telse.

Abrió uno de los libros que tenía en el atril, repasó de nuevo con la vista el anfiteatro y leyó con potente voz:

*Luego estalló la lucha
Y la cegadora llama subió alto
Mientras la gente atemorizada abajo
Se refugiaba en cavernas
De la furia de Remd...*

—O, en un lenguaje menos suntuoso, una bomba de fisión... o unas cuantas bombas dirigidas contra sus blancos... fue lo que se arrojó. El populacho compuesto de gentes no organizadas ni con suficiente cultura no supo dispersarse sino que se acurrucó estúpidamente para esperar a los pistoleros de Algan y la muerte que ellos traían consigo.

»Una de las cosas que ustedes creen porque lo han visto en notas de elementales ediciones escolares de *Remd* es que Telse era el cuarto planeta de la estrella Sol. La Arqueología lo niega estableciendo que el cuarto planeta... llamado actualmente Marse, en aquellos días tenía probablemente atmósfera. Como guerreros

potenciales ustedes saben que no se desperdician materiales fisionables contra un techo de atmósfera, y no existe mención de que se usasen explosivos químicos para destruir el techo. Marse, por lo tanto, no era el habitáculo de *Remd*, Libro Dos.

»¿Qué planeta era? La respuesta a esto ha sido establecida por el Radar-X, análisis de declinación diferencial, video y todos los recursos de los científicos que seguimos llamando “descubridores”. Sabemos ahora y podemos demostrarlo que Telse era el *tercer* planeta del Sol. Veamos ahora el Canto Tres, la destrucción del Palacio Dinástico.

*Púrpura Imperial llevaban
Venían de la fiesta
Hartos de comer
Buscaban matar...*

«Y así sucesivamente. Como antes les informé, *Remd* es de la Vieja Épica y no pretende ser justo. El desorganizado tropel de la población de Telse fue tomado como cobardía en vez de falta de inteligencia. Los videos muestran en el lugar del palacio una hecatombe de muertos uniformados de color de púrpura, ya descolorida, pero también muestra imparcialmente que no estaban particularmente hartos. Ellos no dieron de sí mismos una tan mala explicación. Me cuesta trabajo decirlo, pero creo que tal vez cada uno de ellos dieran cuenta de nuestros antepasados y fueron vencidos por el número...

»Esto es cuanto conocemos... —El profesor se dio cuenta entonces de que los alumnos se estaban cansados de tanto cienticismo y varió el rumbo de su discurso—. Si pudiese rasgarse el tiempo que oculta los años entre nosotros y los Pueblos del Sol, ¿cuánto más podríamos saber? ¿Despreciaríamos a los Pueblos del Sol como hicieron nuestros antepasados de la frontera o gritaríamos: *Ésta* es nuestra morada espiritual... el mundo de la jerarquía y el orden, el mundo del bien hablar y de las artes exquisitas?

Si pudiese rasgarse el velo del tiempo...

Se puede intentar...

El comandante de Ala Arris escuchó atentamente el claro y

altisonante ruido proveniente de la red de alarma de radar, mientras soñaba despierto. Saltó no sin esfuerzo de su lecho, una cama demasiado hundida, hartó blanda, y se puso la purpúrea guerrera, ciñóse el cinto Sam Sam Browne con la enfundada automática del 45 y trató de leer la pantalla del radar. Fuera lo que fuese lo que la había hecho funcionar se hallaba a mucha distancia o era algo demasiado pequeño para la C. R.T. de cinco pulgadas.

Oprimió un botón para llamar a su ayudante y en tanto le esperaba estudió la figura en un espejo de pared. Vio que su espacial atezamiento se empezaba a decolorar y anotó mentalmente que debía renovárselo cuanto antes. Salió al corredor cuando Evans, su ayudante, venía apresuradamente hacia él. Era éste un hombre más joven, más atezado de rostro y delgado, el tipo correcto del oficial que hacía que el Servicio fuera lo que era, pensó Arris con satisfacción.

Evans le saludó con marcial gesto, que él devolvió del mismo modo. Se encaminaron inmediatamente hacia el ascensor que los trasladó a un largo lóbrego y frío subterráneo, donde los rostros adquirirían verdoso color a la claridad de las pantallas de radar y a las luces de las tétricas mesas. Alguien gritó: ¡Atención!, y los técnicos se pusieron al instante en posición de firmes. Él les mandó descanso y correspondió al saludo del oficial de más graduación que le dio la novedad con palabra firme y rápida:

—En la primera pantalla aparece un objeto extraño, señor.

El comandante estudió el disco de sesenta pulgadas durante varios segundos antes de poder localizar la partícula interceptadora. Se acercaba ésta rápidamente desde el cénit, haciéndose mayor mientras él la contemplaba.

—Suponiendo que avanza ahora a plena velocidad, ¿cuánto tardará en estar dentro del radio de acción? —preguntó al técnico.

—Siete horas, señor.

—¿Están alertados los interceptores de Idlewild?

—Sí, señor.

Arris puso en funcionamiento un teléfono que conectaba con Intercepción. El muchacho a cargo de Intercepción conocía lo que pasaba en la pantalla y se había calado el casco de protección.

—Adelante y hágase con él, Efrid —dijo el comandante de Ala.

—¡Sí, señor! —repuso el muchacho con un puntilloso saludo,

henchido de satisfacción al ver que le llamaba por su nombre, que le recordaba y mucho más por el hecho de estar metido en una lucha que podría tener suprema importancia.

Arris volvió la espalda a la pantalla antes de que el joven pudiese ver la sonrisa que estaba a punto de dibujarse en sus labios. ¡Qué muchachos... cuando cada meteoro era un navio invasor, cuando había peligro de invasión...!

Vigiló el escuadrón de Efrid cuando emergía de la pantalla y luego se retiró a un oscuro rincón. Éste era su sitio hasta que el meteoro o explorador enemigo hubiese sido alcanzado. Evans se colocó a su lado y ambos, silenciosamente, estudiaban el perfecto y silencioso funcionamiento de la sala de estrategia, Arris con satisfacción y Evans, indudablemente, también. El ayudante rompió el silencio, preguntando:

—¿Supone usted que es un navio de la Frontera, señor? —Se dio cuenta de la mirada del comandante de Ala y en seguida se corrigió —: Quiero decir una nave rebelde, señor.

—Eso es lo que debía haber dicho. ¿Es así como llaman los jóvenes oficiales a esos truhanes?

Evans recordó las últimas reuniones de oficiales jóvenes y dijo miserablemente:

—Temo que sea así, señor. Parece que hemos adquirido esa mala costumbre.

—Escribiré un memorándum sobre eso. ¿Cómo explican ese extraño hábito?

—Bien, señor, ellos poseen ciertamente algo así como una flota, y se apoderan del Regulus Cluster, ¿verdad?

Arris se preguntó admirado qué le habría ocurrido a aquel increíble chico. ¡Pero si era evidente! Ellos, los rebeldes, tenían unas cuantas naves... nadie sabía en realidad cuántas... y se habían apoderado por sedición descarada de varios sistemas, temporalmente.

Se acercó a una pantalla, ante la cual su ayudante contemplaba admirativamente algo. Se quedó estudiándola fijamente.

Aquellos bribones sin duda alguna habían formado una miserable liga o algo parecido, pero... El comandante de Ala se preguntó si la misma podría durar, apartándose inmediatamente el horrible pensamiento de la mente, y se dedicó a componer

mentalmente un memorándum que habría de publicarse en la reunión de los jóvenes oficiales para dar término de una vez para siempre a esta absurda forma de hablar.

Sus ojos vagaron hasta que se posaron en la pantalla de sesenta pulgadas, donde vio al escuadrón interceptor dirigiéndose limpiamente contra la partícula, la cual, advirtió, se había dividido en tres. Un murmullo suave distrajo su atención. ¿Acaso estaba cantando durante su trabajo alguno de los técnicos? ¡Imposible!

No era eso. Una forma de inseguro caminar se movía entre la semioscuridad, murmurando una canción y exhalando alcohol. Reconoció al jefe Archivista Glen.

—Está usted en terreno del Servicio, señor —le dijo el comandante.

—Hola, Harris —contestó el regordete ciudadano, mirándolo fijamente—. Vengo aquí regularmente... regularmente contra las reglas... para pasar mis regulares irregularidades con la botella de vino. ¿No está mal, verdad?

Estaba bebido y con ganas de pelea. Harris se sintió abatido. A Glen no se le podía pedir que abandonara la sala sin que se sintiera ofendido por el comandante de Ala y menos aún obligarle a salir, pues estaba escribiendo una biografía del Chamberlain y por el momento disponía de gran influencia en palacio. Harris se sentó apesadumbrado, y Glen se dejó caer junto a él.

El regordete le preguntó:

—¿Es eso una flota de la Liga de la Frontera? —señaló a la gran pantalla. Harris no le miró la cara, pero se dio cuenta de que Glen sonreía maliciosamente.

—No sé de ninguna organización denominada Liga de la Frontera —puntualizó Harris—. Si se refiere usted a los granujas que recientemente han estado operando en el Galáctico Este, al menos podría llamarles con sus propios nombres —y pensó entonces el comandante: «¡Civiles!».

—Lo siento. Pero los granujas debían ser los de Regulus Cluster, ahora, ¿verdad? —preguntó insinuantemente.

Esto era serio... una grave infracción de la seguridad. Harris se encaró con el gordo.

—Señor, no tengo autoridad para mandarle —dijo midiendo sus palabras—. Además, tengo entendido que está disfrutando de una

influencia temporal en el mundo civil que haría para mí muy difícil el... tener complicaciones con usted. Por tanto deseo sólo de usted que se muestra altruista conmigo. ¿Cómo sabe lo del Regulus Cluster?

—¡Elocuente! —murmuró el gordete sonriendo cínicamente—. Lo conseguí de Roma.

Harris trató de recordar.

—¿Quiere decir que el Comandante del Escuadrón Romo infringió la seguridad? ¡No puedo creerlo!

El gordo aclaró:

—No, comandante, quiero decir Roma... una ciudad... una época... una civilización. También lo obtuve de Babilonia, de Asiria, del Gran Mongol... de todos ellos. Usted no me entiende, naturalmente.

—¡Lo que entiendo es que está usted jugando con la seguridad del Servicio y que es un gordinflón malevolente y zangandungo y un escritorzuelo de mala muerte!

—¡Oh, comandante! —protestó el archivista—. ¡No soy tan gordo! —Y se alejó de allí sonriente.

Harris deseaba poder estar en situación de extraerle a aquel tipo el hilo de la tradición. Estaba harto de la palabrería que se empleaba para mencionar a los de la Liga de... de los bandidos.

Su ayudante se le acercó titubeando.

—Los interceptores están dentro del radio de acción, señor —murmuró.

—Gracias —contestó el comandante, contento interiormente de verdad por volver al mundo limpio y bien definido del Servicio y de alejarse del otro confuso y descolorido de los civiles, donde, al parecer, los por largo tiempo muertos sirios daban detallada información a cochinos tipos grasientos... Harris confrontó el sesenta pulgadas. La partícula que se había dividido en tres se había partido ahora... las contó... en dieciocho partículas grandes que se iban agrandando.

No se permitió la emoción y volviéndose hacia atrás ordenó:

—Pongan relé lunar.

—Sí, señor.

La mitad de los técnicos de la sala trabajaban ahora silenciosa y efectivamente para aplicar las físicas relativísticas que eran

necesarias para el relé lunar. El comandante sabía que la instalación de fuerza del palacio podría aguantarlo durante unos minutos y quería *ver*. Si no podía creer en el radar tal vez sí creyera en la pantalla de video.

En el grandioso círculo verde las dieciocho, ahora veinticuatro partículas, se acercaban a las treinta y seis partículas más pequeñas que eran los interceptores conducidos por el joven y ávido Efrid.

—Estoy comparando el relé lunar, señor —dijo el jefe de los técnicos.

El comandante se acercó a una pantalla de doce pulgadas. Detrás de él, procurando no molestarle, se colocaron algunos técnicos. Lo que se veía en la pantalla era algo digno de verse. El jefe dejó que el mercurio llenara un recipiente cerámico de gruesas paredes. Se produjo un barboteo y el contacto quedó efectuado.

—Estupendo —dijo Harris—. Una visión perfecta.

Vio, en la parte superior izquierda, un grupo de naves... ¡qué naves! Algunas de ellas eran naves del Servicio aprestadas para la guerra, con torretas extras colocadas allí donde había lugar. Otras eran navios de carga erizados de armas cual puercoespines. Y las había también horrorosamente feas... pero tan fuertemente armadas como las demás.

Harris oyó murmurar a su ayudante, que estaba a su lado:

No está bien, señor. No disponen de botes de salvamento. No tienen tampoco barcos hospitales. ¿Qué ocurre cuando es destruida una de esas naves?

—Lo que deba ocurrir, Evan —espetó el comandante—. Flotan en el espacio hasta que se secan dentro de sus trajes. En caso de que sean recogidos en los botes de salvamento con los ganchos no reciben medicamento alguno. Como le dije, son bandidos, sin decencia para cuidarse de sí mismos —se extendió en el tema—. Su moral debe ser insignificante si la comparamos con la de nuestros hombres. Cuando el Servicio entra en acción, sabe que en caso de resultar herido será solícitamente cuidado. Pues, si no tuviésemos botes de salvamento ni barcos hospitales los hombres no... —Casi mencionó la palabra «lucharían», pero lo pensó, y añadió vacilando — estarían satisfechos.

Evan asintió con la cabeza y molestó un poco a su jefe al estirar el cuello para ver la pantalla.

—¡Vayase al diablo! —gritó a voz en cuello el comandante, y Evan se alejó asustado.

El escuadrón interceptor apareció en la pantalla... Era una reluciente y mortífera hilera de navios en perfecta alineación con su pequeña nube de botes salvavidas siguiéndola y más allá, por la parte de popa, un barco hospital con la antigua Cruz Roja.

El contacto fue inmediato y estremecedor. Uno de los navios rebeldes se interpuso en el camino de los interceptores, arrojando fuego para los que parecían diminutos puntitos de su cuerpo. Pero pronto los navios del Servicio lo acribillaron y era evidente que debía irse a la deriva... pero no fue así. Continuó combatiendo y se arrojó contra uno de los interceptores embistiéndolo con tanta fuerza que debía haber acabado con la vida de todos sus hombres, pero continuó luchando.

El encontronazo le arrancó un torpedo que se perdió zigzagueando por el espacio. Pero la banda de estribor continuó disparando endemoniadamente. El fuego de los contrarios lo estaba convirtiendo en un montón informe de chatarra, pero armas que evidentemente habían sido separadas de sus sostenes continuaban abriendo desesperadamente fuego contra el enemigo y ya había destruido a dos interceptores, dañando dos más y proseguía la lucha.

Finalmente se fue a la deriva lanzando débiles chorros de energía. Entraron inmediatamente en acción otros dos de aquellos fantásticos navios, pero los horrorizados ojos del comandante estaban fijos en el informe montón de despojos que se dirigía a algún punto *determinado*...

La nave se fue acercando al reluciente barco hospital, una nave de débil estructura completamente desarmada y de pronto chocó con tremenda violencia con ella en medio mismo de una de las rojas cruces y luego estalló en mil pedazos llevándose consigo al desventurado barco hospital.

El comandante de Ala, sintiéndose desfallecer en aquellos terribles momentos, no hubiera nunca reconocido lo que había visto, si se lo hubiesen contado en una versión posterior que decía:

«Se arrojaron contra el enemigo
Y noblemente sabían

De su muerte impávida
Al hacer estallar
El barco hospital
Que arrastraron a la destrucción
¡Salve, Hombres sin piedad
De la lejana Frontera!».

El relé lunar parpadeó cuando los sobrecargados fusibles se incendiaron convirtiéndose en vapor. Harris, distraídamente, se fue al oscuro rincón y se hundió en su asiento.

—Lo siento —dijo la voz de Glen junto a él, una voz que parecía muy sincera—. No dudo que habrá sido para usted una terrible experiencia.

—¿Y para usted no? —preguntó Harris amargamente.

—Para mí, no.

—¿Cómo lo hicieron ellos entonces? —preguntó el comandante al otro con voz baja, en un desesperado susurro—. Ni siquiera usan los 45. La inteligencia dice que sus hombres han atacado a sus oficiales y han huido con los barcos. ¡Ellos *eligen* a los capitanes de barco! Glen, ¿qué significa esto?

—Significa —dijo el gordo con un timbre siniestro en su voz— que han regresado. Siempre lo hacen. No olvide, comandante, que siempre hay en algún sitio una nación o ciudad poderosa, o tal vez un mundo. En ellos hay esos cuya sangre no está preparada para un lugar sano, poderoso. Necesitan buscar el peligro y vencerlo. Por eso se lanzan fuera... salen de las marismas, del desierto, de la tundra, de los planetas o las estrellas. Como son fuertes, luchan con más fuerza y se vigorizan luchando contra la tundra, los planetas, las estrellas. Ellos... ellos cambian. Cantannuevas canciones. Conocen a nueve héroes. Y llega un día en que vuelven a su antigua morada.

—Regresan a la ciudad rica y poderosa, o nación o mundo. Combaten contra los guardianes como lucharon contra la tundra, los planetas o las estrellas... de un modo que lleva terror al corazón. Luego saquean la ciudad, nación o mundo y cantan fuertemente, cantan las leyendas de sus proezas. Siempre lo hacen así. Siempre, sinduda lo harán así.

—¿Pero qué tenemos que hacer?

—Tendremos que ampararnos contra las bombas que van a arrojar contra nosotros, y moriremos, algunos con bravura, otros no, defendiendo el palacio dentro de unas horas. Pero ustedes se vengarán.

—¿Cómo? —preguntó el comandante de Ala con el pánico reflejado en los ojos.

El gordinflón se rió entre dientes y susurró algo en el oído del oficial. Harris lo rechazó como una broma de mal gusto. No lo creía. Y cuando unas horas después moría acribillado en el pecho por uno de los pistoleros de Algan, lo creía aún menos.

La conferencia del profesor se acercaba a su final. No quedaba tiempo más que para otra chanza, para que sus alumnos se marcharan contentos. Estaba a punto de decirla cuando un mensajero le entregó dos pedazos de papel. Sintió interiormente irritación por su fallido final y se puso a leer de mala gana:

—Se me pide que haga dos avisos. Primero, un boletín de las fuerzas del General Sleg. Informa que la llamada insurrección de Outland está siendo dominada y que no hay motivo de alarma. Segundo, que los caballeros que son miembros de la S. O.T. C. deben presentarse en la armería a las 1375 horas... lo que esto quiere significar... para inspección de explosivos. La clase ha terminado.

Petulantemente, abandonó el atril y atravesó el umbral.

CON CARGO A LA ENERGÍA CÓSMICA

La Lackavanna llevaba diariamente un cauteloso tren matutino a Scranton, aunque se decía que la ciudad se estaba despoblando rápidamente. El profesor Leuten y yo teníamos un coche para nosotros solos, si exceptuamos a un nervioso y asustado individuo que merodeaba por allí y nos hablaba.

—Me llamo Pech —dijo—. Y permítanme decirles que los Pech hace mucho tiempo que rondamos por esta parte. Hay una ciudad a veintitrés millas al norte de Scranton llamada Pechville. Está llena de primos míos y de tías y tíos y yo acostumbraba a visitarles y a mandarles tarjetas postales y también recibirlas de ellos. Pero, por Dios, señores, ¿qué les ha ocurrido?

Su pregunta era retórica. No se daba cuenta de que el profesor Leuten y yo éramos por casualidad las únicas dos personas, fuera de la mal llamada Zona de la Plaga, que probablemente podríamos contestarle.

—Señor Pech —dije—, si no le importa, déjenos en paz que queremos hablar de negocios.

—Perdonen —dijo miserablemente, y se marchó al otro vagón.

Una vez solos, el profesor Leuten señaló:

—Una reacción interesante.

Y con una gran suavidad, sin la menor advertencia, extrajo una enorme araña peluda de su bolsillo que se retorció espantosamente y la arrojó a mi cara.

Yo también lo hice con rapidez. Me puse en pie de un violento salto en el pasillo, y con el pulgar en la nariz saqué la lengua y se me puso como carne de gallina el cuello y los hombros.

—Muy bien —dijo él, y apartó la araña.

Era condenablemente realístico. Aun conociendo que era un

artilugio de retorcidos muelles y felpa, me sentí rebajado ante el hecho de que él lo había puesto en su bolsillo. Para mí eran las arañas. Para el profesor, las ratas y la asfixia. Hacia el final de nuestro programa de ensayo sólo fue necesaria una parte por millón de gas de dióxido de sulfuro para hacerle dar vueltas en postura de defensa, sobre una pierna como las grullas, la lengua afuera y el pulgar en la nariz, con el sudor del terror bañándole la frente.

—Tengo algo que decirle, profesor —dije.

—¿Ah, sí? —dijo tolerantemente. Y esto lo hizo. La tolerancia. Yo me había preparado para hacer mi cometido con un digno recital y apología, pero habían dos formas de contarle mi historia y, súbitamente, elegí la segunda.

—Es usted un falso —dije con satisfacción.

—¿Qué? —dijo asombrado.

—Un falso, un petardista, un paparruchero. Un decepcionante fanático inofensivo. Su epistemología funcional es una farsa. No nos engañemos.

Su acento se endureció un poco.

Luego, replicó:

—Permítame recordarle, señor Norris, que está usted hablando con un Doctor en Filosofía de la Universidad de Gottingen y un miembro de la Facultad de la Universidad de Basilea.

—Quiere decir un *docente privado* que enseña lógica a novicios. Y creo recordar que Gottingen anuló su grado.

El otro dijo lentamente:

—Siempre he sabido que es usted un estúpido, señor Norris. Pero hasta ahora no me había dado cuenta de que también es un antisemita. Fueron los nazis los que llevaron a cabo una ceremonia ilegal de anulación.

—De modo que ahora me convierto en un antisemita. Y me lo dice un maestro de lógica que es muy gracioso.

—Tiene usted razón —dijo después de una larga pausa—. Retiro mi observación. Ahora, ¿será tan amable de amplificar la suya?

—De mil amores, profesor. En primer lugar... Yo entretanto había estado dando cuerda a la rata que tenía en el bolsillo. La saqué de pronto y se la arrojé a la pechera, donde el bicharraco se puso a arañar y garabatear. Él lanzó un grito de espanto, pero no duró más que una fracción de segundo. Casi antes de que le saliera

de la garganta ya estaba él sosteniéndose con una pierna, el pulgar en la nariz y la lengua afuera.

Me dio las gracias fríamente. Contesté al cumplido fríamente, volví la rata a mi bolsillo mientras él temblaba y proseguimos nuestra conversación.

Le referí cómo, hacía dieciocho meses, el señor Hopedale me había pedido entrar en su oficina. Una oficina bonita, con paneles de roble, fotos firmadas de los escritores de la Hopedale Press de nuestro glorioso pasado: Kipling, Barrie, Theodore Roosevelt y el resto de los antiguos muchachos.

El señor Hopedale quería saber algo de Eino Elekinen. Eino era uno de nuestros novelistas. Su primera obra, *Vinlad el Bueno, Cachorros de la raza Vikingo*, nos hizo ganar a todos un poco de dinero. Hacía ahora más de un mes que había pasado la fecha de entrega del volumen final de la trilogía y el final no estaba aún a la vista.

—Creo que está ocupado con una huelga de brazos caídos, señor Hopedale. Está cargado de deudas y tuve que negarle un anticipo de mil dólares. Quería mandar a su esposa a las Islas Vírgenes para el divorcio.

—Dele el dinero —dijo el señor Hopedale con impaciencia—. ¿Como quiere que trabaje ese hombre si está rodeado de dificultades personales?

—Señor Hopedale —dijo delicadamente—, ella podría divorciarse de él aquí mismo, en Nueva York. Él le ha dado a su esposa motivos de divorcio en los cuatro costados del Estado de Nueva York y en las ciudades occidentales de Long Island. Pero este no es el caso. Él no puede escribir. Y, aunque pudiera, lo último que necesita la literatura americana es otra trilogía sobre una familia inmigrante escandinava.

—Lo sé —dijo—. Lo sé. Ahora no vale él mucho. Pero creo que va a valer, y ¿va a permitir que se muera de hambre mientras se saca de su sistema las obras de juventud? —Su siguiente observación no tenía nada que ver con Elekinen. Contempló la foto firmada de T. R.: *A un bravo editor*, y dijo—: Norris, estamos arruinados.

—¿Cómo? —pregunté.

—Debemos a todo el mundo. Imprenta, papel, almacén. A todo

el mundo. Es el fin de la Hopedale Press. A menos que... no quiero que piense que han venido aquí hablándome de usted, Norris, pero tengo entendido que ayer expuso usted una interesante idea durante la comida. Un profesor suizo.

Tenía que pensarlo bien.

Dije, por fin:

—Debe usted referirse a Leuten, señor Hopedale. No, no podemos sacar beneficio de él, señor. Estaba yo bromeando. Mi hermano... enseña en la Universidad de Columbia clases de filosofía... y me habló de él. Leuten es un farsante. Cada uno o dos años la Veintraub Verlag de Basilea edita un volumen y vende unos mil. Son tratados de epistemología funcional... y mi hermano dice que todo son tonterías, la clase de material que la prensa vanidosa publica. Fue sólo una broma. La gente lee esos libros... supongo... porque los empieza a leer y se siente avergonzada de dejarlos.

El señor Hopedale dijo:

—Hágalo, Norris, hágalo. Podemos sacar ambos bastante dinero para una gran promoción y luego... el fin. Voy a ver a Brewster de la «Factores Comerciales», esta misma mañana. Creo que anticipará el sesenta y cinco por ciento sobre nuestras cuentas a cobrar. —Intentó una sonrisa cínica. Seguía siendo el mismo—. Norris, usted es lo que técnicamente se conoce como un joven e inteligente editor. Podemos obtener siete dólares cincuenta por un libro de enseñanza. Con suerte podemos vender cientos de miles. Adelante, Norris. —Yo asentí moviendo la cabeza y asqueado empecé a salir. El señor Hopedale dijo con voz cansada—: Y actualmente podría producir algo inspirado.

El profesor Leuten permaneció sentado y escuchando; el otro, colorado, con la respiración fuerte.

—¡Traidor! —dijo por último—. Usted, con esa cara sonriente que vino a Basle, que habló de conferencias en América, que me dijo que firmase su maldito contrato. Mi cara en la portada del *Time*, que parece la de un mono, las entrevistas estúpidas, las gacetillas de prensa a mi nombre, que jamás vi. ¡América, pensé, y me contuve! ¡Pero... desde el principio... una mentira! —Enterró la cara en las manos y murmuró—: ¡«Ach»! ¡Huele usted mal!

Eso me recordó algo. Saqué del bolsillo una ampolla maloliente y la rompí.

Se levantó de un salto, se balanceó sobre una pierna y se puso el pugar en la nariz. Sacó la lengua unas cuatro pulgadas y jadeaba con el terror de la asfixia.

—Muy bien —dije.

—Gracias. Sugiero que nos cambiemos al otro extremo del vagón.

Nosotros y nuestro equipaje nos habíamos instalado antes que comenzase a respirar con normalidad. Juzgué que el pánico y la mayor parte de su cólera habían pasado.

—Profesor —dije precavido—. He estado pensando en lo que haremos cuando encontremos a la señorita Phoebe.

—Completaremos su reeducación —contestó—. Destacaremos que sus facultades sueltas han sido aplicadas de manera antifuncional.

—Pienso algo mejor para completar su reeducación. Por eso le hablé con dureza. Presumiblemente, la señorita Phoebe le considera el hombre más grande del mundo.

Él sonrió reminiscente y adiviné lo que estaba pensando.

La Plume, Pa.
Miércoles.
Cuatro madrugada.

Profesor Konrad Leuten
The Hopedale Press
New York City, Nueva York.
Mi querido profesor:

A pesar de que es usted un hombre famoso y ocupado espero que se moleste en leer las pocas palabras del tributo agradecido de una vieja dama (84 años). Acabo de leer su magnífico e inspirado libro *Cómo vivir a cuenta de las expensas cósmicas: introducción a la epistemología funcional*.

Profesor, *creo*. Sé que cada espléndida palabra de su libro es *verdad*. Si hay un capítulo mejor que los demás es el número 9, «cómo estar en la remota armonía de su medio ambiente». Los Doce Reglas de ese Capítulo serán desde este momento mi luz guiadora y las practicaré fielmente siempre.

Su agradecida amiga,
señorita Phoebe Bancroft.

Aquella halagadora carta nos llegó en viernes, un día después de que los periódicos informasen divertidos o con desaliento del «ennegrecimiento» de La Plume, Pennsylvania. El término «Zona de Plaga» vino más tarde.

—Supongo que podrá —dijo el profesor.

—Bueno, lo pensaremos.

El tren disminuyó la marcha al tomar una curva. Advertí que las vías estaban bordeadas de hombres y mujeres. ¡Y algunos de ellos, Santo Dios, trataban de coger el tren en marcha! Los frenos funcionaron con un chirrido y una sacudida; mi nariz se estrelló contra el asiento delantero al nuestro.

—¡Agresión! —exclamó el profesor, asombrado—. ¡Pero eso no encaja con el sistema!

Vimos al empleado del ferrocarril en el vestíbulo abriendo la puerta para gritar a la gente de al lado de las vías. Se vio arrollado cuando ellos irrumpieron a bordo, llenando, atestando el vagón en un abrir y cerrar de ojos.

—Tenemos que ir a Scranton —les oímos decir—. Zombíes^[1]...

—Lo entiendo —le grité al profesor por encima del murmullo—. Son refugiados del Scranton. Deben haber bloqueado la vía. Ahora probablemente acosan al maquinista para que retroceda hasta Wilkes Barre. ¡Tenemos que bajar!

—Ja —dijo.

Estábamos en un asiento del extremo. A codazos, empujando y un poco estrujando llegamos hasta el vestíbulo y saltamos a las vías. El profesor perdió todo su equipaje en aquel breve y fiero forcejear. Yo salvé únicamente mi maletín. Los poderes del propio infierno no iban a separarme de aquel maletín.

Cientos de personas gritonas, arremolinadas, trataban de subir a bordo. Alguno consiguió llegar hasta los techos de los vagones después de que resultó físicamente imposible que ningún cuerpo más se encajase dentro. La locomotora lanzó un pitido desesperado y el tren comenzó a retroceder.

—Bueno —dije—, nos encaminaremos al norte.

Encontramos la carretera nacional número 6 después de marchar un breve trecho a campo a través y comenzamos a caminar por el cemento. No había tráfico. Todo el mundo con coche había abandonado Scranton días atrás y nadie iba a Scranton, excepto nosotros.

Vimos nuestro primer zombí donde un cartel nos dijo que faltaban tres millas para la ciudad. Era una mujer con capuchón y delantal arcaico. No pude decir si era joven o vieja, guapa o fea. Nos dirigió una sonrisa vacía y preguntó si teníamos comida. Contesté que no. Ella repuso que no se quejaba de su suerte pero que tenía hambre, y, claro, los vegetales y las cosas eran mucho mejor ahora que no se emponzoñaba el suelo con aquellos terribles fertilizantes químicos. Después dijo que quizá pudiese haber algo que comer camino abajo, nos deseó un día agradable y continuó.

—¿Terribles fertilizantes químicos? —pregunté.

El profesor dijo:

—Creo que es una contribución de la duquesa de Carbondale al reino de la señorita Phoebe. Varias entrevistas lo mencionan —seguimos adelante.

Vi lo que pensaba el profesor. Pude leer su cerebro como si fuera un libro.

«Ni siquiera ha leído las entrevistas. Es un joven loco e imposible. Sin embargo está aquí, ha sufrido un riguroso curso de entrenamiento, y después de todo se arriesga a una especie de muerte. ¿Por qué?». Lo dejé estar y continué. Sabía que la respuesta se hallaba dentro de mi maletín.

—¿Cuándo cree usted que estaremos dentro del rayo de acción? —pregunté.

—Sólo el Cielo lo sabe —dijo dudoso—. Hay demasiadas variables. Quizás es distinto cuando duerme, quizás eso crece en proporción diferente variando según el número de personas afectadas. Todavía no siento nada.

—Ni yo tampoco.

Cuando sintiésemos algo, específicamente, cuando notásemos que la señora Phoebe Bancroft practicaba «las Doce Reglas» de «cómo estar en profunda armonía con su medio ambiente», haríamos algo completamente idiota, algo que habría conseguido que nos echaran a patadas, literalmente hablando, del despacho del

secretario de Defensa.

El dicho secretario nos contestó atronador:

—¿Están ustedes tomándome el pelo? ¿Acaso me proponen que los soldados de los Estados Unidos sufran un adiestramiento de tres meses en *sacar la lengua y ponerse el pulgar en la nariz*? —Temblaba con elevada presión sanguínea.

Dos tenientes de la policía militar les cogieron por el cuello de la americana, siguiendo sus órdenes personales, y los arrojaron escaleras abajo del Pentágono, cuando nos vimos incapaces de denegar que eso era precisamente lo que nosotros pretendíamos.

Y así, compañías, escuadras, pelotones, batallones y regimientos entraron en la Zona de Plaga y jamás volvieron a salir.

Algunos soldados caminaban como zombies cuando lograron aparecer. Al cabo de unos pocos días, pasados a suficiente distancia de la Zona de Plaga, sus cerebros se aclararon y pudieron contar confusas historias. Dijeron que algo cayó sobre ellos. Una pesadez mental casi imposible de describir. Les gustó estar donde se encontraban, como ejemplo; abandonaron la Zona de Plaga sólo por casualidad. Estaban envueltos en un vago y tonto contento incluso cuando tenían hambre, lo que era casi siempre. ¿Qué tal era la vida en la Zona de Plaga? Bueno, no ocurría mucho. Uno se pasaba el tiempo vagando en busca de comida. Mucha gente parecía enferma pero al mismo tiempo contenta. Los granjeros de la Zona le daban a uno comida con la universal sonrisita tonta, pero sus cosechas eran pobrísimas. Las epidemias mataban a la mayor parte de los animales. Nadie parecía comer carne. Nadie se peleaba o discutía ni siquiera se oía una palabra más alta que otra en la Zona de Plaga. Y aquello era el infierno en la Tierra. Nada concebible podía inducir a ninguno de ellos a regresar.

—¿La duquesa de Carbondale? Sí, a veces salía en su carretela vistiendo ropas vaporosas y una corona de oro. Todo el mundo le hacía reverencias. Era una mujer gorda, grande, de mediana edad, con gafas sin montura y la expresión pintoresca de triunfo justo en su rostro.

Los zombies recuperados al principio fueron puestos en cuarentena y los doctores hicieron testamento antes de examinarlos. Se demostró que esto fue innecesario y el examen resultó infructuoso. Ninguna bacteria, ni microbio, ni virus, ni nada. Lo que

no pudo impedirles seguir en la creencia de que la consunción tenía un nombre oficial en los condados afectados.

El profesor Leuten y yo lo sabíamos bien, claro. Por conocerlo mejor nos echaron de los despachos, anularon entrevistas y una vez por poco nos encierran como locos. Eso fue cuando intentamos llegar directamente al Presidente. El Servicio Secreto, puedo atestiguarlo, protege a nuestro Primer Ciudadano con un celo que bordea la ferocidad.

—¿Cómo va el libro? —preguntó bruscamente el profesor Leuten.

—Trescientos mil. ¿Por qué? ¿Quiere un anticipo?

No entiendo el alemán, pero soy capaz de reconocer los tacos proferidos en cualquier lenguaje. Balbuceó, gruñó durante casi todo un minuto antes de decir en inglés:

—¡Idiotas! ¡Torpes! ¡De casi la tercera parte de un millón de lectores, sólo uno ha leído el libro!

Yo deseé diferir el comentario acerca de aquello.

—Hay ahí un coche —dije.

—Evidentemente está atascado o averiado y habrá sido abandonado por algún refugiado de Scranton.

—Echémosle un vistazo de todas maneras.

Era un maltrecho viejo Ford sedán, en medio de la cuneta. La parte posterior estaba llena de latas de conservas y licor; alguien había estado dedicado al pillaje. Tiré de la puesta en marcha y oí zumbar un rato el mecanismo; pero el motor no prendió.

—Inútil —dijo el profesor. Le ignoré, abrí la capota y comencé a inspeccionar el motor. Había una filtración de aire en el carburador.

—Funcionará —le dije—. Conozco a estos trastos y a sus bombas de gasolina. El coche se paró en esa pendiente y el conductor lo dejó rodar hacia atrás.

Desatornillé el filtro de aire del carburador, lo quité y lo lancé entre la maleza de la carretera. El profesor, claro, era el clásico muchachito curioso con el desdén intelectual europeo hacia las manos manchadas de grasa. Permaneció altivo mientras vaciaba una botella de ginebra y encontraba una llave en la caja de herramientas que servía para desmontar la llave de purga del depósito y llenaba la botella de ginebra con gasolina. Accedió a sentarse detrás del volante y a tirar del puesto en marcha de vez en

cuandomientras yo empapaba de gasolina el carburador. Cada vez tosía el motor y quedaba menos aire en la cubeta del carburador; finalmente el motor se puso en marcha. Le hice apartarse del volante y me instalé yo, colocando a mi lado mi maletín. El vehículo retornó a la vacía carretera y todos marchamos hacia el norte, en dirección a Scranton.

Era natural que el profesor, supongo, se apartara de mí. Yo estaba enfadado por haber estado trabajando debajo del tanque de gasolina. Esto, más la desacreditada capacidad que yo había mostrado al poner en marcha el coche, me recordó que él era, después de todo, un doctor de una «verdadera» universidad, mientras que yo, después de todo, un empleado de una editorial con turbias calificaciones obtenidas en un colegio llamado Cornell. La atmósfera resultaba mala, pero tarde o temprano era necesario que se lo dijese.

—Profesor, tenemos que charlar y aclarar las cosas antes de que encontremos a la señorita Phoebe.

Él miró al enorme cartelón hecho trizas de los prohombres de la ciudad de Scranton sabiamente erigido para marcar la pendiente que conducía a la ciudad. «¡AVISO! PELIGRO DURANTE SIETE MILLAS. PONGA LA PRIMERA VELOCIDAD. MULTA DE CINCUENTA DÓLARES. ¡OBEDEZCA O PAGUE!».

—¿Qué hay que aclarar? —preguntó—. Parcialmente ella ha dominado la Epistemología Funcional... incluso, aun cuando Hopedale Press prefiera llamarlo «vivir a cuenta de las expensas cósmicas». Esto ha soltado ciertos poderes latentes en ella. Nuestra tarea simplemente es completar su dominio del aspecto ético de la E.

F. Ella

cesará de dominar otras mentes y pronto comprenderá que su conducta es disfuncional y en contravención del principio de la Evolución Permisiva. —Para él la cuestión estaba zanjada. Musitó —: Realmente no debí haberle permitido cortar de manera tan drástica mi exposición del Desequilibrio Diático; que debe ser la raíz de ladificultad de ella. Una breve explicación inductiva...

—Profesor —dije—. Me parece haberle dicho en el tren que es usted un falsario.

Me corrigió con viveza.

—Usted me dijo que *cree* que soy un falsario, señor Norris. Naturalmente que me enfureció su doblez, pero su opinión no demuestra nada. Yo le pido que mire a su alrededor. ¿Es esto algún truco?

Estábamos bien adentrados en la ciudad. Perros vagabundos ladraban en torno. Las ventanas estaban rotas y las mercancías desparramadas en las aceras; de trecho en trecho una casa ardía brillantemente. Coches destrozados y volcados salpicaban las calles y zombies caminaban lentamente a su alrededor. Cuando la señorita Phoebe atacaba a una ciudad los efectos eran parecidos al de un ataque de un millar de bombarderos.

—No es un truco —dije, esquivando con el volante a un sonriente hombre con sombrero de paja y mono de trabajo—. Tampoco es la Epistemología Funcional. Es fe en la Epistemología Funcional. Se podía tener fe en cualquier cosa, pero su libro es lo que ha originado que ella deposite su fe en algo concreto.

—¿Se atreve usted a compararme con los curanderos? —preguntó el profesor con los labios blancos de cólera.

—Sí —dije cansino—. Ellos consiguen sus curas. Lo mismo que muchísima gente. Dejémoslo estar, profesor. Me parece que lo mejor que podemos hacer cuando nos encontremos con la señorita Phoebe es que usted le diga que sus teorías son una falsedad. Destruída su fe en usted y en su sistema, me parece que volverá a ser la vieja dama normal de antes. ¡Aguarde un momento! No me diga que usted no es un falsario. Puedo demostrar que sí lo es. Usted dice que ella domina parcialmente la E. F. y que consigue sus facultades y poderes desde este dominio parcial. Bueno, presumiblemente usted domina por completo la E. F., puesto que fue quien la inventó. Así que ¿por qué no puede hacer usted todo cuanto ella ha hecho y mucho más? ¿Por qué no puede acabar con este caos levitando hasta la Plume, en lugar de tomar en Lackawanna un Ford del año 1941? Y, por Dios, ¿por qué no puede arreglar el Ford con unos pases de sus manos y de la E. F. en lugar de plantarse a mirar mientras yo trabajaba?

La voz del profesor sonó sinceramente turbada.

—Creo que se lo acabo de explicar, Norris. Aunque no se me ocurriese antes, supongo que podría hacer lo que usted dice; pero ni soñarlo. Como le dije, sería disfuncional y en completa

contravención con el Principio del Permisivo...

Dije algo muy rudo y añadí:

—En resumen, usted puede pero no puede.

—¡Naturalmente que no! El Principio de lo Permisivo... —Me miró con una especie de lenta comprensión en sus ojos—. ¡Norris! Mi editor. Mi primer lector. Mi jefe de publicidad que se decía el primer convencido de mis doctrinas. Norris, ¿verdad que no ha leído mi libro?

—No —le contesté con sequedad—. He tenido demasiado trabajo. Usted no consiguió aparecer en la portada de la revista *Time* por pura casualidad, súpalo de una vez.

Comenzó a reírse de manera desvalida.

—¿Qué tal dice esa canción... «Dios bendiga a América»? —me preguntó finalmente, con los ojos húmedos.

Detuve el coche con brusquedad.

—Me parece que empiezo a sentir algo —dije—. Profesor, me es simpático.

—Usted también a mí, Norris —me contestó—. Norris, hijo mío, ¿qué piensa usted de las damas?

—Criaturas delicadas. Custodios de la cultura. Profesor, ¿qué le parece el comer carne?

—Es una supervivencia bárbara. *¡Eso es, Norris!*

Abrimos las puertas y salimos. Nos quedamos plantados sobre un pie cada uno, con los pulgares en las narices y sacando la lengua.

Contando la vez del tren, ésta era la 1.962 vez que hacía ese gesto en los pasados dos meses. Un millar y 961 el profesor había hecho que las arañas le saltaran de los libros, desde la pantalla de la televisión, de detrás de las molduras, de los cajones del escritorio, de mis bolsillos, del suyo. Viudas negras, tarántulas, inofensivas (¡Ah!) enormes arañas caseras, verdaderas. Mil novecientas sesenta y una veces sentí la aracnofobia con sus horribles náuseas. Cada vez noté que tenía voluntariamente mayores sistemas musculares para levantar la pierna con violencia, para girar con violencia mi mano hacia la nariz, para hacer la mueca violenta de sacar la lengua.

Después de tanta práctica me acostumbraré.

Por último, mi cuerpo lo había aprendido. Esta vez no había araña; era sólo la señorita Phoebe: un vago y agradable sentimiento parecido al del primer martini. Pero mi postura de defensa, esta mil

novecientosava vez, fue acompañada por la vieja adición del error. No había araña, así que se volcó todo sobre la señorita Phoebe. El vago sentimiento de tomar el primer martini se desvaneció como la niebla de la mañana al calor del sol.

Me relajé con precaución. En el otro lado del coche lo mismo hizo el profesor Leuten.

—Profesor; bien dije: no me simpatiza usted ya en absoluto.

—Gracias —dijo con frialdad—. Ni usted a mí tampoco.

—Creo que hemos vuelto a lo normal —dije—. Subamos. — Subió y partimos. De mala gana dije—: Felicidades.

—¿Porque dio resultado? No sea ridículo. Esperaba que un plan de campaña derivado de los principios de la Epistemología Funcional tendría éxito. Todo lo que se requería era que usted fuese por lo menos tan listo como uno de los perros del profesor Pavlov, y yo admito que considere esa hipótesis para que se deslice mi cadena de razonamiento.

Paramos para comer algo de las conservas de la trasera del coche a la una en punto y luego marchamos rápido hacia el norte a través del campo en ruinas. Los pueblecitos estaban destrozados y abandonados. Posiblemente refugiados de la cada vez creciente ola de plagas causaron los primeros daños con el pillaje; la destrucción subsiguiente sólo fue cosa del azar. Eso demostraba lo que ocurriría a cualquier ciudad del siglo veinte en el curso de unas pocas semanas si la gente que luchaba en infinitas guerras contra la quiebra y la dilapidación retiraba los brazos. Era lo que cualquiera podría deducir pensando que podría hacer más daño que el fuego o el agua.

Entre las ciudades los animales eran increíblemente atrevidos. Había un verdadero ejército de conejos comiendo en un campo de alfalfa. Un granjero zombí agitó un pedazo de tela hacia ellos, diciéndoles con afecto:

—Fuera, conejitos. ¡Iros ahora! ¡Vamos!

Pero los animales sabían que no les haría nada y continuaron masticando por el campo.

Detuvo el coche y llamé al granjero. Vino en seguida, sonriendo.

—¡Los diablillos! —dijo señalando con un gesto a los conejos—. Pero no tengo corazón para asustarles de verdad.

Aquel hombre me interesó.

—¿Es usted feliz? —le pregunté.

—¡Oh, sí! —Tenía los ojos hundidos y brillantes; se le veían los pómulos destacando en su macilenta cara—. La gente debería ser considerada. Yo digo siempre que lo que más importa en el mundo es ser considerado.

—¿No echa usted de menos la electricidad, los coches y los tractores?

—Cielos, no. Yo siempre digo que las cosas eran mejor en la antigüedad. La vida tenía más gracia, en mi opinión. Oh, no echo de menos ni la gasolina ni la electricidad; nada absolutamente. Todo el mundo es tan considerado y amable que eso lo compensa todo.

—Me pregunto si usted sería tan considerado y amable como para acostarse en la carretera para que pasáramos el coche por encima de su persona.

Pareció tiernamente sorprendido y comenzó a tumbarse delante del coche, diciendo:

—Bueno, si eso les produce a ustedes, caballeros, algún placer...

—No; no se moleste. Vuelva usted con sus conejos.

Se quitó el sombrero y se fue, resplandeciente. Seguimos adelante. Yo le dije al profesor:

—Capítulo Nueve: «Cómo estar en perfecta armonía con su medio ambiente». Sólo que ella no cambió, profesor Leuten; ella cambió de medio ambiente. Cada hombre y mujer en la Cena es lo que la señorita Phoebe piensa que debería ser: tonto, sentimental, educado y amable hasta la idiotez. Nostálgica expresión y estupidez absoluta cuando se llega a este estado de cosas.

—Norris —dijo, pensativo, el profesor—, hemos estado asociados durante algún tiempo. Creo que debía usted dejar el tratamiento de «profesor» y llamarme Leuten. En cierto modo somos amigos...

Tiré de los ruidosos frenos con violencia.

—¡Fuera! —grité, y saltamos. El tonto fui yo; me estaba envolviendo de prisa. De nuevo, el pulgar en la nariz y la lengua fuera, para hacerlo que ardiera y desapareciese. Cuando miré, el profesor estaba del todo seguro de que era untozudo viejo fósil, como me había imaginado, y que tornaba a serlo de nuevo. Pero, cuando me miró fulminante y me dijo con violencia:

—Naturalmente, retiro mi última observación, Norris; ningún

caballero me obligaría a mantenerla —me di cuenta de que era normal. Subimos y continuamos la marcha hacia el norte.

La devastación se hizo perceptiblemente peor después de pasar los escombros malolientes que antaño fueron la ciudad de Meshoppen, Pa. Después, hubieron más cuerpos en la carretera y las moscas se convirtieron en algo horroroso. No había insecticida alguno. Ni tampoco DDT de Wilmengton. Seguimos marchando en el calor del mediodía con las ventanillas cerradas y la ventilación de la capota también cerrada. Fue entre Meshoppen y La Plume cuando las cosas se esterilizaron durante un tiempo y los ingenieros militares comenzaron a levantar cercas de alambre espinoso. ¿Quién sabe lo que ocurrió entonces? Quizá la señorita Phoebe se recobró de un ligeroresfriado. O quizá se dijo a sí misma con firmeza que su fe en el maravilloso libro del profesor Leuten se estaba debilitando; que ella debía dominarse y trabajar realmente con viveza para producir la profunda armonía en su medio ambiente. A la mañana siguiente... ya no habían ingenieros militares. Y se vieron zombíes vagandopor los alrededores y sonriendo. A la otra mañana el radio de la Zona de Plaga crecía a razón de una milla por día.

Yo quería distraerme del sudor que me corría rsor el rostro.

—Profesor —le dije—, ¿se acuerda de la última palabra de la carta de la señorita Phoebe? Era «siempre». ¿Supone usted...?

—Tras la inmortalidad, sí; creo que queda dentro del radio de acción de la mal aplicada Epistemología Funcional. Claro dominio completo de la E. F. asegura que ningún deber egoísta debería ser invocado o debería serlo. Lo hermoso de la E. F. es su conservadurismo, en el sentido cinético. Es la autorregulación. Un mundo en el que el dominio universal de la E. F. se hubiese conseguido... Y ahora me doy cuenta de que la publicación de mis puntos de vista por la Hopedale Press fue un paso lejos de ese ideal... Sería en ningún modo distinto del mundo presente.

—Se está construyendo una cláusula de escape —le espeté—. Como el yoga. Usted les pide que le muestren que han adquirido dominio propio, con una pequeña demostración, tal como la levitación o volverse transparente, pero todos estarán preparados para usted. Ellos le dirán que han adquirido tanto autodomínio que dominan incluso el deseo de levitar o de volverse transparentes. Yo

casi desearía haber leído su libro, profesor, en vez de limitarme a evitarlo. Quizás es usted más listo de lo que me pensé.

Se volvió rojo como la grana y rechinó los dientes.

El profesor me espetó:

—Sus insultos apenas me alcanzan, Morris.

La autopista se cerró en la curva que nosotros seguíamos. Tuve que frenar y me froté los ojos.

—¿Nos han visto? —preguntó el profesor.

—Sí —dije con indiferencia—. Éste debe ser el séquito de la duquesa de Carbondale.

Había una docena de hombres hombro con hombro, bloqueando la carretera. Estaban armados con diversos rifles deportivos y un Bazooka. Llevaban una especie de faldellines y lo que parecían ser brazaletes de bisutería barata. Cuando nos detuvimos se abrieron por el centro de la línea y la duquesa de Carbondale pasó porel centro en su carretela... Sólo que era tal carretela un cochecito de carreras de los empleados por los trotones y ella no lo conducía; el caballo era guiado por una chica jovencita adolescente, vestida como una comparsa para la película *Marco Antonio y Cleopatra*. La propia duquesa llevaba ropas amplias y blancas, y una tiara y uncerquillo de joyas. Parecía como la tía antipática, la gorda. O una maestra de instituto que hoy me recuerda con odio, al cumplir los cuarenta. O también una de esas mujeres que llaman al timbre de la casa y tratan de abrumarle a uno con peticiones cantadas contra el ateísmo o los grupos mixtos de niños y niñas en las escuelas públicas.

El hombre del bazooka apuntaba su arma a nuestra capota. Tenía el dedo en el disparador y estaba esperando un gesto de la duquesa.

—Salga —le dije al profesor, cogiendo mi maletín. Él miró el bazooka y ambos abandonamos el coche.

—Hola, mortales —dijo la duquesa.

Yo miré desvalido al profesor. Ni siquiera mi larga experiencia con las damas novelistas me había equipado para enfrentarme a la situación. Él, sin embargo, fue capaz de hacerse cargo. Era europeo y tenía conocimientos y energías para ello: establecer primero una afirmación y luego comportarse de acuerdo con ella. Dijo:

—Señora, me llamo Conrad Leuten. Soy doctor en Filosofía por

la Universidad de Gottingen y miembro de la Facultad de la Universidad de Basle. ¿A quién tengo el honor de *dirigirme*?

Los ojos de ella se contrajeron apreciativos.

—Oh, mortal —dijo, y su voz era menos airoosamente dramática —, sabía que estaba usted aquí, entre los títulos del Nuevo Lemuria, títulos que son perversos. Y sé que los puros corazones de mis subditos no pueden ser agobiados por la maquinaria básica. ¿Comprende?

—No lo sabía, señora —dijo educadamente Leuten—. Le pido perdón. Sin embargo, intentábamos llegar hasta La Plume. ¿Nos da usted su permiso para hacerlo?

Al oír nombrar a La Plume ella se quedó inexpresiva. Al cabo de un rato hizo un gesto al hombre del bazooka.

—Destruye, oh Phraxanartes, la maquinaria de los forasteros —dijo.

Phraxanartes tocó el disparador de su bazooka. Leuten y yo saltamos a la cuneta, mi mano protegiendo el maletín, cuando el cohete se estrelló en el viejo motor del Ford. Quedamos allí apiñados mientras estallaba el tanque de gasolina y volaban por los aires latas y botellas. El ruido se apaciguó hasta un rugido lleno de chasquidos y dejaron de caer los sibilantes fragmentos al cabo de quizás un minuto. Fui el primero en alzar la cabeza. La duquesa y su séquito se habían ido, fundiéndose presumiblemente en el bosque que bordeaba la carretera.

La voz de contralto de ella sonó:

—Levantaos, oh desconocidos, y uniros a nosotros.

Leuten contestó desde la cuneta:

—Una petición perfectamente razonable, Norris. Hagámoslo. Después de todo, uno debe ser amable.

—Y agradecido —añadí.

«¡Bondadosa y anciana duquesa!» pensé. «¡Bondadoso viejo Leuten! ¡Maravilloso viejo mundo, con colinas y árboles y conejitos y gatitos y gente agradecida...!».

Leuten estaba de pie sobre una de sus piernas, el pulgar en la nariz, sacando la lengua y gritando:

—¡Norris! ¡Norris! ¡Defiéndose! —Me abofeteaba la cara con la mano libre. Rápido, me puse en la postura de defensa, pensando: «Vaya tontería. ¿Defenderse contra qué? Pero por nada del mundo

ofendería al viejo Leuten...».

La adrenalina hirvió a través de mis venas, disparada por la postura. Arañas. Horribles y peludas arañas que se arrastraban mostrando sus colmillos púrpura goteando veneno. Se escondían en los zapatos y te mordían y tus pies se hinchaban con la ponzoña. Sus redes pegajosas y repugnantes te rozaban el rostro cuando caminabas en la oscuridad y ellas venían escurriéndose en silencio, agitando las mandíbulas, parpadeando los ojos semejantes a gemas diabólicas. ¡Arañas!

La voz de la duquesa sonó impaciente:

—Dije que os unierais a nosotros, oh, extranjeros. Bueno, ¿a qué estáis esperando?

El profesor y yo nos relajamos y nos miramos mutuamente.

—Está loca —dijo en voz baja el profesor—. Debe haberse escapado de algún manicomio.

—Lo dudo. Usted no conoce muy bien América. Quizás ustedes los encierren cuando se ponen así, en Europa; en este país a las mujeres de esa clase las nombramos presidentas de organizaciones benéficas. Si no lo hacíamos, la cosa no tendría remedio.

La chica disfrazada conducía el vehículo de la duquesa, de nuevo, hacia la carretera. Parte de su séquito comenzaba a seguir; ella les hizo un gesto para que se fueran y despidió a la chica con sequedad. Rebordeamos el calor del coche ardiendo y nos acercamos a ella. No podíamos hacer otra cosa, a menos que quisiéramos arriesgarnos a recibir una descarga de los diversos rifles deportivos.

—Oh, forasteros —dijo ella—, mencionasteis La Plume. ¿Acaso conocéis a mi querida amiga Phoebe Bancroft?

El profesor asintió antes de que pudiera yo detenerle. Pero casi de manera simultánea, con su asentimiento, estaba ya arrastrando a la duquesa de su improvisada carroza. Fue muy desagradable, pero le puse las manos en torno a lagarganta y me arrodillé sobre ella. Eso significaba soltar el maletín, pero valía la pena.

Ella carraspeó, se agitó y logró chillar.

—¡No disparéis! ¡Lo repito, no disparéis! ¡Pamphililus, no disparéis, podríais alcanzarme!

—Despídalos —le dije.

—¡Nunca! —Flameó ella—. Son mis leales siervos.

—Pruebe usted, profesor —dije.

Creo que entonces adoptó sus modales de profesor. Se puso rígido, carraspeó y avanzó hacia la maleza.

—Salgan en seguida. Todos.

Salieron, tambaleándose y turbados. Se daban cuenta de que algo iba mal. Allí estaba la duquesa en el suelo diciéndoles lo que tenían que hacer, tal y como lo había estado haciendo durante semanas. Querían honrarla de la pequeña manera que pudiesen, disparando contra los extranjeros, o buscando carne en conserva para ella, pero ¿cómo podían honrarla mientras estaba tumbada volviéndose lentamente de un color púrpura? Aquello era confuso. Por fortuna había otra persona a quien honrar, el profesor.

—Marchaos —les ladró—. Marchaos lejos. No os necesitamos más. Y arrojad vuestras armas.

Bueno, eso era algo que cualquiera podía comprender. Sonrieron y *arrojaron sus armas* y se fueron en su manera educada y cortés.

Yo dejé de oprimir la garganta de la duquesa.

—¿Qué fue toda esa tontería acerca de Nuevo Lemuria? —le pregunté.

—Eres un joven brusco e ignorante —respondió ella. Por el rabillo del ojo pude ver al profesor asintiendo involuntariamente—. Cada persona educada sabe que la sabiduría perdida de Lemuria iba a ser revivida en la persona de una princesa sacerdotisa de este año. De acuerdo con la ciencia de la Piramidología...

¿Hermosa sacerdotisa? ¡Oh!

El profesor y yo permanecemos plantados mientras ella hablaba de algo sorprendente compuesto por un continente perdido, las Diez Tribus, vegetarianismo, medicina homeopática, agricultura orgánica, astrología, platillos volantes y los poemas de Khalil Gibran.

El profesor dijo por último en tono dudoso:

—Supongo que se la podría llamar como una especie de Difusionista Cultural... —Era más feliz cuando la tuvo clasificada. Proseguí—: Creo que usted conoce a la señorita Phoebe Bancroft. Desearíamos que nos la presentase lo antes posible.

—Profesor —me quejé—, tenemos un mapa de carreteras y podemos encontrar La Plume. Una vez hayamos encontrado La Plume no creo que sea muy difícil encontrar a la señorita Phoebe.

—Estaré muy complacida acompañándoles —dijo la duquesa—. Aunque normalmente no me gustan los aparatos mecánicos, tengo un automóvil cerca por si acaso... por si acaso... *¡bien!* ¡De todos los mal educados...!

Quiérase o no ella se quedó sin habla. Nada en su rica cantidad de palabrería y odio parecía encajar con la situación. La agricultura orgánica, incluso Khalil Gibran, eran irrelevantes ante el aspecto nuestro, cada uno de pie sobre una pierna, con el pulgar en la nariz y sacando la lengua.

Innegablemente la postura de defensa estaba perdiendo eficacia. Costó bastante más hacer que desapareciese el resplandor loco...

—Profesor —pregunté después que nos relajamos cansinamente —, ¿cuánto de esto podremos tomar?

Se encogió de hombros.

—Por eso sería muy útil una guía —dijo—. Señora, creo que mencionó un automóvil.

—¡Lo sé! —dijo ella brillantemente—. Era sana yoga, ¿verdad? Me refiero a las posturas.

El profesor sorbió un invisible limón.

—No, señora —dijo con tono cadavérico—. No era ni siddhasana ni padmasana. El yoga ha quedado ridiculizado tras la Epistemología Funcional, como cualquier otro sistema filosófico oriental u occidental... Pero perdemos el tiempo. ¿El automóvil?

—Ustedes tendrán que hacer eso muy a menudo, ¿verdad?

—Dejémoslo estar, señora. El automóvil, por favor.

—Vengan por aquí —contestó ella alegremente. No me gustó la expresión de su rostro. La señora presidenta estaba a punto de dar un golpe parlamentario. Pero cogí mi maletín y la seguí.

El coche estaba en un granero cercano. Era un estupendo Lincoln nuevo y me aseguré razonablemente al verlo de que nuestra rubia cicerone lo había robado. Pero estábamos iguales porque yo también había robado el Ford.

Puse dentro el maletín y ocupé el volante a pesar de las objeciones de ella, encaminándonos hacia La Plume, a una docena de millas de distancia. Por la carretera ella gritó:

—¡Oh, Epistemología Funcional... y usted es el profesor Leuten!

—Sí, señora —asintió él, cansino.

—Claro que he leído su libro. Lo mismo ha hecho la señorita

Bancroft; estará muy contenta de verle.

—Entonces, ¿por qué, señora, ordenó a sus secuaces que nos asesinaran?

—Bueno, profesor, es que yo no sabía quiénes eran ustedes entonces y resultó sorprendente ver a alguien en un coche. Yo, ejem, tuve la sensación de que no constituía nada bueno, especialmente cuando mencionó usted la querida señorita Bancroft. Ella, ya lo sabe usted, es realmente responsable por esta reemergencia del Nuevo Lemuria.

—¿De veras? —exclamó el profesor—. ¿Usted comprende, entonces, algo acerca del Intercambio Nivelado de Personalidad? —Parecía resplandeciente.

—¿Qué ha dicho?

—¡Intercambio Nivelado de la Personalidad! —Ladró él—. ¡Capítulo nueve!

—Oh, en su libro, claro. Bueno, en realidad, me lo salté.

—Otro que tal —murmuró el profesor, arrellanándose.

La duquesa siguió charlando.

—La querida señorita Bancroft, claro, se ha empapado bien de su libro. Pero usted preguntaba..., no, no es lo que dijo. ¡Yo le eché la buena ventura y salió que ella es del veintisiete Dragón!

—*Scheissdreck* —murmuró el profesor, demasiado desanimado para traducirlo.

—Así que, naturalmente, profesor, ella encarna la espiritualidad de Taliesin y —emitió una modesta risita— usted sabe que la encarna materialmente. Lo que es solamente razonable, puesto que yo desciendo de la gran sacerdotisa de Mu. ¡Poco pensé yo cuando salí de la Biblioteca de las Abejas Ocultas, en Carbondale!

—*Ja* —exclamó el profesor. Hizo un esfuerzo—. Señora, dígame algo. ¿Usted no siente nunca cierta cosa, una sensación de hostilidad y una intoxicación y una buena voluntad envolviéndola de pronto?

—Oh, eso —dijo desdeñosa—. Sí; de vez en cuando. No me preocupa. Yo pienso en todo el trabajo que tengo que hacer. Cuánto debo pisotear a esos abogados que destruyen las almas, que son los comedores de carne, y a los fertilizantes químicos, y a la floridación. Cómo debo luchar contra la ciencia culta y aplastar a los filósofos materialistas. Cómo debo derribar a nuestros ministros

y sacerdotes corrompidos y egoístas, nuestras leyes podridas y nuestras costumbres...

—*Lieber Gott* —el profesor se maravilló mientras ella siguió adelante.

—Con Norris hay arañas. Conmigo son ratas y asfixia. Pero con esta mujer aparentemente es todo el Cosmos, excepto su propio y revuelto yo.

Ella no le oyó; estaba exigiendo que la edad del voto para las mujeres fuera rebajada hasta los dieciséis años y para los hombres elevada hasta los treinta y cinco.

Marchamos a través de nubes de moscas y mosquitos. Las moscas comían felices en las vacas muertas y en los corderos que por desgracia seguían vivos. En Nuevo Lemuria no había lugar para las vacas. No había redil tampoco para los corderos. Ellos no formaban el estado y el condado, ni los ciudadanos ni los pueblos, puesto que los verdaderos ciudadanos marchaban constantemente de patrulla, matando a las reses, limpiando las alcantarillas, reemplazando basura por basura, y así, del todo natural, el campo se iría convirtiendo en una tierra de carroñas. Cosa que adoraban los mosquitos.

—La Plume —anunció la duquesa alegremente—. Y la casita de la señorita Phoebe Bancroft está allí a la derecha. ¿A propósito, por qué desea verla, profesor?

—Para completar su reeducación... —dijo el profesor con voz cansada.

La casa de la señorita Phoebe y las pocas próximas eran los únicos lugares que habían visto de la Zona que no parecían descuidados. La señorita Phoebe, claro, era capaz de decir lo que tenían que hacer a los zombíes para que le cuidasen el jardín, le cortasen el césped y lo cuidaran todo. Las moscas no eran tan malas allí.

—Probablemente la pobrecita estará descansando —dijo la duquesa.

Detuve el coche y bajamos. La duquesa dijo algo sobre Kleenex y entró de nuevo para buscar algo en la guantera.

—Por favor, profesor —dije, aferrado a mi maletín—. Hágalo de manera inteligente. Tal y como se lo dije.

—Norris —contestó—, me he dado cuenta que tiene usted

mucho aprecio a mis intereses. Es un buen muchacho, Norris, y me gusta.

—¡Cuidado! —grité, y me puse en la posición de defensa. Lo mismo hizo él.

Arañas. No era un mundo bueno y viejo, mientras hubiesen horribles arañas en él. *Arañas...*

Se oyó un disparo de pistola; sonó a mi oído. El profesor cayó. Me volví y vi a la duquesa con expresión cariñosa, a punto de dispararme también. Di un paso al lado y ella falló; mientras le arrebatava la automática de la mano de un manotazo, pensé confusamente que era casi un milagro que hubiese dado al profesor a cinco pasos aun cuando él fuese un blanco inmóvil. La gente no se da cuenta de lo difícil que es acertar aun con una pistola.

Supongo que iba a matarla, al menos herirla grave, cuando se entrometió un nuevo elemento. Una viejecita de cabello blanco que vino trotando por el aseado caminito de grava desde la casa. Llevaba un hermoso vestido color pastel que me sorprendió; sin saber por qué siempre me la había imaginado de negro.

—¡Bertha! —gritó la señorita Phoebe—. ¿Qué has hecho?

La duquesa lloriqueó.

—Ese hombre iba a lastimarte, Phoebe, querida. Y este individuo es igual de malo...

—No digas tonterías —dijo la señorita Phoebe—. Nadie puede hacerme daño. Capítulo Nueve, Regla Siete. Bertha, vi que disparaste contra ese caballero. Estoy muy enfadada contigo, Bertha. Muy enfadada.

Fue una sentencia de muerte muy velada.

La duquesa alzó los ojos y sollozó. Luego cayó como desmayada. No tuve que comprobarlo; estaba seguro de que había muerto. La señorita Phoebe de nuevo era la que estaba en Profunda Armonía Con Su Medio Ambiente.

Me arrodillé junto al profesor. Tenía un agujero en el estómago y todavía respiraba. No había mucha sangre. Me senté y lloré. Por el profesor. Por la pobre y maldita raza humana que a razón de una milla por día se iba transformando en un rebaño apático e idiota. Adiós, Newton y Einstein; adiós, Miguel Ángel y Tenzing Norkay; adiós, Moisés, Rodin, Kwan Yin, los transistores, y todo lo demás...

Un hombre pelirrojo con una manzana de Adán descomunal

decía suavemente a la señorita Phoebe:

—Es este conejo, señora —y en verdad que un enorme conejo estaba presente—. Cada vez que encuentro una zanahoria o algo me lo quita y muerde y patalea cuando trato de discutir con él... —Y en verdad que cogió un pedazo de zanahoria del bolsillo y el conejo insolente se lo arrebató de la mano y lo mordisqueó triunfante con un ojo guiñado maliciosamente hacia su víctima—. Lo hace siempre, señorita Phoebe —dijo el hombre con expresión infeliz.

—Pensaré algo, Henry —le contestó la vieja dama—. Pero deja primero que me cuide de estas personas.

—Sí, señora —dijo Henry. Extendió la mano con cuidado para recuperar su pedazo de zanahoria y el conejo le mordió y luego continuó mordisqueando la hortaliza.

—Joven —me dijo la señorita Phoebe—, ¿qué ocurre? Parece desesperado. No tiene que hacerlo. Capítulo Nueve, Regla Tres.

Me recuperaré lo bastante para decir:

—Es el profesor Leuten. Se muere.

Se le desorbitaron los ojos.

—¿El profesor Leuten? —Yo asentí—. ¿«Cómo vivir a costa de la energía cósmica»? —volví a asentir.

—¡Oh, Cielos! ¡Si al menos hubiese algo que pudiese hacer!

¿Curar al moribundo? Aparentemente no. No creo que pudiera, ni ella tampoco lo pensaba, por lo que le fue imposible hacerlo.

—Profesor —dije—. Profesor.

Abrió los ojos y dijo algo en alemán; luego, apresuradamente:

—La mujer me mató. Mimada... loca, ¿verdad? ¿Qué es esto? —Hizo una mueca de dolor.

—Soy la señorita Phoebe Bancroft, profesor Leuten —jadeó la anciana, inclinándose sobre él—. Lo siento terriblemente; admiro tantísimo su maravilloso libro.

Los ojos cansinos del profesor se volvieron hacia mí.

—Vaya, Norris —dijo—. No tuve tiempo de hacerlo bien. Hágalo a su modo. Ayúdeme a levantarme.

Le ayudé a ponerse en pie, sufriendo, casi tanto como él. La herida comenzó a sangrar más copiosamente.

—¡No! —exclamó la señorita Phoebe—. Debería usted acostarse. El profesor rezongó.

—Buena idea, nena. ¿Quiere hacerme compañía?

—¿Qué es eso? —estalló ella.

—Ya me has oído, nena. Dime, ¿tienes algo de licor en tu casa?

—¡Claro que no! ¡El alcohol es el enemigo para el desarrollo de las funciones más altas de a mente! Capítulo Nueve...

—A la basura el Capítulo Nueve, nena. Yo me limité a escribir toda esa monserga por dinero.

Si la señorita Proebe no hubiera estado en un estado parecido al del choque quirúrgico después de ver aquello, habría visto cómo el dolor contraía el rostro del profesor.

—¿Quiere usted decir...? —balbuceó ella comenzando a parecer, por primera vez, de su edad.

—Claro. Montones de basura. Bonitas palabrabras para ganar dinero. Lo que me interesa son las mujeres y el licor. Mujeres como tú, nena.

El engaño triunfó.

Llorando, asustada, insultada y perdida trotó a ciegas por el aseado sendero hasta su casa. Yo dejé al profesor en el suelo. Se estaba casi perforando con los dientes el labio inferior.

Oí, tras de mí un nuevo ruido. Era Henry, el pelirrojo de la voluminosa manzana de Adán. Estaba mordiendo su pedazo de zanahoria y sujetaba el gran conejo por los cuartos traseros. Le golpeaba de paso contra un árbol. Henry parecía feroz, salvaje, carnívoro y muy muy peligroso para enfrentarse con él. En una palabra, humano.

—Profesor —le murmuré casi con la boca pegada en su rostro cerúleo—, lo he conseguido. Está roto. Pasó. Ya no hay más Zona de Plaga.

Él respondió en un susurro, los ojos cerrados:

—Lamento no haberlo hecho adecuadamente... pero diga a la gente cómo morí, Norris. Con dignidad, sin miedo. A causa de la Epistemología Funcional.

—Haré todavía más, profesor —respondí entre lágrimas—. El mundo conocerá su heroísmo.

—El mundo necesita saberlo. Tenemos que escribir un libro con todo esto... su auténtica biografía autorizada y de ficción... y el agente de Hospedale en la costa Oeste procurará que se venda para una película...

—¿Película? —dijo con tono apagado—. ¿Libros...?

—Sí. Sus años de lucha, la muchachita en el lugar que conservó la fe en usted cuando todo el mundo le despreciaba, su ardiente misión de transformar al mundo y el clima... aquí, ahora... y usted dio su vida en defensa de su filosofía.

—¿Qué chica? —preguntó con debilidad.

—Tiene que haber alguna, profesor. Ya la encontraremos.

—¿Usted documentaría mi expulsión de Alemania por los nazis? —preguntó con voz débil.

—No lo creo, profesor. El mercado de exportación es importante, especialmente cuando se trata de vender los derechos para una película y usted no querrá ofender a la gente evocando viejos recuerdos. Pero no se preocupe, profesor. Lo grande es que el mundo nunca le olvidará a usted y a lo que ha hecho.

Abrió los ojos y suspiró:

—Querrá decir *su* versión de lo que yo he hecho. Ay, Norris, Norris. Nunca pensé que hubiese poder en la tierra que pudiese obligarme a contravenir el Principio de la Evolución Permisiva —su voz se hizo más fuerte—. Pero usted, Norris, tiene ese poder —se puso en pie, gruñendo, y dijo—: Norris, le advierto por la presente, normalmente, de que cualquier intento de hacer una biografía ficticia o una película falseada, dará origen a una inmediata demanda, ya que, de bofetadas en la cara acusado de libelo, quebrantamiento de los derechos de autor e invasión de la intimidad, ya tengo bastante.

—Profesor —carraspeé—. ¡Está usted bien!

Hizo una mueca.

—Me encuentro enfermo. Muy enfermo por la contravención al Principio de la Evolución Permisiva...

Su voz se hizo más débil. Eso era porque se estaba alzando lentamente en el aire. Se detuvo a unos treinta metros y gritó:

—Envíe las declaraciones de liquidación a *mi* vieja dirección, de Basle. Y recuerde, Norris, que le avisé...

Se marchó hacia el este, quizás a cien millas por hora. Creo que cobraba velocidad cuando desapareció de la vista.

Me quedé plantado allí durante diez minutos suspiré y me froté los ojos; me pregunté si había algo que valiese la pena. Decidí leer el libro del profesor mañana sin falta, a menos que ocurriese algo.

Entonces cogí mi maletín y subí por la acera y entré en casa de

la señorita Phoebe. (Henry había encendido una hoguera en el césped y estaba asando su conejo; me miró con rebeldía y yo di un rodeo para no tropezarme con él, con mucho cuidado).

Esto fue, después de todo, el resultado; esto fue, después de todo, la razón por la que arriesgué mi vida y mi cordura.

—Señorita Phoebe —dije sacándolo de mi maletín—, represento a Hopedale Press; este es uno de sus contratos normales. Estamos interesadísimos en publicar la historia de su vida, destacando en especial los acontecimientos de las pasadas semanas. Naturalmente tendrá usted un colaborador experto. Creo que no será mucho confiar que se vendan cientos de miles de ejemplares. Le sugeriría como título... es decir, (firme esta línea...) el título puede ser *Cómo ser el Gobernador de todo el mundo...*

JAMÁS PIDO FAVORES

I

Querido Sr. Marino:

He dudado en tomar la pluma y escribirle porque me parece que no me recordará excepto quizás como un chaval a quien hizo un favor, y sé que debe ser Usted un hombre muy atareado dirigiendo su negocio de pompas fúnebres al igual que la Galería Tercera y su tienda de barbero. Jamás pedí favores a nadie pero este es un caso especial que espero Usted reconozca en cuanto le explique.

Para refrescar su memoria, como dice el fiscal en los juicios, me llamo Anthony Cornaro, sólo que quizás usted me recuerde mejor como Tony el «Duro», que es como me llamaban allá en la Galería. No soy el Tony el «Duro» de Water Street que tiene unos 55 años y que posee una casa de lenocinio junto al río, soy Tony el «Duro» que va por los 17 años y procedo de Brecker Street y a quien usted consiguió la libertad condicional la última semana después de que le di un tajo a aquel polizante quisquilloso que vino con sus pies planos al interior de la verdulería en donde algunos amigos y yo echábamos sólo un vistazo sin saber que ya estaba cerrada al público y que su propietario se había ido a casa. Ese Tony el «Duro» soy yo. Me imagino que ahora me recordará, así que puede seguir adelante.

El jaleo comienza con la libertad condicional y no es que me queje. El fiscal dice que conoce este tipo durante años y que procede de una familia muy cristiana y que ha sido corrompido por las malas compañías. Por ahora va bien, el juez me condena a libertad condicional durante tres años, pero dijo que si esto, si aquello, el medio ambiente, las malas influencias, las calles de la ciudad, nuestra industria, salga... Valga una palabra... la falta de trabajo... En fin, usted que es tan comprensivo...

Antes de que yo sepa lo que ocurre, me veo firmando un papel, mi madre pone en él su huella digital y me envían a Chiunga County, al reformatorio, a ordeñar vacas.

Me imagino que el juez no sabe que soy amigo personal de usted y yo no quiero embarazarle mencionando su nombre durante la sesión del tribunal, me imagino que después tendré ocasión de aclarar las cosas. También, a decirle la verdad, tengo pánico a hablar.

II

De viaje hacia el reformatorio me esposan a un agente de los encargados de la delincuencia juvenil para que no pueda escaparme, pero por lo menos tengo tiempo de pensar y darme cuenta de que la cosa no es tan mala como parece. Se supone que voy a trabajar para una dama llamada señora Parry y conseguir comida, ropas y salario de los fondos provistos por el gobierno. Me figuro que ella tardará un mes en enseñarme a ordeñar vacas, quizá más si me hago el tonto. Durante el mes conseguiré unos cuantos duros, unas cuantas cosas, tales como porrazos y demás y para entonces me imagino que Usted lo tendrá todo aclarado y podré volver a mi ocupación regular, sólo que teniendo más cuidado esta vez. La Experiencia es el mejor maestro, Sr. Marino, como estoy seguro que sabe usted.

Bueno, llegamos a esta ciudad de Chiunga Forks y juro ante Dios que jamás vi un sitio tan asqueroso. Usted no lo creería. La mayor manzana de casas es de una pequenez extraña y todo el pueblo ocupa cuatro manzanas de ellas, mientras que los almacenes y las casas son de madera. Espero poder ver a Gary Cooper saliendo por lacalle con el ceño fruncido y las manos en los revólveres buscando a los malos. Cuatro horas desde la tercera Galería en un «Buick» maltrecho del departamento de policía nos separan de este lugar. Resulta increíble.

Aparcamos delante de una casa miserable, tipos con botas de goma nos miraron, el oficial del juzgado me quitó las esposas y se puso a hablar con el conductor pero sin perderme de vista. Mientras esperábamos a la Sr. Parry que acudiese a la cita estudié el edificio del banco a la otra parte de la calle y se me ocurrieron unas cuantas ideas que le interesarían, señor Marino, pero que ahora no le

explico.

De pronto se oye en la acera un murmullo.

Una mujerona de pelo gris y de una constitución como la Tony Galento^[2] da una patada a un chavalito que parece salido de una caricatura y también a Louis «El del Libro», a quien creo que usted ya conoce, aunque no tan musculoso y vestido con mono de trabajo. Le da una patada repetida cinco o seis veces. Cada vez yo me estremezco y lo mismo ocurre con el edificio del banco que está en la otra parte de la calle.

—¿Apártate de mí vista? —grita a un individuo—. ¡Dije que te correría a patadas desde aquí hasta Scranton cuando pudiese, Dud Wingle!

—¡Déjeme estar! —gimió, tratando de quitar de su sombra las manos de ella—. ¡Estaba cazando ciervos!

«Pam... pam... pam...».

—¡No me importa si estabas cazando ciervos, panteras o mariposas —¡Pam!—. ¡Mataste a mi perro! —¡Pam! Atraía a toda una multitud. Los tipos de las botas de goma lo dejaron todo para mirarla a ella y a él.

Entonces se acerca un pies planos que después supe que era el más piojoso de la policía de Chiunga Forks; y dice a la mujerota:

—Vamos, ELLA —unas cuantas voces y finalmente la mujer deja de patear al tipejo y lo deja marchar también.

—¿Qué tienes, Henry? —Gruñe en dirección al pies planos que le pregunta débilmente:

—¿Todavía Silver Bell no ha dado ya su ternera?

El hombrecillo se alejó cojeando y frotándose. La mujerona lo contempló pesarosa y dijo al pies planos.

—Ayer, Henry. Ahora, si me perdones, tengo que echar un vistazo al chico nuevo alquilado de la ciudad. Me parece que es aquel de allá.

Se acerca a nosotros y abre la portezuela del «Buick» casi arrancándola de los gzones.

—Soy la señora Ella Parry —me dice extendiendo la mano—. Debe ser el muchacho Cornaro que me envió el juzgado para que te tuviese de prueba.

Le estrecho la mano y le digo:

—¿Sí, señora?

El oficial de policía me entregó a ella sonriendo como el que está mirando cómo el gato se come a un ratón.

Me imaginé que la señora Parry vivía en una de las casas de madera de Chiunga Forks, pero, subimos en su moderno camión «Williys» y partimos hacia las montañas. No tenía muchas cosas que decir aquella dama luchadora pero deseé haber llevado conmigo alguna barra de hierro para igualar un poco las cosas entre ella y yo. Conaquella construcción podía partirle por la mitad casi accidentalmente. Traté de ponerme a buenas con ella ofreciendo cuidar de su camión.

—Podría quitarle parte del parachoques y ponerle un par de faros de niebla, quizás después se podrían colocar otros parachoques con la parte, correspondiente a los faros, recortada —dije—, y no le costaría ningún centavo. Incluso podían haber casas de recambios en donde una persona entrando de noche, puede apoderarse de lo que necesita.

—Calla, chaval —dijo.

De súbito clavó sus ojos penetrantes en un camino lateral donde había un coche parado ante un cobertizo. Dijo:

—Juro que ese parece el «Ford» de Dud Wingle y que está delante de casa de Mizí Sigafos.

Mantuvo el cuello doblado para estudiar todo aquello hasta que se perdió de vista. Y parecía preocupada.

Me parece que no es buen momento para hablar y quizás de todas maneras ella no tuviese nociones acerca de mecánica y no aprobase mi proposición.

—¿Qué podrá hacer Dud Wingle con Mizí Sigafos? —preguntó ella.

—No lo sé, señora —contesté—. ¿No era el caballero a quien *golpeó usted en Scranton*?

—Cascaras, chaval, eso es una manera de hablar. Si yo hubiese querido echarle a patadas de Scranton, lo hubiera hecho. Dup y Jim y Abe, y Sim se creen que tienen derecho a disparar contra el perro de una si el animalito persigue a los ciervos. Soy una mujer pacífica o de otro modo les enviaría a los policías tras ellos por disparar a Grip. Pero quizás perdí la compostura —parecía preocupada.

—¿Ocurre algo malo, señora? —pregunté. Uno no lo puede decir nunca, pero buena cantidad de viejas me hablan como si fuese su

tío; a decir verdad, este es mi mayor problema en una gatera. Debe ser porque soy un chaval atento y así les parezco.

—Todavía no conoces a la gente de por aquí, chaval, por lo tanto no sabes nada de Miz. Siga-foos. Yo soy de viejo material inglés, así que no me dejo engañar por sus locuras, pero... —Allí, sí que pareció verdaderamente preocupada—.

Miz'Sigafoos

es todo lo que llaman ellos un exdoctor.

—¿Qué es, señora?

—Sólo una cantidad de tontería. No hagas caso —contestó.

Salíamos de la autopista de dos direcciones y subíamos arriba, arriba, por las montañas, por una carretera negra, abandonando también después, un camino de graba, dejando más tarde otra carretera de tierra. No había gente. No había casas. Cercas y vacas o, quizás, caballos, no lo puedo decir seguro. Por último, llegamos a su casa, que es de madera y con dos edificios. Yo me dirigí automáticamente hacia el edificio más limpio recién pintado, grande y lujoso.

—Alto, chaval —me dijo ella—. No es necesario que vayas primero al establo. Instálate antes en la casa y luego ya te ocuparás del trabajo.

Entonces me di cuenta de que el edificio grande limpio y lujoso era el granero. El pequeño, barato, ruinoso, era la casa. Me dije para mí: «Tony el “Duro”, vas a rezar esta noche para que el señor Marino no se olvide de decir al juez que eres amigo personal suyo y que te saque de aquí cuantos antes».

Pero aquella noche no recé. Estaba demasiado cansado. Después de estar cargando sacos de forraje y de hacer de albañil, tuve que trabajar en la máquina empacadora y cargar los costales de arena y bombear agua hasta que mi espalda se convirtió en doliente gelatina y luego, aún tuve que ir en bicicleta hasta el bosque y derribar unos cuantos árboles y cortarlos con un serrucho. Es sorprendente lo deprisa que se aprende y de qué buena gana, nada más recordar lo que la señora Parry hizo a Dud Wingle.

III

Apenas había logrado dormirme cuando me pareció que la señora Parry me estaba arrancando las mantas y riéndose mientras que yo

miraba por la ventana y me daba cuenta de que el cielo comenzaba a iluminarse.

—Arriba, chaval —bramó ella—. El desayuno está en la mesa. —Avanzó hasta la ventana y flexionó sus músculos, respirando hondo—. Va a ser un buen día, hoy. Puedo decir cuando un animal está enfermo hasta la muerte y puedo anunciarlo, y puedo anunciar también cuándo va a ser un buen día. Levántate y brilla, chaval. Tenemos mucho trabajo por delante. Fui bastante blanda contigo, ayer, al ver que eras nuevo, así que prepárate para trabajar.

Yo miré los enormes músculos y dije:

—Sí, señora.

Tengo que reconocer que da bien de desayunar. También de ordinario tomo un poco de café cuando me despierto, y sobre las once, y hasta quizá un bocadillo de carne picada sobre las cuatro, pero el aire del campo despierta en uno un apetito como jamás había sentido. Quizás no le dije que éramos dos. Su marido había sido echado a patadas hacía un par de años. Ella dio a uno de sus muchachos la mitad de la granja porque afirma que no quiere dejarles vagar por allí sin oportunidad de ganar algún dinero y no poder casarse hasta que los padres mueran. El otro chico, de diecinueve años, se había ido a la «mili» dos meses antes, y desde entonces ella regía la casa, a su manera, porque por un motivo u otro es difícil conseguir gente para que trabaje en la granja. Ella dice que no lo comprende y yo no quise explicárselo.

Lo primero, después del desayuno, que me ordenó fue que hiciese cuatro cargas de leña y que también construyese un cobertizo para ellas junto a donde se guardaban las herramientas; que fuese a la alberca y que metiera cuatro patos en una cesta para que pudiera llevárselos a la ciudad y venderlos. Hacía tiempo que pensabavender los patos puesto que circulaba la voz de que la consideraban comunista por tener ánades de la raza moscovita cuando habían patos americanos en abundancia, si ella deseaba criar esa clase de animales.

—Aunque en mi opinión, los Walter deberían vender sus patos de Pekín porque también los chinos son tan malos como los rusos.

Efectué todas las tareas con bastante facilidad y fui a la alberca. Había cuatro patos, pero no nadaban; se habían hundido. Fui y se lo dije a la señora Parry y ella me miró como si estuviese loco.

—Sí —repetí—. Hundidos. En el fondo de la charca; ahogados. Creo que durante la noche se olvidaron de nadar o algo por el estilo.

No me respondió palabra. Caminó a zancadas por el camino hasta la alberca, miró dentro y vio los cuatro patos. Con cosas grandes y horribles como una especie de máscaras rojas en torno a los ojos, yacían en el fondo del estanque. Ella entró, sin pronunciar palabra todavía, y los sacó. Sacó también una navaja grande del bolsillo del delantal, abrió los patos, les extrajo los pulmones y los partió en pedazos. El agua que los llenaba se escurrió de ellos.

—Ahogados —murmuró—. Si hubiesen habido tortugas feroces que los hubiesen arrastrado bajo la superficie..., pero no hay ninguna.

No comprendía a qué venía todo aquel jaleo y se lo pregunté, diciéndole también que de todas maneras podría venderlos. Ella contestó que no, que no hubiese sido honrado; yo fui por una pala para enterrarlos. Luego hubo un grito y una serie de bramidos procedentes de la vaquería.

—¿Agnes de Lincolnshire?... —bramó la señora Perry, y corrió hacia el establo—. ¡Está dando a luz su ternera antes de tiempo!

Corrí a su lado.

—¿Llamo a la policía? —jadeé—. Siempre llegan a todas partes antes con la ambulancia y no hay que pagarles nada. Mi hermana casada tienen tres niños que nacieron con ayuda de los policías.

Pero parece ser que la cosa es distinta con las vacas y de todas maneras tienen otra especie de pies planos ahí, en el campo, que no van a la Academia de Policía. La señora Parry alzó la vista de la ternera, por último, y dijo:

—Creo que la salve. Sé que la salvé. Soy capaz de decir cuándo un animal se muere. Chaval, ve al teléfono y llama a Miz Croley y pregúntale si puede prescindir de Brenda para venir y hacer el ordeño esta noche y mañana por la mañana. No dejaré a Agnes y a la ternera; necesitan cuidados.

Salí tambaleándome de la vaquería, vomité dos o tres veces y subí a la casa en busca del teléfono. He visto teléfonos con manivela en las películas, así supe cómo hacerlo funcionar. La señora Croley maldijo y gruñó y luego me contestó que estaba bien, que enviaría a Brenda en el «Ford» y que le dijese por favor a la señora Parry que

no la entretuviese más de lo preciso porque tenía un rebaño propio que también necesitaba ordeño.

Se lo dije a la señora Parry en el establo y la señora Parry contestó que la señora Croley tenía un marido vivo, una mano de obra experta en la granja y ella juró que no sabía de dónde venían las cosas y adonde irían a parar si los vecinos no se ayudaban mutuamente.

—¿Quién es esa Brenda, señora? —pregunté con indiferencia.

—La hija de

Miz'Croley.

No sirve para nada.

No hice más preguntas, pero empecé a esperar con interés la llegada del «Ford», mirando sin cesar hacia la curva de la carretera.

Llegó mientras estaba *cargando troncos* que acababa de aserrar. Brenda es una rubita de aproximadamente mi edad, un poco demasiado grande para su vestido... Un efecto que siempre me impresiona, sea en la Tercera Galería o en el Chiunga County. No tuve oportunidad de hablar con ella hasta el almuerzo y entonces la muchacha se puso a emitir risitas. Pero ¿quién quiere conversación? Entonces llegó un camión rezongando por la carretera. Alguien dentro del camión rezongó con más fuerza que el propio motor.

La señora Parry alzó las manos.

—¡Cielos, se me olvidó! ¡«Baltasar el Magnífico», que viene a por la «princesa Lailani»! —tragó el café de un golpe y salió corriendo.

—Brenda —dije—, ¿de qué se trata en todo eso?

Ella suelta su risita y en esta ocasión se ruboriza. Yo echo a un lado mi servilleta y me voy a la ventana. El camión hace marcha atrás hasta un campo rodeado por una gruesa cerca. La señora Parry entra en el establo y sale conduciendo hasta el campo a una vaca. La vaca parece muy nerviosa, yo empiezo a entender el porqué. El conductor del camión abre la puerta trasera y sale un toro de campeonato.

Pienso: «Bueno, he visto algunas revistas picantes, pero esto sí que no lo vi en mi vid. Quizá una persona pueda aprender algo en el campo, después de todo».

«Baltasar el Magnífico» ve a la «princesa Lailani». Él lanza un bramido a lo Charles Boyer. La «Princesa Lailani» huye de él como Bette Davis. «Baltasar el Magnífico» golpea el suelo con las patas. La

«Princesa Lailani» tiembla. Y luego, «Baltasar el Magnífico» bosteza y empieza a comer hierba.

La «Princesa Lailani» alza la vista, asombrada, y dice:

—¿Eh?

No, pensándolo bien, no es la princesa Lailani quien dice: «¿Eh?». Es Brenda, que está en la otra ventana de la cocina. Se da cuenta de que la miro, suelta su risita, se ruboriza y va al fregadero y empieza a limpiar los cacharros.

Creo que eso es buena señal, pero no abuso de mi suerte. Salgo, en donde la señora Parry está maldiciendo al conductor del camión.

—¡Vaya toro! —le grita—. ¿Qué quieres que haga ahora? ¿Cuánto tiempo va a estar esperándolé la «Princesa Lailani»? ¿Es que no le gusta y tendré que ir a buscar a otra belleza con cuernos? ¿Te das cuenta de lo que me va a pasar a mí en nata, queso y leche...?

Y charla que te charla, mientras que el conductor del camión trata de excusarse y «Baltasar el Magnífico» come hierba y algunas veces da a la «Princesa Lailani» una lamida amistosa en el morro, porque para entonces la «Princesa Lailani» había dejado de fingir nerviosismo y estaba mugiendo, suplicante, al corpulento toro.

—¿Ves eso? —grita la señora Parry—. Yo no soy partidaria de la inseminación artificial, pero tus malditos pura sangre me van a obligar a recurrir a ella. ¡Llévate tu... vaquita de mi propiedad antes que la eche a patadas! ¡Tengo trabajo que hacer por muy «Baltasar el Magnífico» que sea ese toro!

Se volvió hacia mí.

—No te quedes boquiabierto por ahí, chaval. Cuando tengas amontonada la leña, parte toda la madera que puedas encontrar en el leñero.

Me fui corriendo y reanudé la operación del corte de leña, pero lo tomé con calma, cosa que pude hacer porque la señora Parry estaba en la vaquería cuidando a «Agnes» y a su primer retoño.

IV

A la mañana siguiente en el desayuno estoy de malhumor. A Brenda le han cogido las risitas y la señora Parry está tiesa y cansada por haber dormido en el establo. Somos una partida muy poco divertida. Llega entonces un coche y un chico de trece años viene

como un trueno y entra en la cocina. Ha estado llorando. Tiene los ojos rojos y hay zonas limpias en su cara por allá por donde pasaron las lágrimas.

—¡Mamá! —gime dirigiéndose a la señora Parry—. ¡Tengo que hablar contigo! ¡Tienes que hablar con Bonita, ella dice que no la amo ya y quiere dejarme!

—Calma, George —le responde ella—. Ven al salón —y entraron en el interior de la casa.

Brenda emitió un silbido tipo carretero sin trabajo.

—¡Hu! ¡Cuando mamá se entere!

—¿Quiénes?

—El hijo de la señora Parry, George. Ella le dio la mitad sur de la granja y le construyó una casa. Bonita es su mujer. Es una chica fuerte del Ware County y lleva postizos, se tiñe el pelo... —Brenda miró en su torno, bajó la voz y susurró: Y envía su ropa a la lavandería de la ciudad.

Esto último lo dijo con gran énfasis.

—¡Santo cielo! —exclamé—. ¿Lo sabe la policía?

—Oh, es legal, pero nadie lo haría.

—Comprendo. Me parece que entendí mal. Allá en la Tercera Galería, quien intenta hacer una cosa así, como llevar a lavar la colada, se le condena a penas mayores que el rapto o el atraco. Llevar la colada es algo así como comerciar con menores; los jueces son muy duros con eso.

—¿De veras? —Los ojos de ella se hicieron redondos.

—Seguro. Cuéntaselo a tu madre.

La señora Parry volvió con su hijo y nos dijo:

—Fuera, niños. Quiero llamar por teléfono.

—Yo arreglaré parte del tejadillo mientras hace todavía fresco —dije.

—Empezaré a ordeñar —dijo Brenda.

—Seguro —afirmó la señora Parry cogiendo el teléfono—. Haz eso, chaval.

Parecía preocupada.

Salí por la puerta de la cocina, doblé por un lado, me aplasté contra la casa y escuché. Se oía bastante bien.

—¿Bonita? —dijo al teléfono la señora Parry—. ¿Eres tú, Bonita? Escucha, Bonita, George está aquí y me ha pedido que te llame y te

diga que lo lamenta. No debía hacer exactamente eso. Voy a decir que te comportas como una tonta del diablo... —soltó su risita, apartó la boca del teléfono y dijo—: Quiere hablar contigo, George. No te muestres muy ansioso, hijo.

Me alejo de la puerta de la cocina, pensando: «¡Ajajá!». Pensé con tanto ahínco que la señora Parry tropezó conmigo al salir de la cocina más pronto de lo que me esperaba.

Me coge con una de esas manos de tonel, y me sacude.

—¡Diablo, diablillo! ¿Estabas oyendo cómo hablaba por teléfono?

De ordinario, lo más listo es negarlo tocio y pedir que venga tu abogado, pero aquí no hay abogados. Por una vez le dije la verdad y me declararé culpable.

—Sí, señora Parry. Estoy tan avergonzado de mí mismo como no se puede usted imaginar. Siempre ha sido así. Tengo una debilidad psicológica para escuchar. No puedo controlarla. Quizá es que he leído muchos libros de historietas. Pero, de veras, no diré palabra. —Aquí tuve el sentido de callarme.

Ella sacude la cabeza.

—¿Qué hay de los patos que se hudieron y de «Agnes» dando a luz su ternera antes de tiempo? ¿Qué hay de «Baltasar»? —Ella comenzó a jaderar.

—¿Qué es hechizo, señora?

—Las cosas han sido preparadas por esa vieja Miz'Sigafoos.

Se le ha avisado muchas veces que deje de hacer conjuros. Yo no tengo nada contra ella, porque cura la gripe o quizá porque venda a un joven el filtro de amor si ese muchacho quiere ir a Scranton a vender su cosecha y divertirse un poco. Pero imagine que no le basta con eso. Dud Wingle debe haber acudido a ella con un billete de veinte dólares para que embruje mi granja.

No supe qué sacar de aquello. Madre mía, se me habían contado muchas cosas acerca de la superstición, pero nunca creí en que una cosa así tuviese lugar en realidad.

—¿No puede recurrir a los policías, señora? —pregunté.

Ella bramó como «Baltasar el Magnífico».

—¡Polizontes! Vaya lo que el viejo Henry Bricker sabía de brujería. No, chaval, creo que esto lo puedo arreglar yo misma. Por

algo soy la tataranieta de la viznieta de Pru Posthlewaiete.

—¿Quién fue Pru... lo que sea?

—La ahorcaron en Salem, Massachussets, en 1680 por bruja. Su nombre de trabajo era Little Gadfly, pero creo que no era tan pequeña. Rompió las dos primeras cuerdas..., pero no tenemos tiempo de seguir hablando. He de encontrar en el ático el baúl de mi mamá. Tú vete a buscar el gallo negro del gallinero. ¿Dónde habrá un poco de tiza? —Y se fue hasta la casa, murmurando.

Yo me voy hasta el gallinero creyendo que está chiflada.

El gallo negro es un tipo muy astuto, rapidísimo con sus patas, y como yo soy nuevo en el negocio de los pollos, ya puede usted imaginarse lo que pasó. Me costó media hora capturarle, durante cuyo tiempo el «Ford» se fue con Brenda, y George se marchó también en su coche. «Te veré más tarde, Brenda», pienso para mí.

Voy hasta la puerta de la cocina con *el gallo* alborotando en los brazos y la señora Parry dice:

—Entra con él y ponlo en cualquier parte.

Lo hago, la señora Parry esparce por el suelo unos granos de maíz y el gallo se calma lo bastante para ponerse a picotearlo. La señora Parry está sudorosa y cubierta de polvo y hay algunos sucios y viejos papeles sobre la mesa de la cocina. Ella comienza a trastear por los alrededores con uno de los papeles y un pedazo de tiza de carpintero y yo, sólo por hacer algo, empiezo a ojear el resto de los papeles. Con sinceridad, jamás he visto una escritura más piojosa y difícil de deletrear. «*Quita el polvo de una vieja imagen que...*» y cosas por el estilo.

Sacudo la cabeza y pienso: ¡Esto es cosa de chiflados! Ningún ser humano puede llevar esta vida. Se conoce que cuidar vacas trastorna. Ella está tocada de la cabeza y no se lo censuro, pero sería horrible que le cogiesen ideas homicidas. Miró en mi torno en busca de un atizador; yo hago por el estilo y empiezo a retroceder. Pienso en echar a correr hacia la puerta, coger el Willys y luego marchar de la ciudad para volver con los hombres que llevan las batas blancas.

Ella alza la vista y me dice:

—No te vayas, chaval. Esto es trabajo de mujer, pero necesito a alguien que tenga la espada y la palma y tú eres el único que hay cerca —sonríe—. Me imagino que en la ciudad jamás viste nada

como esto, ¿verdad?

—No, señora —digo, y advierto que mi voz es muy débil.

—Bueno, no dejes que te asuste. Algunas personas se asustan, pero los del tribunal dicen que te apodaban Tony «el Duro», así que espero que no te entre miedo.

—No, señora.

—¿Y ahora qué tomamos como espada? Creo que este cuchillo de cortar pan..., no; el de cortar jamón. Este otro se parece más a una espada. Sujétalo en la mano izquierda y coge un par de florecitas de esas que hay en el jarrón del saloncito. ¡Límpiate los pies en la alfombra de la cocina antes de pisar el suelo limpio! ¡Y vuelve de prisa! ¡De prisita!

Ella comienza a copiar todo el material, que parece como escritura judía, en el suelo y yo voy al saloncito. Marcho casi de puntillas hasta la puerta principal cuando ella grita:

—¡Chaval! ¿Eres tú?

Quizá podría derrotarla en una carrera hacia el coche, quizá no. Me encojo de hombros. Por lo menos tengo un cuchillo... y sé cómo usarlo. Le llevaré las florecitas del jarrón. ¡Ugh!

Mientras estaba fuera ella ha cortado la cabeza del gallo y salpica su sangre por encima de la gran estrella de yeso y de la escritura del suelo. Pero el cuchillo me hace sentir más confiado, aun cuando empieza a preocuparme de qué me pasará si tengo que utilizarlo. Me imagino que quizá pueda asustarla si ella trata de asustarme y, mientras, oigo la voz de ella.

—Chaval —dice—, manten la espada en las plantas delante de ti, hacia arriba, y no entres en el círculo de tiza. Ahora, ¿me prometes no decir a nadie las palabras que yo pronunciaré? El resto no importa; está en todos los libros y la gente cree que no da resultado. Pero en cuanto a las palabras, ¿me lo prometes?

—Sí, señora. Lo que usted diga, señora.

Ella comienza a hablar y la promesa no es necesaria porque lo hace en algún lenguaje extranjero y yo no hablo idiomas extranjeros, excepto algunas veces un poco de italiano con mi mamá. Empiezo a bostezar, cuando me doy cuenta de que tenemos compañía.

Tiene unos dos metros de alto, quizá dos metros y medio, es verde, dientes como la falsa abuela de Caperucita.

Me lanzo hacia la ventana, gritando.

Cuando la señora Parry sale me encuentra en un montón de cristales rotos, de rodillas y rezando. Ella me coge por las orejas y me pone en pie.

—Basta de rezar —dice—. Él se queja. Dice que se siente incómodo. ¡Y dijiste tú que no te asustarías! Ahora, entra para que pueda vigilarte y ver que te comportas bien. ¡La idea! ¡La mismísima idea!

A decir verdad, no recuerdo lo que pasó después de aquello. Hubo una conversación entre el tipo verde y la señora Parry acerca de su antepasada, que, como parece, se está desenvolviendo muy bien en un clima cálido. Hay una discusión en la que el tipo verde se pone nervioso y no sabe quién trabaja para Miz Sigafos actualmente. La señora Parry le amenaza con dejarme rezar de nuevo y el tipo verde se pone malhumorado y dice que está bien, que enviará a por él y que se las entenderá con él, pero que está seguro de que puede vencerle.

Lo último que recuerdo es una exhibición de gruñidos y gemidos entre el tipo verde y otro tipo más pequeño y púrpura que debió llegar cuando yo estaba desmayado, o por el estilo. Esto al menos lo reconozco porque soy un apasionado de la televisión. Fue una pelea muy lenta, porque cuando uno de los tipos, por ejemplo, dobla el brazo del otro individuo, el miembro se dobla y no se rompe. Pero un tipo bueno puede dar una paliza a otro cuando se lo propone y el de la cara verde hizo un nudo de su oponente.

—Vete —dice la señora Parry al tipo púrpura—, y no me molestes ni a mí ni a los míos. Vete, vete, vete.

Se va y nunca podré enterarme de quién llegará a desatarlo.

—Ahora tráeme a

Miz'Sigafos.

«¡Blip!», una fea y vieja mujer comparte el anillo con el ganador y nuevo campeón. Habla la señora Parry:

—¡Así que eres tú quien me robaste a mi Teufel! —Su inglés es terrible. Se ve una novata.

—Esto no es una visita de cumplido,

Miz'Sigafos

—le contesta fríamente la señora Parry—. Quiero que desembrujes mi granja y a mi parentela. Y si eres una mujer honrada devolverás

el dinero a ese asesino de perros que es Dud Wingle.

—Sí —murmura la vieja. Extiende la mano y prueba los bíceps del tipo verde—. Sí, creo que debo hacerlo. ¿Quién es el joven? — Me está mirando a mí—. ¿Por qué los dientes en su boca hacen clac, clac, clac? ¡Y qué piel más blanca tiene su cara! Será mejor que le lleves de comer, Ella.

—Para ti, señora Parry, Miz Sigafoos, si no te importa. Ahora marcharos los dos, idos, idos.

Por último, estamos solos.

—Ahora —gruñe la señora Parry—, quizá podamos volver a trabajar —me mira estrechamente y dice—: con el trabajo que tengo yo. Me parece que el viejo loco tenía razón. Estás tan blanco como las sábanas. —Me tienta la frente y exclama—: ¡Oh, infiernos! Tienes fiebre. Será mejor que te acuestes; si no estás mejor por la mañana llamaré al doctor Hines.

Así que estoy en mi dormitorio escribiendo esta carta, señor Marino, y espero que me ayude a salir. Como le dije, yo no pido nunca favores, pero esto es especial.

Señor Marino, ¿quiere usted hacer el favor de ir al juez y decirle que he cambiado de opinión y que no quiero seguir en libertad provisional? Dígale que quiero pagar mi deuda a la sociedad. Dígale que quiero ir a la cárcel por tres años para que ellos vengan y se me lleven en seguida.

Sinceramente,

Anthony Cornaro (Tony el «Duro»).

P. E. — Al ir a por un sello para esta carta me doy cuenta de que tengo algunas canas, cosa muy rara para una persona que va a cumplir diecisiete años. Por favor, dígale al juez que no me importaría que me condenasen a cadena perpetua y que quizá eso ayudase a pagar mi deuda con la sociedad.

Apresuradamente,

T. T.

EL REMORDIMIENTO

No importa cuándo sucedió. Esto es porque él estuvo solo todo el tiempo y así dejó de tener significado alguno para él. Al principio, buscó entre los escombros otros supervivientes, lo que le mantuvo atareado un par de años. Luego vagó a través del continente con grandes y cada vez más distantes espirales, pero el avión un día no despegó y supo que jamás encontraría a nadie. Entonces pasaba de los cuarenta años y le sobrecogió un abrumador delirio sexual. Buscó y extrajo fotografías de mujeres, con preferencia de las que tienen las piernas largas y los pechos desarrollados. Ellas le acosaban en sus sueños; pensó en esas imágenes incesantemente con los ojos cerrados, manando lágrimas por sus mejillas y perdiéndose en su rostro barbudo. Un día terminó la fase sin motivo alguno y reanudó sus viajes, a pie. Al Norte en verano, al Sur en invierno, por los campos sembrados de U. S. 1, con la mochila, con cerdo y judías, colgada de los hombros, hablando de ordinario mientras caminaba, otras veces cantando.

No importa cuándo sucedió. Esto es porque los visitantes eran eternos; el tiempo infinito se extendió ante ellos y detrás, con menciones solamente de las infinitas afinidades que incluían sus «Vidas». Primeramente, cuando llegaron a un sistema planetario particular, aquello resultaba la más insignificante de las trivialidades. La eternidad estaba en su ser; eventualmente llegarían a todos los planetas.

Habían conquistado la única manera práctica: sobreponiéndose a ella por el número. Cada uno de los visitantes era y tenía cien mil millones de vidas como cualquier otro... los cien mil millones de vidas, es decir, de las células de una persona. Pero las células de usted han cometido el error de especializarse. Algunas sólo pueden

contraerse y relajarse. Otras extraer la urea de la sangre. Otras únicamente pueden cargar y transportar oxígeno, unas cuantas únicamente transmiten momentáneos impulsos eléctricos y otras sólo manufacturan productos químicos en un intento desesperado de evitar que el imposible mecanismo llamado Rube Goldberg, que es usted, se destroce. Nunca tiene éxito, y usted tampoco, por lo tanto. Quizás antes de que usted sederrumbe algunas de sus células especializadas se unirán con las células especializadas de cualquier otra persona, y formarán otra imposible contracción destinada a morir.

Los visitantes estaban dispuestos de manera más sensata. Sus cien mil millones de vidas no eran células, sino criaturas pequeñas, sin especialización, como insectos, unidos por un campo electromagnético más sutil que los brazos toscos que le mantienen a usted unido. Cada una de las cien mil millones de criaturas que conforman a un visitante podría vivir y portar pesos diminutos, podría manipular energía diminuta y herramientas, podría llevar sobre su pequeña cabeza redonda y negra las suficiente células cerebrales para comer, aparejarse, criar y trabajar... unos cuantos millones de células cerebrales almacenadas en el campo que formaba la conciencia de los visitantes.

Cuando uno de estos insectos moría no habían ritos; era reducido a pedazos con indiferencia y comido por sus insectos vecinos, mientras estaba todavía fresco. No importaba nada más al visitante que crecer, lo mismo que hace el pelo en usted y el crecimiento de su cabello se cumple sólo por la muerte de incontables células.

—¡Quizás en Marte! —gritó mientras caminaba. La mochila se tambaleó en su hombro y arregló una de las correas sin perder paso. Los pájaros cantaban y se desparramaban en los espesos pinos del bosque mientras él les chillaba con voz de trueno—. Bueno, ¿por qué no? Allí deberían albergarse con facilidad diez mil. ¡Progreso, maldito sea! ¡Esto es progreso, hombre! Jamás pensé que ocurriría en mi vida. Pero uno pensaría que enviarían a una nave para que un tipo no se sintiese tan solitario. Debiste habértelo figurado hombre. Conoces a esos malditos demasiado bien y conoces igualmente lo

que ocurrió allá arriba. Teníamos la Semiesfera Septentrional, ellos tenían la Semiesfera Meridional y uno sabe condenadamente bien lo que ocurrió allá arriba. ¿Semiesfera? Hemiesfera. Hemi-Semi-Domiesfera.

Eso fue bueno, lo mejor con que tropezó durante años. Lo miró y siguió su marcha.

Cuando se cansó, rugió:

—No deberías haber estado en el viejo ejército, hombre. No hubiésemos seguido engañados por ese asunto de la Libertad Ilimitada del viejo ejército. Si querías marchar al paso con alguien más, marcha al paso con quien te daba la gana. Nada de este engaño de perder el paso y veinte latigazos del sargento para limitar tu libertad.

Aquello era también bueno, pero le ponía un poco intranquilo. Trató de recordar si había estado en el ejército o sólo oyó hablar de él. Se dio cuenta a tiempo de que una tempestad estaba soplando desde sus profundidades; a menos que la desviara, pronto se vería caído en el cemento de U. S. 1, sollozando y pegándose puñetazos en la cabeza. Volvió apresuradamente a la Semiesfera, Hemiesfera, Hemi-Semi-Domiesfera, rugiendo a los asustados pájaros mientras se tambaleaba.

Habían cuatro visitantes a bordo del navio cuando entró en el sistema planetario. A uno de ellos lo dejaron en un planeta frío exterior, rico en metales, para establecer allí cien mil millones de pequeños cobijos, construir cien mil millones de diminutas formas, eventualmente, en mil o un millón de años; no importaba, construir unaespacionave, fisionarla en dos o más visitantes para tener compañía y seguir visitando. El navio estaba ya muy concluido; cuanto más y más información se adquiriese en este viaje era necesario que los enjambres aumentaran de tamaño, alimentasen a más insectos para que conservasen más huevos nuevos.

Los tres visitantes que quedaron pusieron la proa de su navio hacia un planeta intermedio y efectuaron una breve parada. Estaba deshabitado excepto por unas diez mil personas... menos de las que podía esperarse y con seguridad no lo bastante para efectuar un estudio de primer contacto. Los visitantes se dirigieron al siguiente

planeta en dirección al sol después de que una observación rudimentaria de los seres que dejaron les hizo sacudir la cabeza pensativos. Puesto que los visitantes no tenían órganos sexuales, en cierto sentido carecían de emociones...

Sin embargo, cualquiera podría decir que un vago aire de enojo invadía el navio.

Rumiaron los raros hechos de que las entidades habían levitado, aparecieron a la distancia de observación con aspecto de ser insustanciales, de no darse cuenta de los visitantes. Cuando uno tiene una alfombra negra de unos cien metros cuadrados volando a través de una tierra extraña, cuando los habitantes de esa tierra tropiezan su rumbo contigo y pasan por encima de ti, uno espera sorprenderles, quizás asustarles al principio y cuanto menos provocar curiosidad. Lo que uno no espera es que le ignoren.

Reservaron el juicio definitivo hasta paralizar los seres que vivían en los planetas más próximos al sol... Posiblemente seres que habían colonizado la zona, que podrían explicar la indiferencia de la población del planeta externo, aunque no del todo.

Aterrizaron.

* * *

Despertó y bebió agua de una charca junto al camino. Hubo un tiempo en que el agua fue el mayor problema. Uno dejaba caer tres gotas de iodina en una cantimplora. O la hervía, si no estaba demasiado débil por causa de la disentería. O uno la recogía del depósito de un modesto cuarto de baño en la granja aislada, con el granjero y su mujer y sus hijos en el piso de abajo, mirando grotescamente con las órbitas vacías a la pantalla de televisión, en espera de la última palabra ya mucho tiempo antes dicha. La enfermedad del polvo, las destructoras emisiones supersónicas de un cuerno sonoro emitido por un zumbido de baja frecuencia... ¿Qué importaba? Lo interesante era que el agua fuese sana.

—Pero, infiernos —rugió—, todo es bueno ahora. ¿Oís eso? La lluvia en los charcos, el agua estancada, todo es bueno ahora. Uno tendría que haber sido el hombre solitario cuando las cosas iban mal, cuando se oía el tronar de los motores y el ruido que hacían ellos, y el hombre solitario no moría aunque deseaba hacerlo...

Esta vez la tempestad le pilló desprevenido y tardó en pasar. Tenía las manos despellejadas de agarrarse al cemento roto y sus ojos estaban tan hinchados de lágrimas que apenas podía ver cuando se quitó del hombro la mochila para sacar una de las latas de conserva. Aquella mañana se tambaleó con frecuencia. Una vez cayó y se abrió una herida en la frente, pero ni siquiera eso interrumpió su canturrear.

—No importan los huesos, no importa la sangre; la ginebra Corey es la mejor. Conquistaremos; ganaremos. Proporcionemos a nuestros soldados la ginebra Corey. Perder tiempo en la guerra es pecado. Olvidémonos de todo con ginebra Corey.

* * *

Aterrizaron.

Cinco mil insectos de cada «vida» tiraban para quince mil cables para abrir la portezuela y cocolocar la rampa de aterrizaje. Mientras tiraban unos cuantos centenares tocaron los espasmos de la muerte. Comunicaron al instante cuántos había de los jovencillos inexpertos que les rodeaban, que murieron y fueron devorados. Otros centenares dejaron de tirar un instante al dar la luz; luego, siguieron tirando.

Los tres visitantes bajaron por la rampa tres negras alfombras vivientes. Para máxima visibilidad se ordenaron a sí mismos en tres líneas negras finas que avanzaban lentamente por el áspero terreno. En la punta de cada línea unos cuantos insectos ocasionalmente se separaban alejándose de las filas y se dejaban caer sobre el campo visual. Unos vacilaron describiendo círculos absurdos. Otros tropezaron y cayeron de nuevo en el campo; alguno murió, dejando un hueco minúsculo en la memoria vital, quizás la forma de un símbolo de parada en el lenguaje escrito de un planeta hacía mucho tiempo visitado, hacía mucho tiempo polvoriento. Normalmente, la línea fina no se utilizaba para explorar nada, excepto terreno muy liso; el hecho de que corriesen un pequeño riesgo calculado, era una medida de la excitada curiosidad de los visitantes.

Con trescientos mil millones de ojos facetados los visitantes vieron inmediatamente que éste no era un mundo semidesierto y que además era probablemente el mundo que habían colonizado los

del planeta exterior, tan extraño. Por todas partes habían seres; el aire estaba espeso con ellos en algunos lugares. Había numerosos artefactos, todos en ruinas. Aquí los seres del planeta se apiñaban, pero la confusión se hacía más profunda. Los artefactos eran todos decididamente materiales y enormes... Pero sus entidades eran insustanciales. Observadores toscamente organizados no les habían precedido de manera consistente. Existían en un campo similar al campo-organización de los visitantes. Sus cuerpos eran construcciones de trenes ondulatorios más que de átomos. Era imposible imaginarles manipulando materiales de los que habían sido compuestos los artefactos.

Y como antes, los visitantes fueron ignorados.

Deliberadamente se apiñaron en tres enormes paredes negras con objeto de ser tan evidentes como podía ser posible y también de movilizar la fuerza de su campo para un intento violento de comunicarse con las enojosas criaturas. Para esta vez su actitud quería decir aproximadamente: «¡Ya les enseñaremos a estos bastardos quiénes somos!».

No lo hicieron... Por lo menos subir y bajar por cada espectro de pensamiento en el que podían proyectarse. Su intento de reflexión tuvo más éxito y fue completamente horripilante. Unos cuantos mensajes célebres y atenuados cruzaron a los visitantes. Revelaban que las entidades del planeta eran torpes, como cuervos brillando evasivamente, destellando autocompasión. Aunque había sólo dos sexos entre ellos, una situación que conduce normalmente a un sexo débil y dirigido, como ocurre en el cosmos, estas cosas se movían con sexualidad de la que les era imposible librarse.

Los visitantes, aunque sentían profunda repulsión, volvieron hacia su navio cuando uno señaló: «Alerta y desaparecer».

Las tres grandes alfombras negras se desvanecieron bruscamente... es decir, cada insecto encontró en sí mismo un agujero donde esconderse, una piedra o una hoja tras la que ocultarse. Alguna esperanza destelló de que la visita pudiese producir un contacto más placentero que en las últimas con aquellos cretinos sin ideas, desconcertados.

La cosa que tropezaba por el terreno en dirección a ellos era igual y diferente a los cretinos anteriores. Tenía su conformación pero materialmente era algo más que de naturaleza ondulatoria...

un problema cuya solución tendría que esperar. No parecía tener contacto alguno con la vida de los demás seres. Penetraron y le acribillaron al acercársele, pero la cosa les ignoró. Pasó una vez a través del grupo de los tres queestaban en el suelo, en su camino.

De manera tentativa los tres visitantes se extendieron hasta alcanzar su mente. Los pensamientos eran comparativamente claros y firmes.

Les informaba y ordenaba.

Cuando la figura hubo pasado, los visitantes dijeron a coro: «De acuerdo», y regresaron a su navio. Nada había allí para ellos. Entre otras cosas habían sacado de la mente de la figura la situación de una biblioteca en ruinas; una parte compuesta por un millón de insectos con cerebros no recargados, fue enviada hacia allí.

De regreso, las naves pararon, rumiando infelices los pensamientos de la criatura: «Bebiendo ginebra Corey, uno no siente las penas. En la guerra, los soldados necesitan ginebra Corey. Eso es progreso, maldición. Uno lo sabe bien, hombre. La Libertad Ilimitada para el hombre solitario, pero es estupendo saber que el campo deaterrizaje de Marte...».

De acuerdo: *«A pesar de toda la experiencia anterior parece que existe una raza inteligente capaz de destruirse a sí misma».*

Cuando la expedición llegó a la biblioteca y regresó se reunieron con sus parientes los insectos que formaban los tres visitantes y estudiaron las cintas magnéticas que habían traído, leyéndolas directamente en sus envases. Aprendieron el nombre del planeta y nombre técnico de las entidades que lo habían heredado que pronto serían sus únicos propietarios. Las sólidas formas de vida, según parecía, no se habían dado cuenta de ellos, aunque había en cierto modo confusión: Lejos de la más vasta sección de la biblioteca había libros que negaban su existencia en absoluto. Pero en las mentes de los visitantes no podía haber duda de que las criaturas descritas en algunos de los trabajos más olvidados de la biblioteca eran las únicas que habían encontrado. Todos se reunieron. Su calidad no material; su curiosa reacción ante la luz; por encima de todo, su rasgo dominante de personalidad, de remordimiento, de arrepentimiento, de infinita lástima. El término técnico con que los libros designaban a estas entidades era de: Fantasmas.

El elaborado navio de los visitantes, sabiendo que el sabor de

aquel mundo y su colonia se desvanecería pronto del paladar de sus bocas colectivas, zarparon en busca de nuevas experiencias y de entidades mejor organizadas.

Pero jamás habían abandonado un sistema solar de tan buena gana y tan de prisa.

FIN

Notas

[1] «Zombies», según la superstición los zombies son muertos en vida; es decir, seres que caminan y actúan como si fueran seres vivos, pero que carecen de alma, no respiran y se conducen con cierto automatismo producido por las fuerzas del mal. (*N. del T.*).

< <

[2] Tony Calentó, famoso cervecero yanqui, metido a boxeador y que llegó a disputar un combate con Joe Louis allá por los años 40, con el título mundial de los grandes pesos en juego. Galento, un hombre barrigudo y rechoncho que se entrenaba alzando barriles de cerveza y otras prácticas heterodoxas, fue puesto fuera de combate por el célebre «Bombardero de Detroit». (*N. del T.*). < <